This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Stanford University Libraries
3 6105 119 011 067

864
S 61m

MUJERES ILUSTRES

NARRACIONES HISTÓRICO-BIOGRÁFICAS

ESCRITAS POR

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

TOMO SEGUNDO.

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ÁLVAREZ HERMANOS
15—Ronda de Atocha—15

1884

Es propiedad de la autora.
Queda hecho el depósito que previene la ley.
Toda esta edición lleva una contraseña reservada.

STANFORD LIBRARY
194520

CATALINA GABRIELLI.

I.

Roma se ha envanecido siempre, y con razón, de sus palacios.

Roma, la cuna y patria de la arquitectura; Roma donde ha respirado, vivido y padecido el inmortal Miguel Angel, es la que ha ostentado en los edificios más riqueza y mayor magnificencia.

Hacia el año de 1740 sobresalía, entre aquella multitud de gallardos y elegantes edificios de mármol y jaspe, el palacio del príncipe Gabrielli, gran señor romano, alegre, bebedor y, sobre todo, el más famoso gastrónomo que por entonces se conocía en Italia.

El príncipe, viudo ya de algunos años, no había querido volver á casarse; su esposa había sido un ángel de belleza y virtudes, pero él había sabido hacerla bastante infeliz; era uno de esos hombres que, muy jóvenes aun, ven en el matrimonio el paraíso del amor, pero que tardan muy poco en fastidiarse de él; é incapaces de dominarse en sus

ligerezas, obran del mismo modo que si aun conservasen su libertad de solteros.

La princesa, dulce, modesta y débil mujer, sufrió mucho; pero sin quejarse jamás.

Su marido aparentaba creerla muy dichosa, y así se entregaba, más á gusto suyo, á todos los placeres que le proporcionaban su inmensa fortuna y la libertad de sus inclinaciones.

Adquirió el carácter de la princesa, que jamás había sido muy alegre, una melancolía mortal, producida, además de los excesos de su esposo, por la muerte de su hijo único, y poco tardó en morir también, dejando á su marido más libre que jamás lo había estado.

Este no se halló mejor ni peor con su viudez, pues nunca había pensado, para hacer su gusto en todo y por todo, en que tenía esposa.

Siguió jugando, dejando gran parte de su fortuna entre las manos de las bailarinas y mujeres de vida dudosa, y de esta suerte llegó á los cuarenta años, poniéndose excesivamente gordo y siendo muy estimado por su carácter, en extremo alegre y propio para toda clase de diversiones.

Algunas damas romanas quisieron hacerle inclinar de nuevo la frente al yugo conyugal; pero él se horrorizaba sólo de escuchar semejante proposición.

—Señoras, respondía; pedidme bailes, comidas, cuanto queráis, menos que me case; mandad en mi

casa todas, en vez de traerme á ella una sola soberana. ¿Qué más puedo hacer? ¿qué más queréis? Disponed de mis rentas, de mi persona; ¿os complace un baile magnífico? Disponedlo; ahí está mi tesorero, que nada os negará.

Aprovecháronse las damas jóvenes y elegantes de aquel permiso, é hicieron del palacio Gabrielli el centro de sus diversiones.

Todos los días había en él convites.

Todas las noches el resplandor de las luces, que se escapaba por los balcones, y los ecos de una numerosa orquesta, decían que había baile.

El príncipe gastaba sus cuantiosas rentas con el mayor gusto en aquellas fiestas; había sabido conservar dos cosas, que regularmente perecen entre la vida borrascosa á que él se había entregado; la galantería y la esplendidez.

Así pasaron cuatro años y llegó el de 1744.

Una noche de otoño daba el príncipe una de sus soberbias fiestas.

Lo más escogido de la nobleza italiana poblaba sus salones, que resplandecían con el oro, las luces y las flores.

La sala de la cena, sobre todo, era una deslumbradora maravilla; en el centro había dos largas mesas llenas de luces, de plata y oro; el vino centelleaba en ampollas de cristal de roca con los colores del topacio y del rubí; grandes estatuas de plata sostenían en la cabeza canastillos de filigra-

na llenos de flores, de las que salían candelabros de oro cargados de bujías perfumadas de cera color de rosa.

Multitud de criados discurría por el salón adivinando los deseos más pequeños de los convidados, y los gritos y las risas llenaban los ámbitos de aquel suntuoso comedor.

Veíanse allí las damas más elegantes y más coquetas de la nobleza romana; el príncipe, al cambiar de edad había cambiado de hábitos; sus cabebellos empezaban á encanecer y las bellezas vulgares y mercenarias empezaban también á gustarle menos que las mujeres distinguidas que, con sus esposos, padres ó hermanos, embellecerían su soledad.

En medio del alegre rumor de las risas y de las varias conversaciones que se agitaban en torno de la mesa, se oyó un canto melodioso y varonil.

—Callad y escuchemos, dijo uno de los convidados; es una hermosa voz.

—¡Bah! repuso la joven y bella condesa de Soranzo; es uno de tantos cantos del pueblo; algun cicerone ó pescador.

—Pero eso no impide que la voz sea hermosa y dulce, objetó otra dama.

—¿Y acaso, amiga mía, no estáis escuchando cada día bellos cantos? Con ellos nos mecen, y oyéndolos nacemos y morimos en nuestra bella Italia.

El silencio siguió á estas palabras.

Todos escucharon hasta que el canto cesó; era, en efecto, una bellísima voz; pero la canción era uno de esos cantares comunes que entonan los hijos del pueblo, como había dicho la condesa de Soranzo.

—Eso, dijo el príncipe, no vale nada; y menos para mis oídos, acostumbrados á escuchar á un ruiseñor.

—¿A un ruiseñor hembra? preguntó con malicia uno de los convidados.

—Precisamente, á un ruiseñor hembra, repuso el príncipe.

—Volvemos á las andadas, dijo la princesa Adriani amenazándole con el dedo.

—Señoras y señores, interrumpió el príncipe: no hay que pensar mal: mi ruiseñor es la hija de mi cocinero.

—¡Hum! un ruiseñor crecido entre cacerolas.

—¡Un ruiseñor de cocina!

—Pero es un ruiseñor encantador, observó el príncipe sonriéndose.

—Yo desearía verle, dijo la duquesa de Strozzi.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo también.

—Nada más fácil, señoras, dijo el príncipe: vé, añadió dirigiéndose á uno de los criados que servían, y di á Catalina que suba.

—Señor... observó el criado perplejo y como quien desea presentar un inconveniente que no se atreve á formular.

—Y bien, ¿qué te ocurre? preguntó el príncipe.

—Me ocurre advertiros que el padre de Catalina querrá acompañarla.

—Que suba también, dijo uno de los convidados: con eso le felicitaremos por su habilidad culinaria.

—Sí, sí, que suba! exclamaron en coro casi todos los concurrentes.

—Puesto que estos señores tienen la bondad de permitírselo, que suba, dijo el príncipe.

II.

Un instante después entró un hombre pequeño, grueso y colorado.

Traía sobre su vestido el clásico delantal blanco, y cubría su cabeza un gorro cuya limpieza deslumbraba.

El semblante de aquel hombre era cándido, alegre, bonachon.

Asida de la mano traía una de las criaturas más graciosas que se pueden imaginar.

Era morenita, de fisonomía animada y fina, que

alumbraban de una manera espléndida dos hermosos y rasgados ojos negros, que brillaban entre largas y espesas pestañas.

Su nariz algo levantada, su linda boca, su frente graciosa, le hacían un tipo delicioso de malicia, á la vez cándida y picaresca.

Parecía no pasar de los catorce años, aunque era alta y esbelta, con esa desproporción tan seductora de la adolescencia.

Vestía el traje de las jovencitas del pueblo, pero esmerado y bonito: una falda de lana con listas azules y encarnadas, un corpiño negro de seda con mangas ajustadas al brazo, una toquilla de linón blanco, y una cruz de oro al cuello.

Sus medias de algodón á rayas azules y blancas dejaban ver una pierna delgada, pero que prometía tornearse muy pronto, y un pie enano calzado con un zapatito negro.

Era una niña gentil, risueña, encantadora y se asemejaba á la Mignón, que después ha inmortalizado el pincel de Ary Scheffer.

Se llamaba Catalina: el apellido de su padre ha quedado tan sumergido en la oscuridad, que no lo consignan las historias.

—Acércate, Catalina, dijo el príncipe: estas señoras desean oirte cantar.

—Está bien, padrino, respondió la graciosa adolescente: yo sólo deseo complaceros, y si os agrada que cante, estoy pronta á cantar.

Las damas no dejaron de notar que en esta respuesta había un gran fondo de altivez.

Catalina iba á cantar por complacer á su padrino, no por complacer á ellas.

—¿Qué cantaré? preguntó Catalina.

—Lo que tú quieras.

—¿Pero qué os gusta más, padrino?

—Todo me parece bonito cantándolo tú.

Catalina no hizo más observaciones.

Tomó de la mesa del festín un vaso limpio, asió una botella de vino y puso en él como dos dedos: luégo lo llenó de agua y se lo bebió.

—Esto aclara la voz, dijo en seguida, dejando el vaso vacío sobre la mesa.

—Niña, ¿qué estás haciendo? exclamó confundido su padre.

—Ya lo habéis visto, beber; supuesto que he de cantar, debo hacerlo lo mejor que pueda, y hoy temo hacerlo mal.

—¿Mal? Pues entonces no cantes.

—Cantaré por dar gusto á mi padrino: á no ser por él, no abriría la boca.

Catalina tosió, tomó dos cuchillos y dos copas y empezó una melodía acompañándose, tocando en ellas de una manera dulce y extraña.

Era una tonada vaga, sentida y llena de poesía; pero no pertenecía á ninguna ópera conocida.

Su voz, del timbre más puro y más armonioso, era encantadora; la expresión de su canto admira-

ble: y además su cara se embellecía, al cantar, de un modo que arrebataba.

Cuando acabó, una salva de aplausos celebró su talento.

Ella se ruborizó al recibirlos, y los admitió haciendo una ligera cortesía.

—¿Cuándo has aprendido esa tonada, Catalina? preguntó el príncipe.

—La he compuesto ayer, padrino, respondió aquélla.

—¡Cómo! ¿También compones?

—Algunas veces.

—Como que no hace otra cosa que canturrear, dijo el cocinero, atreviéndose á tomar parte en la conversación: con ella no hay que contar ni para que limpie las cacerolas, ni para que cuide una crema, ni para nada de lo que su pobre madre servía.

—Mi madre no sabía cantar, observó Catalina, y yo sí.

—¡Mucho será lo que adelantemos con eso! murmuró con tono afligido el cocinero: ¡cantar! ¡cantar! ¡para qué ha de valerte el saber cantar!

—Para ser feliz siempre, respondió Catalina con entusiasmo: padrino, prosiguió, cuando canto soy tan dichosa que jamás tendría otra ocupación.

—Y la de componerte, añadió el cocinero; yo no he visto muchacha que más le guste ataviarse: cabellos más cuidados que los de mi hija no los hay:

manos que más se perfumen y blanqueen, tampoco: lástima que no hayas nacido princesa.

—En efecto, la cocinerita me parece bastante coqueta, observó una de las damas presentes.

—Señora, repuso Catalina con altivez: mi padre acaba de decir que yo no hago nada en la cocina.

—Pero, querida mía, ¡dejaréis por eso de ser la hija del cocinero! replicó la misma señora que parecía hallarse ofendida de las maneras bruscas de Catalina.

—No quiero tampoco dejar de serlo, respondió la joven: lo que quisiera, sería no tener más ocupación que cantar.

—Desde mañana, dijo el príncipe, te voy á buscar un maestro de música.

—¡Ah! ¿será verdad, padrino? exclamó Catalina: ¿me van á enseñar la música, de veras, con formalidad?

—Sin duda: y así que sepas cantar bien, daré conciertos para que te oigan.

—¿Queréis acaso hacer una cantatriz de esta chiquilla? preguntó al príncipe uno de los convidados.

—¡Ojalá fuese así! respondió Gabrielli; la pobre criatura no ha nacido para cocinera, y de esta suerte le abriría un porvenir honroso y lucrativo.

Todos los presentes lanzaron á Catalina una mirada en la que se traslucía bastante encono; la carrera de cantatriz era ya entonces ilustre en

Italia, y la flaqueza humana ha sido en todos tiempos la misma.

Todas aquellas opulentas damas se sentían como lastimadas ante la vida de trabajo, pero sembrada de laureles, que podía obtener aquella oscura y humilde niña.

El príncipe hizo repetir á Catalina algunas otras tonadas, que ésta cantó con la misma perfección, y luégo la despidió con su padre, que no cabía en sí de gozosa vanidad, reiterándole la promesa de encargar un maestro para ella al día siguiente.

—Sois demasiado bueno en tomaros esos cuidados por una chicuela, que seguramente os pagará muy mal, dijo una de las señoras, lo que se podía traducir de esta suerte con toda confianza:

—Sois un necio.

—Su cara da á entender que será una viborilla que muerda el pecho donde halle abrigo y calor.

—¿Quién sabe? observó con gravedad uno de los caballeros; puede que pague con su amor el ardiente y exclusivo que el príncipe parece profesarle.

—No lo niego, respondió Gabrielli; la quiero lo mismo que si fuera mi hija.

—¡Bah! ¡bah! Sois demasiado buen conocedor para eso, y la chica es muy linda, dijo el que había hablado antes.

—¡Y qué, señores! exclamó el príncipe; ¿no

habrá nada, por santo y puro que sea, que os merezca el concepto de una sana intención? ¿No se librará ni aun la caridad de vuestras maliciosas sospechas? Os juro, por mi honor, que esa pobre niña sólo me inspira un afecto paternal; mi mujer fué su madrina y al morir me la legó, lo que, á pesar de mi fama de libertino, basta para que yo la respete.

Había hablado el príncipe con tanta autoridad, que nadie se atrevió á contradecirle; pero la reunión careció ya de alegría y de cordialidad, y muy pronto se dispersó, no sin llevar cada uno la firme intención de hablar todo lo mal posible de la *cocinerita de Gabrielli*, como después se la llamó en toda la Italia.

III.

El príncipe que, no obstante los desórdenes de su vida, era un noble, generoso y espléndido señor, cumplió su palabra, y al día siguiente llamó á Catalina.

Esta salió de las cocinas acompañada de su padre, que, conociendo el entusiasmo de su señor por la belleza, y pareciéndole la de su hija sin rival en el mundo, no se apartaba de ella.

Al lado del príncipe había un anciano pequeño,

enjuto, con los cabellos blancos y el aspecto duro y austero.

Era el ilustre maestro Pórpora, gloria de la Italia y del arte musical.

—He aquí á tu maestro, Catalina, dijo el príncipe; si no llegas con sus lecciones á ser una maravilla, será por culpa tuya; es el ilustre y sabio anciano Pórpora, porque de buscarte una enseñanza, he querido que fuera la primera y mejor del mundo; allí, en aquel gabinete, hallarás un magnífico piano que el mismo Pórpora ha elegido para ti por encargo mío; ahora tu padre bajará á la cocina, yo me iré y tú darás tu primera lección.

En efecto, Catalina quedó sola con el maestro.

Era la cara del anciano tan grave, que la pobre niña, alegre y vivaz, se contristó; dió su lección, que consistió en conocer las primeras notas, porque ella nada sabía de música.

Al marcharse, Pórpora le dió un beso en la frente y le dijo:

—¡Tú serás mucho!

El anciano empleó con Catalina aquella severidad que le hizo proverbial; nada le pasaba; al menor descuido, la regañaba y se ponía furioso, la sujetaba á un estudio lento, paciente, eterno, árido; pero á todo esto resistía la pasión de Catalina por el arte.

Dos años después, el príncipe Gabrielli convidó para un suntuoso concierto á sus salones á fin de

que la nobleza de Roma *oyese cantar á su cocinerita;* de esta suerte se expresaban las esquelas.

No hay que decir que, unos por curiosidad y otros por dar pasto á la maledicencia, acudieron muchísimos convidados á los salones del palacio Gabrielli.

Jamás se había visto tan adornada aquella opulenta mansión.

Enormes ramos de flores lucían en vasos de oro; el salón del concierto se hallaba iluminado *a giorno;* las pedrerías de las damas centelleaban con los colores deslumbrantes del arco iris; las condecoraciones, los bordados uniformes de la corte pontificia y de las embajadas extranjeras daban mayor brillo á aquella espléndida reunión.

Además de los dos motivos expuestos, había otro poderoso para que acudiesen en tropel al palacio Gabrielli; el príncipe, indignado de las hablillas que habían circulado por la ciudad, había cerrado su casa y él mismo se había retirado de todo trato.

Los maldicientes sintieron bastante esta medida; era el príncipe persona de gran influencia, rico, servicial, y además ¡se comía tan bien en su casa!

Así fué que á la primera invitacion todos corrieron á reanudar los hilos rotos de aquella útil amistad.

Hacia las diez de la noche vieron entrar á una

joven conducida por un anciano, que le daba el brazo; eran Catalina y su maestro.

Los dos formaban el más extraño contraste que se puede imaginar.

Catalina había crecido; era una joven alta, pero muy delgada, ya por su contextura nerviosa y fina, ya porque sólo contaba dieciseis años.

Los mismos que dos años antes eran sus negros ojos, su boca de coral y perlas, la rica profusión de sus cabellos de ébano, la suelta elgancia de su gracioso talle; la misma altivez se veía en sus facciones, á la que se unía cierto desenfado que no llegaba á ser insolencia, pero que tampoco tenía nada de común con la modestia.

Entraba, no como una pobre niña protegida, que va á tener la honra de ser escuchada por lo más encumbrado de Roma; sino como una joven reinecita que va á dejarse oir de sus vasallos.

Llevaba un traje de seda blanca, de hechura lisa; un collar de perlas de tamaño extraordinario, que había sido de la hermosa princesa Gabrielli, y que había regalado el príncipe á Catalina para aquella solemnidad, y medio perdida entre las magníficas trenzas de sus cabellos negros una rosa blanca.

Vestida de esta suerte, su elegante y rica sencillez le hacía parecer la mejor ataviada de todas las beldades que llenaban el salón.

Pórpora vestía un raído traje de paño negro;

el pantalón muy corto, dejaba ver sus zapatos sin lustrar. El chaleco había perdido su primitivo color y presentaba uno indefinible; sobre sus sienes se mecían algunos cabellos blancos que llevaba sin cuidado alguno, y á pesar de un aspecto tan miserable, el genio resplandecía en aquella frente calva.

Pórpora, severo, duro, casi feroz para sus discípulos y enteramente olvidado de su persona, era un tesoro de sensibilidad, y gastaba en socorrer á los artistas pobres las inmensas sumas que ganaba.

Muchas altivas y varoniles frentes se inclinaron al pasar aquel pobre viejo, y desde luégo se auguraron maravillas de la *cocinerita* cuando su rígido maestro la presentaba en público.

Pórpora se sentó al piano; preludió algunos instantes y luégo se oyó la voz de Catalina, que empezó con serenidad y admirable estilo el aria de la ópera *Dido*, de Metastasio, *son regina e son amante.*

Nunca la bella reina de Cartago ha tenido un intérpetre más fiel; Catalina cantaba con un estilo tan terso, tan puro; tan admirable era su fisonomía, tan apasionada y tan hermosa, que toda aquella asamblea, fría y dispuesta á la crítica, se dejó arrebatar por el más ferviente entusiasmo.

Catalina acabó de cantar con calma y serenidad y sin que su triunfo pareciese embriagarla lo más

mínimo; luégo arrojó una mirada de soberano desdén á la reunión, como diciendo:—¿qué sois todos vosotros para mí?

Muchos caballeros se acercaron á felicitar á Pórpora por haber sacado aquel prodigio de una muchacha ignorante; pero el gran maestro, que detestaba el incienso y á los nobles, respondió bastante rudamente:

—Nada, nada, señores; es ella quien vale, pues yo solo no podría ni sé hacer un diamante de un guijarro.

Instóse á Catalina para que cantase de nuevo; pero se negó á ello Pórpora con la áspera resolucion que acostumbraba, diciendo que Catalina no podía abusar aún de sus facultades musicales, y que bastaba por aquella noche.

El príncipe no cabía en sí de alegría y vanidad: delante de todos abrazó repetidas veces á Catalina y la besó con la mayor ternura.

—Entre los concurrentes, y retirado en el más oscuro rincón de la estancia, se hallaba el cocinero, medio lelo de orgullo: ¡aquella jóven tan admirada, tan obsequiada, era su hija! Aunque tenía otros hijos, toda su admiración era para Catalina.

Cuando todos se retiraron despues de una espléndida cena, el príncipe preguntó á Pórpora que cuántas veces al mes podía cantar Catalina en conciertos como aquél.

—Lo más dos, respondió el maestro.

—¡Cómo! ¡Solamente dos!

—Ya os he dicho que eso lo más; pero creedme, y que me crea ella también: lo mejor es que se deje de divertir á necios y maldicientes, y que se ajuste en el teatro; esa es su vocación, y si no, ved cómo le relumbran los ojos sólo de oirlo.

—¿Cuánto tiempo habrá de pasar para eso?

—Tres años.

—¿De estos tres años podré disponer de algún tiempo para dar conciertos?

—De dos años: podéis dar cuarenta y ocho conciertos, lo que no deja de ser una cantidad exorbitante: el otro año lo pasará recogida y estudiando.

Nadie contradijo la omnipotente voluntad de Pórpora. El príncipe, conformándose con ella, daba un concierto cada quince días, y aquel talento, que cada día se desplegaba con facultades más extraordinarias, llevaba al palacio de Gabrielli, no sólo á la nobleza romana, sino también á la de una gran parte de la Italia, donde la música es la reina de las artes.

De muchos puntos acudieron empresarios á proponer á la *cocinerita* los más ventajosos ajustes, pues era ya conocida la determinación que había tomado de dedicarse al teatro.

Contratóse al fin para el de Luca al cumplir los diecisiete años y marchó con Pórpora y un hermano suyo menor.

En la escritura firmó, para complacer á su pa-

drino, Catalina Gabrielli, y desde entonces, es decir, desde su aparición en el mundo musical, sólo se la conocía con este apellido.

—¿Por qué habéis hecho eso? preguntaban al príncipe sus amigos: ¿no era bastante ya la protección que le habéis dado, que ahora le dais también vuestro apellido?

—¿Y quién mejor que ella puede cubrirle de gloria? respondía entusiasmado el príncipe: ¿qué hago yo con mi apellido? Ella sí que le hará ilustre con su talento y su fama.

IV.

El príncipe partió para Luca, porque no quería perder el espectáculo del primer triunfo de su protegida.

Catalina había sido ajustada de *primera* bufa, según antes se llamaba.

Hizo su salida en la ópera *Sofonisba*, del maestro Galupi, y fué extraordinariamente aplaudida: las gracias de sus maneras, que se habían formado en la elegante sociedad del palacio Gabrielli; la belleza de su rostro y de su voz, arrebataron á la concurrencia, que la llamó repetidas veces entre aplausos y bravos.

A la siguiente noche se cubrió el escenario de coronas y ramilletes.

Entonces Pórpora exigió para ella más crecidos honorarios: y negándolos la empresa, le hizo romper la escritura y la llevó á Padua, donde acabó la temporada teatral de 1747.

Durante otros dos años, Catalina Gabrielli recorrió otros varios teatros de Italia, siendo en ellos aplaudida, aunque no con el calor que en Luca: algunas veces lloró acordándose de aquel entusiasmo, que ya no había vuelto á encontrar; pero era tal el respetuoso temor que le inspiraba Pórpora, que no se atrevía á manifertarle su pena ni la desconfianza que se iba apoderando de su ánimo en lo que respectaba á su talento.

Sin embargo, el sabio artista leía en su alma con tanta más facilidad cuanto que él sufría también: sabía que no se engañaba, y no obstante, Catalina hacía poco efecto y él se desesperaba más que la joven.

Llegaron por fin á Nápoles en 1750; no precedía á la joven cantatriz más que un nombre muy mediano, y la noche de su salida estaba el teatro casi vacío.

Eligió para su estreno la ópera *Dido*, de Metastasio, cuya aria *son regina e son amante* tanto entusiasmo había excitado en Roma.

Desde que pisó la escena, comprendió que allí había más calor y más propensión al entusiasmo

que en ninguno de los otros públicos que la habían escuchado: cautivado el auditorio por su bella figura y su lindo y expresivo rostro, fué saludada, al salir, con una salva de aplausos.

Catalina, animada y enternecida por una acogida tan favorable, empezó á cantar con seguridad y valentía, cosa tan necesaria en los artistas.

En efecto, nada hay que perjudique tanto al talento como la timidez; nada hay que lo haga sobresalir como la tranquilidad del ánimo.

El público comprendió lo que valía aquella joven de veinte años, y la animaba aplaudiéndola en todas las piezas en que lo merecía: acostumbrado á cantatrices viejas—pues es cosa probada que sólo á la edad madura se acercan los artistas á la perfección—aquel talento precoz, y que al contrario del de todas las demás artistas eminentes prometía largos años de vida, le admiraba hasta un extremo increible.

Al llegar á la famosa aria, el entusiasmo rayó en delirio; el público se levantaba de sus asientos, gritaba, palmoteaba y expresaba de mil maneras su frenesí.

Algunos de los más entusiastas se fueron apresuradamente á comprar flores, alhajas y palomas blancas, que arrojaron al escenario en medio de un delirio indescribible.

Terminada la representación fué llamada á la escena diecisiete veces, y al retirarse fatigada

ya de tantas ovaciones, era tanta la gente que llenaba los pasillos y habitaciones que conducían á su cuarto, que creyó imposible penetrar en él.

De aquella noche data la alta reputación de la Gabrielli, como se llamaba á Catalina; al llegar ésta á su cuarto, lo encontró lleno de personajes de la primera grandeza y vió las mesas cubiertas de joyas de gran valor; otras muchas había atadas á los ramilletes que le habían arrojado y que ocupaban todos los asientos de la habitación.

Entonces se abrieron para Catalina Gabrielli las puertas de la vida galante que hasta aquella época ni aun había columbrado.

Los personajes más ricos, más distinguidos y más encumbrados de Nápoles solicitaron su amor; pero de todas las solicitudes la libró el cariño paternal y severo de Pórpora.

—La artista se debe á su arte, le decía; tú no debes amar más que á la gloria, ó á lo ménos, espera á conquistarla para escuchar á tu corazón.

Metastasio hizo entonces empeño en llevársela á Viena y en presentarla al emperador Francisco.

El único emperador á quien necesita ser presentada es el teatro, dijo el severo Pórpora; conseguidle un ajuste, vos que sois omnipotente, é irá.

Metastasio salió prometiendo conseguirlo; y, en efecto, un mes despues escribió á la Gabrielli anunciándole que estaba ajustada en el teatro imperial como *prima donna* absoluta y que el empe-

rador le había ofrecido, si realmente valía lo que le habían dicho, que la nombraría su cantora de cámara.

V.

Catalina tenía un carácter que estaba muy lejos de valer lo que su talento.

Era dominante, burlona, voluble, y no respetaba ninguna jerarquía ni consideración social.

Confiando en su mérito, quizá con exceso, no guardaba á nadie consideraciones y las exigía todas.

A vueltas de estos defectos, era caritativa y amaba tiernamente á su joven hermano, á quien daba la educación más brillante, y que jamás se separó de ella.

Catalina salió para Viena, y su maestro y amigo Pórpora se despidió para Roma el mismo día.

—Adiós, hija mía, le dijo el anciano, en tanto que una gruesa lágrima asomaba á sus ojos; ya dejo asegurado tu porvenir, la gloria te abre sus puertas y para nada necesitas ya á tu viejo amigo.

—¡Ah! ¿por qué me habláis así? exclamó Catalina sollozando; ¡vos sois preciso para mi felicidad, maestro mío! ¿No os lo debe todo vuestra *cocine-*

rita? ¿Qué sería yo sin vos? ¡Aun estaría entre las cacerolas de mi pobre padre! ¿Por qué no os quedáis á mi lado? ¡Siempre seréis lo primero del mundo para mí!

—Otros cuidados me llaman, repuso el austero anciano sacudiendo melancólicamente la cabeza y enjugando aquella lágrima, que rara vez acudía á sus ojos; me llaman mi arte y mis discípulos. Catalina, escríbeme y entérame de tus triunfos.

—¡Ah! ¿Podéis dudar de que lo haré? exclamó la joven; otra cosa os prometo además; os ofrezco ir á pasar mis primeras vacaciones en vuestra compañía y á estudiar á vuestro lado.

—¡No olvides, hija mía, esa promesa! exclamó el maestro; ven tu, dulce ruiseñor, á alegrar mi solitario y oscuro nido, despojado de todas sus flores por las borrascas de la vida: te espero!

Catalina se acercó á su maestro trémula y ruborizada; algo quería decirle que no se atrevían sus labios á expresar; su angustia eran tan visible que llamó la atención del anciano.

—¿Qué quieres? le dijo; ¿deseas que lleve algo á tu padre? Habla.

—Ya os diré eso después, respondió la joven tomando tiernamente las arrugadas manos del viejo Pórpora; otra cosa es la que deseo ahora, y de la que os quiero hablar... maestro... ¡mirad!

Catalina señaló al anciano el cajon de su gaveta, casi lleno de oro y de bonos del Estado.

El maestro miró á su discípula sin comprenderla.

En la noble pobreza de aquel sabio maestro, la palabra *dinero* apenas tenía significado alguno.

—Maestro, prosiguió Catalina; todo lo que una hija posee es de su padre, ¿no es verdad?

—Sin duda, respondió Pórpora; por eso debes dar al tuyo el descanso y la comodidad.

—Sí, sí, tenéis razón; ¡pero vos sois mi padre también, el padre de mi inteligencia, y yo sería mil veces dichosa aliviando la pobreza en que vivís!

—Hija mía, respondió Pórpora; yo nada necesito; pobre he vivido y pobre seguiré viviendo, porque no tengo necesidades, ni más amor que mi arte; todos mis discípulos son muy ricos, ya lo sabes, y todos me han dicho lo que tú; pero el viejo Pórpora nada necesita, nada más que ver el cielo y el sol á través de la ventanita de su cuarto.

—¿Pero no socorréis á los artistas pobres?

—Sí por cierto.

—Tomad, al menos para ellos, observó Catalina llenando las manos en el cajón y presentando su contenido á Pórpora.

—Venga, dijo el anciano, y que Dios te recompense con la gloria, hija mía; á nadie le ha ocurrido eso más que á ti; tengo discípulas reinas y princesas que me dicen:—¿qué queréis, maestro? pedid para vos;—pero jamás me han dicho:—¡to-

mad esto para los artistas desgraciados!—¡Venga, venga, hija mía! Con esto y otro tanto que yo podré reunir, hay para fundar un hospital donde puedan acogerse en sus enfermedades. ¡Y lo fundaré!

—Tomad más, dijo Catalina, vertiendo abundantes lágrimas; maestro mío, tomad cuanto gustéis!

Y viendo que Pórpora no quería acercarse al cajón, tomó con trabajo todo su contenido, lo encerró en una bolsa y exclamó con entusiasmo, presentándola á Porpora:

—¡Tomad para mis pobres hermanos que sufren! ¡Que no se muera en flor ningun genio por carecer de recursos para el estudio! ¡Que no lloren ni padezcan en tanto que yo lo pueda remediar, y para eso, padre mío, acordaos siempre de Catalina, de vuestra *cocinerita!*

Pórpora lloraba á raudales; ahogado por la emoción, se dejó caer sobre una silla. Catalina enjugó las lágrimas del anciano con su pañuelo de batista, y luégo, tomándole de la mano, le hizo ir adonde estaban reunidas todas las joyas.

—Ahora, dijo, no me neguéis la gracia de llevaros una memoria mía.

—Esta, exclamó Pórpora tomando la más sencilla de las muchas sortijas que allí se veían, y que sólo tenía en el centro un brillante muy pequeño:

—¡No, esta! dijo Catalina.

Y colocó en el dedo del maestro un magnífico solitario que le había arrojado un príncipe napolitano, y que valía un caudal.

—Es una sola piedra, dijo, pero digna de vos, y su procedencia es noble, porque la ha ganado el talento; y ahora, maestro, oid lo que os encargo; así que lleguéis á Roma, enviadme á mi pobre padre. ¡No sabéis cuánto me acuerdo de él! ¡Quiero que sea dichoso y feliz al lado mío, donde quiera que vaya!

Esta fué la última súplica de Catalina.

Aquella noche salió para Viena acompañada de Metastasio y de su hermano, que sólo tenía doce años y al que amaba con ternura.

Pórpora se volvió á Roma.

Tres días después de su llegada, *debutó* la Gabrielli en el teatro imperial de Viena en presencia del emperador y de toda la corte, causando más entusiasmo, si cabe, que en Nápoles.

Estaba entonces tan bella que no era posible tuviese competidoras.

Su estatura, más bien alta que baja, era esbelta y estaba á la vez llena de gracia y de majestad; sus negros ojos eran rasgados, hermosos y lucientes; sus cabellos caían en gruesos y lustrosos rizos negros al rededor de su cuello con una gracia indecible; su boca de coral se hallaba guarnecida de perlas; era incomparable el dibujo de su garganta, de sus hombros y de sus brazos.

En el primer entreacto fueron á llamarla de parte del emperador.

—Decidle que estoy muy cansada, respondió al chambelan con la mayor naturalidad; más regular me parece que S. M. venga aquí.

Todos se miraron asombrados de aquella ruda franqueza.

—Querida mía, dijo Metastasio, es imposible responder eso al emperador.

—¿Por qué?

—Porque es una irreverencia.

—¿El estar yo cansada?

—El enviárselo á decir: tenéis que ir, hija mía, ú os exponéis á caer en su desgracia.

Catalina hizo un gesto de desdén que traducía hasta qué punto era indomable para los poderosos aquel carácter tan tierno con los débiles y tan amante para los suyos; pero se contuvo, por la mucha gente que había en su cuarto, y por las miradas en extremo suplicantes que le dirigía Metastasio.

Echó sobre su traje una capa de terciopelo y subió con él al palco imperial.

El emperador y la emperatriz se sorprendieron á su vista, pues de cerca les pareció la cantatriz más hermosa que en la escena.

—Habéis cantado admirablemente, le dijo la emperatriz, que creía deber animarla.

—Ya lo sé, respodió bruscamente Catalina: si

hubiera cantado mal, señora, á buen seguro que no me hubieran aplaudido.

—Sin embargo, repuso el emperador frunciendo el ceño, creo que convendréis conmigo, señorita, en que el público de Viena es muy galante.

—No, señor, respondió Catalina: si me ha aplaudido es porque lo merezco; he hecho lo que sabía y no por afán de gustarle, que de sobra sé yo que en algunas ocasiones le gusta lo malo y le cansa lo bueno: sino porque al ver un teatro grande, bello, y tan bien alumbrado, me entusiasmé yo misma.

—Y á esto contribuyó el saber que sus majestades habían venido á escucharos, dijo Metastasio, que estaba en ascuas al oir las insolencias de Catalina.

—Ni por cinco segundos he pensado en semejante cosa, respondió la rebelde joven: y además, lo mismo canto para todo el mundo. En Nápoles había una pobre ciega que deseaba oirme: me lo dijeron, fuí á su casa y estuve cantando por complacerla más de tres horas lo mejor que sabía, y ciertamente mejor que esta noche, pues al final del acto me moría de calor y de cansancio, porque la obra es de prueba: si yo cantara lo que me diera la gana, otra cosa sería; pero eso de cantar uno lo que le mandan, apura la paciencia de un santo.

Aquella ruda franqueza contrastaba de tal suerte con la adulación y continua lisonja á que estaban acostumbrados los emperadores, que éstos mi-

raban á Catalina sin poder comprender apenas lo que oían.

—Iréis mañana por la noche á palacio, dijo la emperatriz, y cantaréis lo que gustéis para mí y para toda la corte, á la que convidaremos: ahora admitid esta muestra de la satisfacción con que el emperador y yo os hemos oído, y retiraos ya á descansar hasta que empiece el acto segundo de la ópera.

Y la emperatriz, al decir estas palabras, se quitó de su brazo izquierdo una rica cinta de pedrería y la puso en las manos de la Gabrielli; que no pareció admirada de semejante dón y que acabó de cantar la ópera con el gusto más exquisito y la más fácil bravura.

Al salir, terminada la representación, se halló con un inmenso público que la esperaba, la hizo subir en un carruaje abierto y la escoltó hasta su casa con la música del teatro y alumbrando con hachas de cera.

VI.

Pocos días después de su aparición en el teatro imperial de Viena, se declaró amante suyo el embajador de Francia.

Al mismo tiempo empezó á rendirle sus obsequios el embajador de Portugal; pero así como

aquél hacía alarde de su galantería, éste la rodeaba del secreto más profundo.

Catalina no correspondía ni al uno ni al otro, y en aquella ocasión hizo lo que la venalidad más vulgar aconsejaba: manifestó corresponder á los dos y explotó al de Portugal, que era muy rico y muy generoso, y la instaló en un magnífico palacio dándole una numerosa servidumbre.

Cada uno de estos dos amantes se creía solo: Catalina tenía bastante habilidad para eso; pero el francés era astuto, tenía gran conocimiento de las mujeres que pertenecían á la clase de la cantatriz, y sospechó al fin que era vendido.

Espió, preguntó, inquirió y supo la verdad.

Para asegurarse por sí mismo, una noche fingió salir de casa de Catalina; pero su doncella, á la que tenía comprada, le ocultó en un aposentillo situado dentro del de aquélla.

Algunos instantes hacía que se hallaba allí, cuando vió entrar al embajador de Portugal.

Ciego de cólera, abandonó su escondite y se precipitó, no sobre su rival, sino sobre Catalina, con la espada desenvainada y descargando tan fuerte tajo, que hubiera dejado mal parada á la artista á no ser por la resistencia que opuso la cotilla que llevaba.

—¡Ah! exclamó Catalina con una serenidad admirable, pues había sido herida: ¡dais, en verdad, pruebas de gran valor acometiéndome á mí, cuando

hay aquí un hombre! ¡Andad, andad con vuestra furia á otra parte!

El embajador de Portugal, que había prevenido el golpe que iba á herir á su infiel amante, se adelantó y le dijo con gravedad:

—Quien se va para no volver soy yo; Catalina, os había juzgado mejor que á las otras mujeres; pero veo que no es así.

—Pues os equivocáis, repuso la prima donna; creo que las habrá mucho mejores que yo, pero sé que yo no tengo ninguna obligación de ser virtuosa, pues mi profesión me quitaría la fama de tal, aunque lo fuese: por lo demás, si os vais, os deseo muy buen viaje: nunca os quise, y sois un necio si no lo habéis ya conocido.

El portugués no quiso oir más, y se retiró presa de una violenta cólera.

Pero el francés, pasado el primer arrebato de su ira, se arrojó á los pies de la cantatriz y la suplicó que perdonase aquel arranque hijo del ciego amor que le profesaba.

—Yo, dijo Catalina, no os tengo ninguno: os lo diré lo mismo que á vuestro rival; pero os debo obligaciones de dinero y os perdonaré con una condición.

—¡Decidla! exclamó el embajador con ansia.

—Pues bien, entregadme la espada con que me habéis amenazado, para que mañana graben en ella una inscripción.

El buen hombre titubeó ante esta petición tan extraña y que de tal suerte comprometía su dignidad; pero al fin era tal la pasión que profesaba á Catalina, que accedió á ella.

Al día siguiente hizo la Gabrielli grabar en la espada del embajador esta leyenda:

Espada de M.... que se atrevió á herir á la Gabrielli.

Al ver aquel alarde de vanidad, que tan mal parada dejaba la suya, se asustó el embajador.

No sabía cómo precaver el golpe que le amenazaba, pues Catalina, con el atrevimiento burlón que le era natural, le había participado su designio de colocar aquella espada en un cuadro.

El acongojado francés se echó á buscar una persona influyente en el ánimo de Catalina, y sólo vió á Metastasio que realmente ejerciese algun predominio sobre ella: este sublime poeta le daba lecciones de declamación, y á él debió la Gabrielli la verdad y el encanto con que sabía expresar las más difíciles situaciones.

Mucha fué la gloria que conquistó á aquella artista su talento; pero la discípula de Pórpora y de Metastasio tenía el deber de ser grande.

El embajador fué á ver al poeta, quien le contestó que haría lo que pudiera por complacerle, y que para esto necesitaba saber cuáles eran sus deseos.

Limítanse sólo á recoger esa espada, dijo el em-

bajador: no deseo otra cosa, y podéis contar con mi protección si lo lográis.

—Guardad vuestra protección, caballero, respondió cón orgullo Metastasio; si os sirvo será por el solo gusto de hacerlo, y no por obtener recompensa alguna; pero dudo mucho que Catalina ceda si la habéis ofendido.

Metastasio fué aquel mismo día á ver á su discípula y la halló entregada á una profunda desesperación, pues ella no podía abrigar ningún sentimiento templado.

Según cartas recibidas aquel día, su padre había muerto: una hermana mayor que ella, que tenía en Roma, había quedado sin recursos.

Así fué que cuando Metastasio habló de la espada á Catalina, ésta le miró indignada y le dijo:

—¡Id al diablo con la espada, y decid á su dueño que jamás vuelva á ponerse delante de mí!

El poeta aprovechó aquel arranque para recoger el acero y echó á correr con él antes de que se arrepintiese de su decisión y quisiera recobrarlo.

Acabada la temporada teatral, se la volvió á contratar en Viena: el emperador únicamente asistía al teatro cuando ella cantaba.

Ganaba sumas inmensas, ya por efecto de los regalos que le hacían, ya por sus honorarios, que eran crecidísimos; y daba mucho á los pobres, viviendo además con la esplendidez de una reina.

Su corazón era y fué siempre inaccesible al

amor; desmentía la expresión inteligente, vivaz y apasionada de su rostro, pero estaba muy acorde con la frialdad de su lenguaje y de sus acciones.

Muchos partidos se le presentaron en Viena, pues había hombres de mérito y elevada posición bastante apasionados de su talento y hermosura para darle su nombre y su fortuna; pero Catalina respondía siempre:—Digo como mi maestro; la artista se debe á su arte.

—Pero ¿por qué renunciar á la felicidad de ser madre, de tener familia? le preguntaban; esos son los mayores goces que se disfrutan sobre la tierra.

—Yo me conozco, respondía Catalina; no amo á mi familia como las demás, porque tengo por ella una especie de delirio; ¿cómo amaría, pues, á mis hijos? Hasta la locura, y todo lo dejaría por ellos; nada, nada, sola y libre quiero vivir, que así estoy bien y hago mi santa voluntad.

Quince años permaneció la Gabrielli en Austria, ya en Viena, ya en otras de las principales capitales, excitando en todas el mayor entusiasmo; pero cansada ya de aquel país, volvió á Italia, siempre llevada del amor á su familia y por estar cerca de su hermana, á la que profesaba, lo mismo que á su joven hermano, una extremada ternura.

Este debía á la Gabrielli una educación completísima y una carrera brillante en las letras; casóse en Viena con una linda joven y fué dichoso, conservándose toda su vida tan adicto á Catalina, que

así que ésta tardaba dos días en escribirle, ó se quejaba de dolerle la cabeza, lo abandonaba todo y venía á su lado.

Una sola pena amargaba la alegre, fácil y dichosa existencia de la cantatriz, y ésta nacía del recuerdo de su padre; según ella decía, *hubiera querido llevarle en una carroza de oro macizo,* y el pobre viejo había muerto sin ver la gloria de su hija.

VII.

La ciudad donde se fijó Catalina fué Palermo, y allí produjo su talento el mismo entusiasmo que en todas partes.

Tenía entonces 35 años, y su belleza, que no habían ajado las pasiones, se conservaba fresca y admirable.

El virrey pareció muy prendado de sus gracias y le prodigó toda clase de atenciones; pero era un hombre circunspecto, y no llegó su solicitud hasta el extremo de obsequiarla públicamente; sin embargo, allanó todas las dificultades para que se estableciese con pompa y ostentación.

Pocos días despues de llegar Catalina á Palermo, dió el virrey un banquete de etiqueta, al que la convidó, aceptando ella y prometiendo asistir.

Llegada la hora de comer, envió el virrey á uno de sus ayudas de cámara para que le dijesen que la esperaban todos:

—Que pase aquí, dijo Catalina á la doncella que le entró el recado de estarla esperando de parte del virrey.

Entró el servidor y la halló en su gabinete leyendo tranquilamente.

—Haced presente á vuestro amo que he cambiado de parecer y que ya he comido, dijo Catalina al ayuda de cámara del virrey.

—Señora, contestó confuso el enviado; debéis venir al instante; todos os esperan y...

—No voy, no voy, lo he dicho; exclamó Catalina; no pienso salir hoy ni para ir al teatro; decidlo así á vuestro amo; ya he enviado recado á la empresa para que ponga una obra en la que yo no cante, en vez de la que estaba anunciada.

El criado se marchó estupefacto.

Una hora despues se presentó un agente para intimar á la Gabrielli, de parte de la autoridad, á que se presentase á cantar, amenazándola con que, de lo contrario, iría á la cárcel.

—Eso es una ruin venganza del virrey porque no he querido ir á comer sus detestables manjares entre aquella tropa de mujeres acartonadas, contestó Catalina; decid que saldré á la escena, y que en vez de cantar gritaré, lo cual será una cosa nueva para los concurrentes.

En efecto; no era mujer Catalina que dejase de cumplir sus amenazas; salió á la escena vestida según correspondía á su papel, y el público presenció la cosa más divertida que podía imaginar.

En vez de cantar la artista la letra y la música que había de ejecutar, empezó un aria dando chillidos tan extraños y desacordes como los que dan los pavos reales; toda la letra que aplicaba á sus graznidos se reducía á articular con la boca abierta:

—¡Hi! ¡ah! ¡hu! ¡hi! ¡hi!

—Señora, el virrey me manda advertiros, que si no cantáis según es vuestro deber, iréis, al salir de aquí, á la cárcel, volvió á decirle un agente de la autoridad.

—Ya envié á decir al virrey que podría hacerme gritar, pero cantar no, respondió Catalina.

No quiso ceder y la ópera se acabó del mismo modo, con gran despecho del virrey, pero con gran hilaridad de los espectadores, á quienes divertía mucho la terquedad de Catalina.

Al ver el empeño con que gritaba á la manera de un niño á quien no le dan lo que desea conseguir, sus mismos compañeros no podían contener la risa, haciéndoles mucha gracia la excentricidad de la artista.

El virrey no podía dejar de cumplir la palabra que se había dado á sí mismo y la amenaza que había hecho á Catalina, y, al ir á salir del teatro

la detuvieron y le señalaron un carruaje que no era el suyo.

—Ese no es mi coche, dijo ella con altivez, y sólo quiero el mío.

—Subid, pues, al vuestro, repuso el agente; tanto da conduciros en este como en aquel, y no es cosa de quitaros esa satisfacción.

—Pero, ¿adónde me llevais? preguntó la Gabrielli, que ya no se acordaba del apercibimiento del virrey.

—Adonde tuve el honor de indicaros antes: á la cárcel.

—¡A mí á la cárcel! gritó la artista furiosa.

Y luégo, dirigiendo hacia el coche del virrey, que se hallaba á la puerta, su rostro encendido, exclamó:

—¡Ah! ¡yo me vengaré!

Poco después llegó á la cárcel; pasado el primer arrebato de su ira, Catalina pareció divertirse mucho con la resolución que la privaba de la libertad.

Su alma era inaccesible al terror, y aunque hubiera podido darle entrada, muy en breve hubiera desaparecido á la vista de las consideraciones que se le preparaban.

La instalaron en una magnífica habitación, que constaba de una gran sala, comedor y dos gabinetes; y ella, que á pesar de su carácter duro y poco pensador, se hallaba cansada del ruido y del traba-

jo diario de la artista, se dijo que allí se encontraba muy bien y que aquella providencia le daría el reposo que necesitaba.

Se instaló como en su casa y pidió su camarera y su criado de confianza, alegando que sin ellos no podía pasar.

Todo se le concedió.

Los sirvientes estuvieron á su lado la misma noche y se la rodeó de todas las distinciones que pudiera esperar la persona de más alta consideración.

Al día siguiente convidó á comer á todos los que se hallaban presos por deudas. A los postres se levantó y dijo á los convidados:

—Tened la bondad, señores, de manifestarme cada uno cuál es la cantidad por que ha sido privado de la libertad.

Cada uno de los presos lo fué diciendo, algunos con visible rubor y otros como ofendidos de la curiosidad de Catalina.

Pero júzguese de la sorpresa y admiración que experimentarían al ver que ésta iba sacando de una bolsa de seda la cantidad que cada uno le indicaba y se la iba entregando.

Un inmenso murmullo de bendiciones y de frases de gratitud acompañaba este acto, que, si bien tenía mucho de extravagante, tenía también no poco de generoso y tierno.

Cuando acabó Catalina de distribuir el dinero, exclamó:

—No admito gracias de nadie; he querido que á lo menos vosotros guardéis una grata memoria de los días que la Gabrielli ha pasado en la cárcel. Además, procuraré divertiros esta noche, y os voy á dar un concierto para que sea alegre la última que paséis aquí.

Dirigiéndose luégo al conserje, que contemplaba admirado á Catalina, le dijo:

—Amigo mío, permitid que todos los demás presos entren aquí.

—Señora, respondió el conserje: hay algunos que son muy criminales, y otros que se hallan en un estado deplorable á consecuencia de graves enfermedades.

—No importa, respondió Catalina: quiero verlos á todos y socorrerlos. Llamadlos al instante.

Poco después entraron todos los presos, llenándose el salón de pordioseros y criminales.

La bolsa de Catalina se había agotado; pero á una señal suya, su doncella sacó un bien provisto taleguillo y les distribuyó á cada uno una crecida suma.

Daba más á los viejos y á los que tenían el aspecto más miserable, y se puede asegurar que aquél día la blanca y bonita mano de Catalina fué besada por los más desalmados ladrones del mundo.

—¿Qué es lo que os mueve á semejantes rasgos de esplendidez? le preguntaba uno de aquellos cuyas deudas había satisfecho.

—Mi corazón y mis recuerdos, respondió Catalina: cada anciano me trae á la memoria á mi padre: todos los pobres me son simpáticos, pero aborrezco á todos los poderosos, excepto el que cuidó de mi educación, que ya murió; todo lo que oprime me lastima: todo lo humilde excita mi simpatía.

El concierto de la noche estuvo brillante.

Había entre los presos algunos de esos malhechores y falsarios, cuyas manos suelen llevar finos guantes, y van siempre perfumados y vestidos con elegancia: algunos de éstos sabían música y cantaron, en su mayor parte, con bastante perfección.

Pero, como debe suponerse, Catalina fué la que hizo el mayor gasto y la que hechizó á todos sus oyentes con la magia de su voz y de su talento.

Al día siguiente, el alcaide hizo reunir en el patio de la cárcel á todos los detenidos por deudas.

—Ya estáis libres, les dijo: la señora Gabrielli os ha conquistado la libertad.

—Y nosotros no queremos salir de aquí mientras ella permanezca, dijeron tres ó cuatro por sí y sus compañeros: el oirla cantar es una dicha que compensa la pérdida misma de la libertad, y ella nos ha prometido cantar todas las noches.

Los presos permaneciéron firmes en esta idea, y en tanto que la Gabrielli estuvo en la cárcel no quisieron salir de ella; pues aquella mansión de penas y lágrimas había sido transformada, por las

magnificencias y el canto de tan admirable artista, en un palacio encantado.

Doce días permaneció allí la Gabrielli, al cabo de los cuales, por órden del mismo virrey, se la puso en libertad.

Fuerza es decir, sin embargo, que accedió á sacarla de la cárcel atendiéndo á las solicitudes de la ciudad entera, que le asediaba á todas horas pidiendo á la Gabrielli.

Esta recibió la noticia de haber finalizado su castigo sin experimentar emoción alguna: se despidió de los presos y salió; pero, al ver á la puerta de la cárcel á una multitud inmensa, se sorprendió y preguntó qué era lo que significaba aquello.

—Es, señora, le contestó su camarera, que toda esa gente que ha conseguido del virrey vuestra libertad os espera ansiosa por veros.

Un ardiente *¡viva la Gabrielli!* siguió á estas palabras.

Todos se agolpaban á ver á la artista, y la saludaban y estrechaban sus manos.

Muchos pobres—á los que ella siempre había socorrido largamente—la rodearon llenándola de bendiciones.

Quitaron los caballos del coche de la Gabrielli, que fué conducido por algunos hombres del pueblo, y de esta suerte la pasearon por las principales calles de la ciudad, llevando una música al frente y gritando:

—¡Ya está libre la Gabrielli! ¡Ya tenemos otra vez á la Gabrielli! ¡Mañana la volveremos á oir!

—Ahora mismo si queréis, dijo élla: ya hemos llegado á mi casa: subid, y los que puedan que se acomoden: los demás os quedáis en la calle, se arrimará el clavicordio al balcón y os cantaré un aria.

La multitud prorrumpió en aclamaciones.

Catalina subió á su habitacion: se sentó á su clave y cantó un aria con tanto gusto, primor y afinación, que arrebató á su ya entusiasmado auditorio.

Cuando acabó, salió al balcón y habló así á sus oyentes:

—Esta es la última vez que canto para vosotros; mañana salgo para la corte de Parma, donde hace tiempo que me llaman: quiero complacerla y á la vez huir de la tiranía del virrey; adiós, amígos míos; el nombre de la ciudad de Palermo y las pruebas de afecto que he debido á sus nobles hijos, estarán siempre grabados en mi corazón.

VIII.

Catalina Gabrielli era de una naturaleza loca y viciosa.

Jamás supo refrenar su insolencia natural, ni los ímpetus de su violento carácter.

El trato de mundo, el continuo contacto con per-

sonas elevadas y distinguidas y su claro talento, habían hecho su conversación agradable, festiva y amena, no menos que instructiva; pero esto era cuando se dominaba, ó deseaba complacer, cosas ambas que le sucedían raras veces.

La más leve contradicción excitaba su cólera, y quería ser tratada como una princesa, así en el teatro como en su propia casa.

Sin embargo, sus relaciones con sus compañeros fueron siempre cordiales, y la envidia la respetó en lo que atañía á sus intereses; pues por lo que toca á su fama, se cuidaba muy poco de guardarla, haciendo únicamente lo que se le ocurría y atendiendo á las galanterías de cuantas personas creía que podían serle agradables ú ofrecerle lucro.

Esta benevolencia de los artistas que con ella trabajaban era debida, en su mayor parte, á que su generosidad para con ellos no conocía límites, socorriendo todas sus necesidades y á veces fomentando sus vicios.

—¿Por qué le dais á ese hombre nada? le decían en una ocasión: cuanto dinero tiene lo emplea en embriagarse y jugar; y, sin querer, estáis haciéndole más vicioso.

—Yo doy por Dios, que ve mi buena intención, dijo la Gabrielli.

A fines de Setiembre de 1767 llegó á Parma con el tren de una reina: llevaba en varios carruajes que seguían al suyo, hasta veinte criados y seis

camareras, y delante de su coche iban dos correos.

Su traje era tan elegante y rico, y realzaba de tal modo su belleza, que las gentes se quedaban admiradas y se detenian á contemplarla.

Como ya hacía fresco, se había puesto un vestido de terciopelo negro de larga cola y mangas perdidas; este vestido subía cerrado hasta su bella garganta, y allí remataba en una pequeña valona de ricos encajes.

Sujetaba los hermosos y abundantes rizos una gorra redonda de terciopelo, menos negro que su cabellera, y en la que iban prendidos una gran pluma blanca que la guarnecía y un largo velo de gasa blanca también.

Aquella entrada triunfal hizo en la pobre corte de Parma un efecto mágico, y algunos palaciegos que la presenciaron corrieron á hablar de ella al infante D. Felipe, entonces duque reinante.

Los elogios fueron tan desmedidos, que el infante ansiaba vivamente el momento de verla al día siguiente en el teatro.

Nada puede dar una idea del deslumbramiento que experimentó el infante al mirar á la Gabrielli, que estaba próxima á cumplir treinta y siete años.

Cuantos se hallaban al lado de D. Felipe, pudieron observar el efecto que en él produjo la belleza de la cantatriz, y sobre todo su admirable talento artístico y musical.

A pesar del carácter reservado y sombrío de

aquel príncipe, el entusiasmo se pintaba de tal modo en sus ojos, que dos cortesanos astutos se miraron y se comprendieron.

Uno de ellos miró despues á Catalina, que á la sazón cantaba en la escena, y murmuró en voz baja:

—He ahí el astro que va á lucir.

En efecto; el infante, siempre tan reservado y tan poco expansivo, empezó pública y ostensiblemente á visitar y á colmar de regalos y presentes á la artista.

Jamás se había visto una magnificencia como la que desplegó Catalina. Ya poseía una gran fortuna y las larguezas del infante la aumentaron mucho: carruajes, caballos de montar, numerosos criados y un palacio magnífico, eran las cosas más usuales para la Gabrielli.

Pocas artistas la han aventajado, ni antes ni después, en vivir con lujo y comodidades: era su mesa tan espléndida, que de la comparación resultaba superior á la del mismo infante, quien por su parte contribuía á ello.

No obstante, D. Felipe era tan celoso que hacía a Catalina muy infeliz.

Pocos meses después de la llegada á Parma de la artista la encerró en una estancia, cuya llave se llevó á palacio.

Al verse presa Catalina de una manera tan arbitraria, se indignó de tal modo que jamás se la vió en igual estado de furor.

Dábanle la comida por un torno situado en la pared. Catalina, la primera vez que se abrió, mandó al enviado que se le presentó que fuese á buscar á un cerrajero para que violentase la puerta; pero éste, que sin duda tenía órdenes para hacerse el sordo, pareció serlo en efecto, y se retiró sin responder.

Al día siguiente llegó D. Felipe.

—¡Retiraos! le gritó Catalina: no os miro ya como un príncipe, sino como al más miserable de los hombres: así que salga de aquí saldré también de Parma, y si no me dais pronto la libertad, me arrojaré por la ventana.

—Aquí tenéis la llave de este aposento, dijo el príncipe; pero ved de qué modo obráis para no darme celos, porque me han dicho que ahora distinguís á un lord inglés.

—Pues sólo os han dicho la verdad vuestros espías, dijo Catalina, que ya se había guardado la llave: un rico lord inglés me ama y yo le amo también.

—Vos sois incapaz de amar á nadie, respondió don Felipe poseído de indignación.

—¡Soy capaz, á lo menos, repuso Catalina, de estimar á un hombre noble y digno y de despreciaros á vos!

El infante salió no pudiendo contener, á pesar de su pasión por la Gabrielli, el exceso de su ira.

Llevaba el alma profundamente resentida y

calculaba en los medios que debería emplear para retenerla, porque era indudable que se le iba á escapar.

Catalina, así que hubo oído cerrar la puerta detrás del infante, salió de su encierro y exclamó, dirigiéndose á todos sus criados:

—¡Os vais ahora mismo de mi casa! ¡todos todos, infames, por no haber hecho la menor tentativa para librarme del poder de ese hombre mezquino!

Así fué: la Gabrielli quedó sola y aquel día tuvo que condimentarse su comida y mullirse su lecho, lo que, segun ella decía después, la divirtió mucho y la hizo llorar al mismo tiempo, pues le trajo á la memoria los guisados de su buen padre.

IX.

Catalina no quiso volver á recibir al infante, no obstante que su carácter de príncipe real y duque soberano hacía muy temibles sus iras.

Algunas veces se decía la artista:

—El duque se vengará de mí á la primera ocasión.

No se engañaba, y como ésta era buscada por don Felipe con afán, no tardó en aparecer.

Una noche, que por estar realmente indispuesta

avisó que no podía cantar, se le intimó la órden de que fuese á desempeñar el papel qué tenía encomendado y que anunciaban los carteles.

—No iré, dijo Catalina: no he vendido mi vida á ninguna empresa.

—En este caso, señora, tendréis la bondad de seguirnos á la cárcel pública, dijo el que le hablaba.

—Vamos á la cárcel, repuso Catalina: ya no es la primera vez que he estado en ella por no querer sujetarme á esa grosera tiranía, que los grandes señores usan conmigo cuando opongo mi voluntad á sus caprichos.

Y sin ninguna resistencia echó á andar para tomar el coche que la esperaba en el patio.

Al llegar á la cárcel, comprendió que ya hacía mucho tiempo que se esperaba la ocasión de llevarla allí.

Condujéronla á una habitación adornada con ricos tapices y muebles suntuosos, y en la que había un hermoso clave y un arpa, instrumentos que ella tocaba con rara perfección.

Numerosos criados se presentaron á recibir sus órdenes, y en el momento se dispuso una mesa magnífica que se cubrió de los más delicados manjares.

—Decid al infante que, si ha querido hacer ostentación para conmigo de su galantería, ha perdido el tiempo y el dinero, observó Catalina, y

que le suplico que me ahorre la molestia de verle, porque no dudo que vendrá luégo lleno de vanidad y de satisfacción.

Catalina, como tantas otras veces, no se engañaba: el infante pasó á verla al día siguiente.

—Querida ingrata, le dijo: ya podéis salir de aquí cuando queráis: sólo os he hecho traer porque veáis que no puedo ser vuestro juguete; pero ya estáis libre.

—Serenísimo señor, respondió la Gabrielli: lo que habéis hecho ha sido una grosería y un acto brusco de autoridad, que nunca os perdonaré: id con Dios: yo me hallo muy bien aquí, gracias á vuestra esplendidez, y no quiero salir por ahora.

—Pero ¿me recibiréis?

—Como *vos mandáis en la cárcel*, vendréis cuando os acomode; pero yo me encerraré del mismo modo que en otra ocasión me encerrasteis vos, y como voy á hacerlo en este momento.

Y esto diciendo, se levantó y se metió en un gabinete contiguo.

Durante un mes, fué todos los días el infante y mandaba decir á Catalina que saliese, y todos los días le contestaba ésta por medio del ayudante de campo que entraba á hablarle:

—Decid que no quiero salir porque me hallo aquí muy bien.

Por fin un dia cedió y advirtió que saldría en aquel mismo instante.

Por la noche se fugó á Rusia, donde hacía largo tiempo que la llamaba y esperaba Catalina II.

Así que llegó, envió un recado á la emperatriz y ésta le mandó á decir que se le presentase en seguida.

Eran las dos de la tarde.

Catalina II se hallaba en un saloncito templado con el calor que dejaba escapar de su seno una gran estufa.

Era una mujer hermosa é imponente: sus cabellos, levantados sobre su frente noble y espaciosa, estaban empolvados y adornados con perlas y diamantes de gran valor.

Llevaba una manteleta guarnecida de pieles bastante abierta, para dejar ver el escote de su vestido y su alto pecho cargado de joyas.

—¡Gracias á Dios que has llegado! dijo la emperatriz á la Gabrielli presentándole su mano, que ésta apenas tocó con los labios: te vas á quedar en mi teatro imperial y quiero que hagas lo antes posible tu salida: por lo mismo, me dirás el sueldo que quieres que te señale, pues todos se costean de mi bolsillo particular: habla, que contigo quiero ser generosa.

—No voy á pedir á V. M. más que lo justo, respondió la Gabrielli; y luégo, si su munificencia me juzga digna de ello, me dará más: quiero ganar diez mil rublos.

—¿Qué decís? exclamó la emperatriz: ¡eso es

horrible!... ¡exorbitante!... ¡Diez mil rublos! ¡No pago tanto á mis feld-mariscales!

—En ese caso, señora, respondió la artista, puede V. M. hacer cantar á sus feld-mariscales: yo no cantaré por un rublo ménos.

—Quédate, quédate, dijo la emperatriz: vales mucho y lo sabes: si yo no te doy lo que pides, estás segura de que te lo darán en otra parte: quédate y prepárate para cantar mañana en presencia de toda la corte.

Pocos días después de su llegada á San Petersburgo, Catalina Gabrielli gozaba de todo el favor de la otra Catalina, que con tanta gloria ocupaba el trono de Rusia.

Puede decirse que, después de su familia, la emperatriz fué la única persona á quien verdaderamente amó la Gabrielli; aquélla, por su parte, colmó con exceso á la artista de honores y de riquezas.

Bajo la protección de tan ilustre princesa, pasó la artista nueve años en Rusia, sin que á la edad de cuarenta y siete sus facultades hubieran perdido nada de su brillo y encanto.

Durante aquellos nueve años, la cantatriz no salió de su método de vida disipado, caprichoso y galante: algunas intrigas amorosas fueron comunes á la emperatriz y á la que ceñía su frente con la brillante corona del genio, y los obsequios de los primeros personajes del Imperio llenaron los cofres

de la Gabrielli de diamantes y sus gavetas de crecidísimas sumas.

—Retírate del teatro, le dijo un día la emperatriz: vive tranquila á mi lado y sé mi amiga.

—No puedo, señora, respondió Catalina: yo he nacido para la escena: en tanto que pueda abrir la boca para cantar, en ella permaneceré, y lo que es más sensible para mí, tengo que abandonaros: se ha despertado en mi alma un deseo voraz de volver á mi patria: marcho á Italia y os suplico que no os opongáis á este deseo, reflexionando que nada os he pedido jamás.

—Está bien, replicó la emperatriz: haz lo que quieras: eres dueña absoluta de tu voluntad.

Dichas estas palabras le volvió la espalda, entrando en un gabinete inmediato para ocultar su emoción.

Catalina conoció que había afligido profundamente á aquella alma fuerte que tanto la amaba; pero temerosa de ceder ante la pena de la emperatriz, no quiso volver á verla y partió aquella misma noche.

Semejante ingratitud traspasó el corazón de la soberana de Rusia, y le hizo prorrumpir en estas palabras, que después repitió muchas veces:

—¡Nada hay de verdad en la tierra más que el poder!

X.

Antes de llegar á Milán, como deseaba Catalina Gabrielli, se detuvo en Viena, de donde la llamaban ofreciéndole sumas fabulosas, para que cantase algunas óperas con el célebre tenor Paggiarotti, ajustado en el teatro de San Benedictino: la artista tenía un verdadero deseo de conocer á aquel ruiseñor que partía con ella una celebridad universal.

Ensayaron juntos, y Catalina quedó encantada de la amabilidad y galantería del artista.

Era Paggiarotti uno de los hombres más interesantes y encantadores del mundo: sinceramente envanecido porque iba á cantar con la Gabrielli, le manifestaba su entusiasmo y su alegría con una viveza que lo hizo muy grato para Catalina.

Dotado de verdadero genio, sólo sabía admirar el genio, y la ruin envidia, que solamente se alberga en los pechos de escaso valer, no podía tener entrada en el suyo.

Pero antes de empezar la función se hallaba en el cuarto de Catalina, y le dijo con acento conmovido:

—Señora, tengo mucho miedo de cantar con vos.

—Pues perdedlo, respondió ella con la prontitud que le era habitual, ú os perderá él á vos: jamás he sido tímida y á mi arrojo debo una gran parte de mi fama: ¿por qué, pues, vos que tenéis tanto talento y tan pocos años habéis de temer?

—No lo sé; pero ello es que temo y mucho, cuando nunca me ha sucedido.

—Miradme á mí, repuso la Gabrielli: tengo cuarenta y siete años, y estoy perfectamente serena: dicen que una excesiva confianza en el propio talento es perjudicial; mas eso debe entenderse con los demás y no con los actores: á éstos perjudica mucho más una excesiva desconfianza, ó una extremada modestia.

Un murmullo de reprobación acogió las palabras de Catalina: la actriz tenía pocas simpatías á causa de su carácter excesivamente orgulloso y petulante.

Nadie se creía obligado á disimular esta sorda hostilidad, porque no habiendo debutado aún la Gabrielli, creían que la fama, ayudada de las intrigas de la misma cantatriz, había exagerado su mérito.

La artista oyó aquellas muestras hostiles: no se le ocultaba la animadversión que inspiraba, pero ella se reía de esto como acostumbraba á reirse de todo.

—Sí, señores, dijo levantando la voz y dirigiéndose á los mismos que murmuraban: nadie mejor

que uno mismo conoce lo que vale, y, conociéndolo, la afectada modestia me parece un disfraz ridículo: yo sé que seré aplaudida, y vos, querido amigo, debéis esperar que lo seréis también: dentro de algunos minutos, concluyó oyendo la señal, se verá si yo tengo razón.

—¡A la escena, Signora! dijo el avisador.

Levantóse la Gabrielli, y con la admirable tranquilidad que toda su vida la distinguió, salió á aquel terrible escenario, testigo de tantas derrotas artísticas.

Lo majestuoso y admirablemente bello de su presencia llamó desde luégo la atención del auditorio, que la acogió con prolongados aplausos.

Catalina empezó su aria de salida con una dulzura y suavidad admirables; luégo el diapasón de su voz se fué elevando y acabó con un arranque tan valiente, que el entusiasmo se propagó como una chispa eléctrica y rayó en delirio.

Muchos espectadores salieron á comprar ramilletes, palomas y aun joyas riquísimas, que le arrojarón á la escena hasta quedar materialmente cubierta de ellas.

Los gritos, los bravos, las palmadas atronaban el gran teatro, y Catalina, inmóvil y conmovida, dejaba correr por sus mejillas gruesas lágrimas de gratitud; pues aquella mujer, dominante y casi fiera, se conmovía tan honda como fácilmente.

Paggiarotti, más admirado que todos juntos,

pero temblando de pavor, corrió á ocultarse entre bastidores, exclamando descolorido y trémulo:

—*¡Povero me! ¡povero me! ¡questo e un portento!* (¡Pobre de mí! ¡pobre de mí! ¡esto es un prodigio!)

Catalina fué á buscarle, le animó, le regañó ásperamente, y cuando algo recobrado cantó con ella, tuvo la generosidad de hacer todo lo posible para que su méritó no oscureciese al del pobre y amedrentado tenor.

Este consiguió también aplausos merecidos, y ya más animado compitió con Catalina en mérito é inspiración, alcanzando ambos un éxito que sobrepujó á cuantos se habían conocido.

Al caer el telón, Paggiarotti corrió al cuarto de Catalina, tomó sus manos y las besó repetidas veces con la expresión de la más viva gratitud.

—¡Sin vos, le dijo, sin vuestro valor que me habéis comunicado, sin vuestros buenos consejos, sin vuestra generosidad, estaba yo perdido! Desde hoy os soy deudor de mi porvenir.

Doblóse el ajuste á Catalina, que sólo estaba comprometida para cantar algunas noches, á fin de que continuase toda la temporada; pero la altiva cantatriz no se contentó con esto, é implacable como siempre con los empresarios, les exigió el cuádruplo del precio que tenían convenido, so pena de marcharse al instante de no pagarla como ella quería.

La empresa, ó más bien el Gobierno, accedió á

las exigencias de la Gabrielli; y aquellos fabulosos honorarios, juntos con los espléndidos regalos que recibió, bastaban por sí solos para constituir una fortuna.

Acabada en Viena la temporada teatral, descansó Catalina dos años, y en 1780 fué á cantar al teatro de Milán con el famoso Marquesi.

Allí no pudo ejercer Catalina el predominio que antes había ejercido en la escena. Como sucede siempre en Italia, el público de Milán se dividió en dos partidos; el uno aplaudía á Marquesi y silbaba á la Gabrielli, y el otro hacía lo contrario. De esta rivalidad resultaron algunos desafíos; y Catalina, que no podía acostumbrarse al ruido de los silbidos y que se disgustaba, ó mejor dicho se enfurecía todas las noches, rompió su contrata y se retiró para siempre de la escena.

XI.

Catalina, decidida completamente á dejar el teatro, se retiró á Roma en compañía de su hermana mayor, que siempre había vivido en aquella ciudad ajustada de segunda bufa, y hacía tiempo que había también dejado el teatro.

La Gabrielli contaba casi únicamente como medios de fortuna con los sueldos que últimamente

había cobrado en Viena. Sus economías podrían haber sido muy grandes, pero su pasión por el lujo y además su gran desprendimiento, pues daba mucho á los necesitados, no le habían permitido guardar nunca nada.

Al tiempo de retirarse, pues, á la vida pacífica de la familia, sus rentas ascendían sólo á unos 40.000 rs., lo que para su afán de gastar era poquísima cosa.

—Tú eres princesa en los teatros y en todas partes, le decía un día su hermana. ¿Qué necesidad tenías de haber viajado con tanta magnificencia, de haber llavado una comitiva de criados y un correo delante?

—La necesidad de hacer mi gusto, respondió Catalina con su aspereza acostumbrada.

—¿Y por qué das tanto á los pobres?

—Porque es mi gusto también.

—¿Pero no ves que te quedas sin recursos?

—No importa; jamás te faltará ni me faltará nada.

No obstante el afán de lujo de Catalina, vióse ésta obligada á reducir sus gastos, porque era sobrado orgullosa para contraer deudas. Lejos ya de la atmósfera embriagadora de los teatros, se advirtió en ella una inclinación á la paz doméstica que jamás se le había notado.

Su carácter se suavizó; ya en el umbral de la ancianidad, miró la vida bajo su verdadero punto

de vista, y ella, que jamás había tenido la debilidad de las ilusiones, empezó á comprender la necesidad de rodearse de afectos verdaderos.

Toda la nobleza de la ciudad le abrió sus salones, donde aun dejaba oir de vez en cuando su magnífica voz, que respetaban los años, y su hechicero estilo, siempre joven y exuberante de gracia, de sentimiento y de ternura.

Roma, ansiosa de oir á la *cocinerita*—como se la había llamado—sintió aumentarse su habitual y extraordinaria afición á la música. Cada noche había un gran concierto con la esperanza de oir á aquel ruiseñor; mas Catalina, que accedió durante dos años á tomar parte en aquellas fiestas musicales, se cansó al fin y tomó el partido de excusarse de asistir á ellas.

Huyendo la artista de la sociedad, la sociedad la fué á buscar á su casa. Rara vez accedía ya á cantar; pero los encantos de su conversación, agradable, festiva y amena, hacían á muchos personajes desear su trato.

Catalina detestaba á los avaros y supo castigar á uno con gran tacto y delicadeza.

Un gran señor, recién llegado de Florencia, pidió y obtuvo la honra de ser presentado en el salón de la eminente artista. De toda la Italia, los que tienen más fama de avaros son los florentinos, y aquel alto personaje parecía como que se encargaba de justificarla.

A la segunda visita que hizo á la Gabrielli, y al tiempo de darle ella la mano para despedirse, uno de los encajes que adornaban las mangas del caballero se le prendió en un brazalete que llevaba Catalina, y se desgarró ligeramente.

A pesar de sus esfuerzos, el enojo asomó al semblante del florentino, que se despidió muy disgustado.

El encaje deteriorado era magnífico.

Catalina se quedó riendó interiormente; pero al día siguiente envió al personaje una docena de botellas de vino del Rhin, cuyos tapones estaban formados por soberbios encajes enrollados reemplazando á los corchos.

El florentino comprendió la lección y le causó tal rubor, que jamás volvió á presentarse delante de la Gabrielli, que se rió no poco á costa de aquel mezquino personaje.

XII.

Pasó la Gabrielli algunos años en medio de sus amigos y familia, haciendo una vida tan pacífica como retirada, y pensando no poco en las cosas del cielo.

En el invierno de 1794 fué acometida de un reuma agudo, que la obligó á renunciar al largo

paseo que daba cada día, y que era uno de sus mayores placeres.

Aquella naturaleza poética amaba el campo con pasión, y cada tarde iba á admirarlo dos ó tres horas.

Llamáronse á los mejores médicos de Roma, que empezarón á curarla, y ya fuera debido á lo fuerte de su constitución—á pesar de contar sesenta y cuatro años—ó ya debido á los remedios que le aplicaron, consiguió algún alivo.

No obstante, los crueles dolores que la aquejaban volvieron á aparecer con mucha mayor intensidad al cabo de dos meses, privándola de salir de casa.

Entonces conoció que se acercaba el fin de su vida, y olvidándose ya de todas las vanidades mundanas, pensó únicamente en ponerse bien con Dios y se dedicó más á la caridad.

Su carácter se suavizó hasta llevar sus sufrimientos con una ejemplar paciencia, y se ocupó sólo en poner en órden algunos asuntos.

En los últimos años, y viviendo como vivía en un retiro absoluto, había ahorrado algun dinero que empleó en dotar á algunas pobres niñas que manifestaban buenas disposiciones artísticas, y en costear la educación de algunas otras.

En el invierno de 1796, cansada ya de su continua reclusión, determinó salir de nuevo á la campiña; pero su enfermedad acreció de suerte que,

después de padecer mucho durante el invierno, falleció en los primeros días de Abril.

Su muerte fué generalmente sentida: había hecho bien, y además su gloria llenaba toda la Italia.

Sin embargo, los últimos años de su vida no fueron felices, y así lo dijo ella misma, antes de morir, á su hermana.

—¡Ah! exclamó: ¡A no ser por ti, no tendría ahora quien llevase á mi tumba algunas pobres flores, yo que tantas he hallado en el camino de mi vida! ¡Si la gloria satisface la fantasía, sólo los afectos llenan el corazón! ¡Ahora siento el haber despreciado el amor verdadero cuando ha aparecido en mi camino! ¡La gloria! ¿qué queda de ella en los helados días de la vejez? ¡Un reflejo que el mundo admira y por el que se deja deslumbrar, pero que no llega á animar el invierno de la vida!

Catalina Gabrielli murió como una buena cristiana: ella, que durante su juventud había mostrado una despreocupación que rayaba en ateismo, se volvió sincera y realmente piadosa.

La desesperación de su familia fué inmensa: con ella perdía una cariñosa protectora, una noble y fiel amiga.

De esta suerte se apagó una existencia que brilló mucho tiempo como una viva y deslumbradora luz.

En sus funerales no reinó ninguna ostentación:

murió pobre; primero, por sus excesivos gastos; después, por su munificencia.

Sin embargo, á sus honras acudió lo más selecto de la nobleza italiana y su féretro iba cubierto materialmente de flores: el mundo entero repite hoy el nombre de la Gabrielli, que se ha escrito con letras de oro en la historia del arte, y al que muy pocos han sobrepujado en gloria.

Su talento fué una de las lumbreras del último siglo, en el que tantas otras alumbraron la sombra sangrienta de los cadalsos, de las revoluciones y de las conmociones populares, en que las víctimas fueron vástagos de sangre real, y en que las cabezas que derribaba el verdugo eran cabezas coronadas.

AGRIPINA

PRINCESA ROMANA.

I.

No voy á referir aquí solamente la vida de esta ilustre matrona romana, modelo de esposas y de madres; algunas gigantescas figuras de la historia de aquel Imperio, que entonces dominaba el orbe entero, aparecerán arrastrando en pos de sí la púrpura de los Césares, los mantos de los pretores, el velo nupcial de la virgen de Roma, las tocas de la viudez, y entre estas sombras, que ya duermen bajo el polvo de los siglos, brillarán el puñal asesino, las espadas de las legiones, y las copas envenenadas de los ejecutores secretos del Senado.

Germánico, esa grandiosa figura que aun se levanta coronada de laurel después de tantas centurias; Germánico, el abuelo de Nerón y de Calígula, es uno de los principales personajes de esta narración: tal vez mi pobre estilo no podrá retratar tanta grandeza, tantas heroicas hazañas y tan terribles crímenes: es más fácil sentir que expresar; pero á lo menos me quedará la gloria de haberlo

intentado, y mi buen deseo de cumplir lo mejor posible la ardua misión que me he impuesto.

Julia, hija única del gran emperador Augusto y de su tercera mujer Escribonia, casó en primeras nupcias con Marcelo, y poco tiempo después, por la muerte de éste, con Agripa, cónsul, lugar-teniente y amigo del emperador su padre.

Era tan admirablemente bella la princesa Julia, que su fama corrió muy pronto por todo el mundo, y de todas partes se hacían viajes para verla y para contemplar la gallardía de su figura y las gracias de su rostro.

Mas ¡ay! la fealdad de su alma superaba á todos los encantos con que la había dotado el cielo, y bajo el pretexto de ser su esposo anciano y rudo, se dejó llevar de la galantería y de los más grandes excesos.

A tanto llegaron éstos, que el Emperador, avergonzado de ellos, la desterró de Roma enviándola á la isla Pandataria y dió un edicto, en el que se prohibía, bajo las penas más severas, á todos sus súbditos, visitar á la princesa sin una orden suya.

El Emperador se hizo cargo de sus cinco nietos, que eran Cayo César, Julio César, Agripa, Julia y Agripina, todos de corta edad, pues el mayor no llegaba á siete años, y apenas contaba uno la menor, Agripina, esclarecida heroina de esta historia.

Aquel acto de severidad costó al Emperador una

pena indecible. Julia era su única hija: la amaba con una pasión inmensa, y hubiera dado su trono y su vida por poder cambiar aquel ruin natural, infundiéndole las virtudes propias de su alto rango.

El día de la salida de Julia para su destierro, se hallaba el Emperador solo en su estancia, y había prohibido á sus libertos que dejaran entrar á persona alguna, porque no quería distraerse de su hondo dolor.

El Emperador era ya en aquella época un anciano encorvado por el peso de sus cuidados y de las fatigas: sus vestiduras, rasgadas en el ímpetu de su dolor, decían hasta qué extremo eran grandes los tormentos de su alma: con la cara oculta entre las manos lloraba, cuando un rumor que oyó hacia una puertecilla secreta, que daba cerca de su asiento, le hizo alzar su semblante lleno de lágrimas.

Instantáneamente se encendió en sus ojos el fuego de la ira, que se aumentó al reconocer á la persona que llegaba á interrumpirle en sus amargas meditaciones.

Era Agripa, el esposo de su hija Julia. A sus lados se agrupaban cuatro niños y otro llevaba en sus brazos.

Aquellas criaturas eran tan hermosas, que más parecían ángeles que hijos nacidos de los hombres.

Sus túnicas de lana blanca dejaban ver las preciosas formas de su pecho, brazos y piernas; calza-

ban sandalias de grana, signo de su elevada estirpe, y ceñían sus talles cinturones de oro liso.

Sin embargo, su vista no logró suavizar el enojo del Emperador.

—¿Qué me queréis? preguntó mirando á Agripa: ¿no te han dicho ya que no quería ver á nadie?

—Me lo han dicho, señor, respondió el cónsul; mas á pesar de esto, yo he querido venir á darte gracias, y á traerte estos niños que lloraban por verte.

—¿Qué es, pues, lo que tienes que agradecerme? ¿que te haya librado de tu esposa?

—Que la hayas alejado de Roma, señor, respondió el cónsul, y que hayas tomado, como emperador, esa medida, que yo no podría tomar porque la amaba.

—¿Y piensas acaso que no la amaba yo? gritó Augusto con una explosión de indignación y de dolor: ¡pues sábelo! á pesar de mi severidad aparente; á pesar del castigo que he impuesto á Julia, la amaba de tal modo que desearía matarte á ti, porque, pudiendo, no evitaste sus desmanes.

—¡Yo! murmuró el débil Agripa.

—¡Tú, sí! Si no tenías sobre ella la influencia necesaria, ¿por qué no te quejabas á mí de los desórdenes, cuando aun era tiempo de remediarlo? ¿por qué cerrabas los ojos sobre ellos, y no querías ver lo que era de tu deber evitar?

—Señor, respondió Agripa con enojo: cuando

yo me uní á tu hija, ya estaba ella manchada de un modo indeleble: lo estaba ya al casarse con Marcelo, con ese desventurado que murió de pesar al ver los desórdenes de su esposa.

Al hablar así el cónsul, en el calor de su razonamiento había dejado en el suelo á su hija menor, Agripina, que tenía entre sus brazos, y la niña hubiera caído al suelo á no haber acudido á sostenerla su hermano mayor, Cayo César.

A pesar de este apoyo, la pequeña Agripina echó á llorar con desconsuelo, y aquel acento llegó al corazón de su abuelo, que la tomó á su vez, volvió á ocupar el grosero asiento de madera en que antes había estado sentado, y la colocó sobre sus rodillas.

Agripina era el retrato de su madre en cuanto á los encantos de su rostro: una abundante cabellera negra hacía resaltar la diáfana blancura de su tez, semejante á la perla por su pureza: sus ojos, negros también y rasgados, tenían una mirada melancólica é impregnada de una soberana altivez: su boca era de coral y nácar, su frente estrecha, por estar sobrecargada de ondulantes rizos: y á pesar de su corta edad, sus formas todas presentaban una maravillosa pureza de contornos.

Augusto hizo con la mano á su yerno una imperiosa señal para que se retirase, llamó á los otros cuatro niños, y se quedó solo con sus nietos, porque Agripa se apresuró á obedecer la señal del Emperador, y se retiró sin decir una palabra.

II.

Un año después murió Agripa, y el emperador Augusto concertó el matrimonio de su hija Julia con su hijo natural Tiberio, al que asoció al trono.

Julia casó entonces por tercera vez con aquel joven hermano suyo; cosa muy frecuente en aquel tiempo y más en la familia de los Césares.

Para celebrar las bodas, se le levantó el destierro, y su nuevo enlace se solemnizó con toda clase de festejos públicos.

Hubo luminarias, juegos olímpicos y saturnales, y la princesa los presidió, más hermosa que nunca.

Pero aquel enlace debía ser muy desdichado. Tiberio se había divorciado, á instigación de Augusto, y para casarse con Julia, de Agripina, hija de Agripa, segundo esposo de la misma Julia, y de Cecilia Atica, primera esposa de aquel cónsul: y si bella era su madrastra Julia, lo era mucho más Agripina, uniendo á su belleza un carácter de ángel y una castidad perfecta y muy rara en aquellos tiempos.

Por una singular coincidencia, Julia, que jamás había amado á nadie, se apasionó violentamente de

su tercer esposo, y éste le demostró desde luégo una invencible aversión.

Si Tiberio lo hubiera deseado, Julia hubiera vuelto al camino de la virtud; pero aquel príncipe depravado y cruel no conoció en toda su vida más que una pasión: la que profesaba á su primera esposa, de la que se separó para casarse con Julia.

Agripina, la hija de ésta, fué el objeto de toda su ternura por llevar el mismo nombre que su perdida esposa, y porque él creía hallar entre ellas una gran semejanza: así, pues, aquella niña creció rodeada de todos los refinamientos del lujo, de todos los halagos de la fortuna, y apenas había deseo en su mente que al punto no fuese satisfecho.

Doce años contaba esta joven cuándo murió Augusto y se sentó en el trono imperial Tiberio, esposo de su madre.

Penetremos en el palacio de los Césares algunos días después y en las habitaciones de Agripina, que volvía del baño y se dejaba vestir y ataviar por sus doncellas.

Era una niña alta para su edad, y más parecida á su madre, á pesar de las ilusiones de Tiberio, que á su tía, la llorada esposa de aquel bárbaro emperador.

Sobre una túnica de lino la estaban vistiendo otra de seda celeste bordada de oro, y cuya orla estaba bordada de pedrerías.

Una esclava, arrodillada delante de ella, calzaba

AGRIPINA

PRINCESA ROMANA.

¡Qué horrible pensamiento! ¿Será que mi madre, tan apasionada de todos los jóvenes hermosos, ame también á Germánico y de ahí nazca su oposición á nuestras bodas?

La Princesa, agobiada con tan tristes pensamientos, dejó caer la cabeza entre las manos.

Un momento después, una mujer de alta estatura y de peregrina belleza entró en la estancia con paso lento y cauteloso.

Era Julia, la emperatriz, esposa de Tiberio y madre de Agripina.

Aun era tan bella como en los primeros días de su juventud; su estatura de Diana, su gallardo cuello, su cabeza poblada de negros rizos, su tez de nieve y sus negros ojos le hacían aún de una hermosura admirable.

Sentóse al lado de su hija y tomó la mano de la joven, que alzó la cabeza despavorida.

—No temas, le dijo; soy yo, que he venido á saber si, como sospecho, no amas á Germánico.

Agripina miró asombrada á su madre.

—¡Ah, señora! exclamó. ¿Sospechas que no amo á Germánico? ¡Cuánto te equivocas!

—¿Me equivoco?

Sí, madre mía; ¡desde que en las últimas Lupercales (1) le vi tan hermoso, tan tierno, tan rendido para mí, le amo con todo mi corazón, con toda m alma!

(1) Lupercales; fiesta de los romanos.

—¿Luego estás contenta con el pensamiento de uniros que alimenta el Emperador?

—Bendigo á los dioses por habérselo inspirado.

—Pues bien, escucha, Agripina, dijo Julia, clavando en el bello rostro de su hija una mirada profunda; hoy llega Germánico, dentro de dos días se celebrarán vuestras bodas, pero con una condición.

—¿Con una condición? repitió Agripina maquinalmente.

—¡Con una sola! hela aquí; así que os desposéis, saldrá de Roma Germánico.

—¡Y qué, madre mía! ¡queréis que le destierre el Emperador! exclamó Agripina.

—No; tu esposo recibirá un elevado cargo; es acreedor á él por sus virtudes y talentos; pero no es mi voluntad que permanezca aquí.

—¡Yo seguiré á mi esposo! dijo Agripina con entereza.

Julia la miró absorta.

—¡Qué escucho! exclamó. ¿Dejarás á tu madre, á tus hermanos, á todos los tuyos por seguirle á él?

—Sí, madre mía.

—Sabe que el Emperador le envía á la guerra.

—Le seguiré; ese es mi deber; eso es lo que mi amor me aconseja; ¡eso es lo que haré!

—¿Seguirle á la guerra? repitió Julia con acento sardónico. ¿Sabes tú lo que es la guerra? ¡A tu

edad, con tu temperamento delicado, con tu carácter escrupuloso, tímido y esclavo del decoro!... No-Agripina; no podrás tú seguir al sobrino del Emperador á ese mortífero país de los nubios, que en cada sol ve abrirse tantos sepulcros; además, las legiones se han rebelado contra Cayo Silio y Cecina, y Germánico va á contener la rebelión.

—¡Dioses! exclamó Agripina palideciendo. ¿A eso le envían?

—¡Sí!

—¿Pero de quién ha nacido ese funesto pensamiento, madre mía? ¿Se lo has sugerido tú á Tiberio? ¿Deseas la muerte de Germánico? ¿Deseas mi viudez? ¡Habla! ¿Aborreces á Germánico?

—Sí, respondió la Emperatriz con energía; le aborrezco porque su decantada sensibilidad de carácter le ha dado tan alto rango en la corte; porque á los 18 años se ha hecho el silencioso acusador de toda la corte por la pureza de sus costumbres, por la sencillez de sus gustos, por la afabilidad de sus modales. ¿Qué es lo que puedes prometerte con semejante esposo? ¡Una vida triste, solitaria, destituída de todo brillo, de todo goce!

—¡Me prometo imitarle! exclamó Agripina, y pluguiera á los dioses que todos vosotros hicierais lo mismo! ¡Madre mía, yo amo en Germánico, más que la belleza sin par de su persona, más que los encantos de su rostro, las heroicas virtudes de su alma, las sublimes cualidades de su carácter! ¡Sí,

madre mía! al obedecer al Emperador, está de acuerdo mi corazón con su mandato.

—¡Basta! dijo airada la Emperatriz; ¡quédate con tus creencias, criatura miserable, que no merecías descender de la sangre de Augusto! Mi intento era casarte con Druso, con Octavio, con Tarquino, con cualquiera de los grandes patricios, grandes por su saber y por sus riquezas, que hubieran hecho de ti la mujer más envidiada del mundo; guardaba esta suerte para ti, porque eres más hermosa que tu hermana Julia; pero ya que no la quieres, la reservaré para ella.

La Emperatriz, dichas estas palabras, salió de la estancia de su hija, que la siguió con una larga y triste mirada.

III.

Algunos días después, la hija de Agripa casó con Germánico, que fué nombrado al instante general de las legiones que el Emperador enviaba para sujetar á los soldados que habían ido á conquistar la Galia y que se habían vuelto contra su gobierno.

Germánico contaba apenas 18 años, y era de esbelta y elevada estatura; sus cabellos rubios, sus ojos pardos, llenos de firmeza y de dulzura; los nobles arcos de sus cejas, su frente serena y espa-

ciosa, hacían de él un tipo de belleza varonil y perfecta.

Las prendas de su carácter eran de una elevación extraordinaria; indulgente para todos, sólo era severo para sí mismo; apasionado de Agripina, ella había sido su primero y fué su único amor; noble, magnánimo, generoso, sensible, sufrido, reservado, era tan gran político como gran general.

Seis días después de su casamiento salió para el teatro de la guerra, y Agripina le siguió sin vacilar un punto, á la tierna edad de 13 años.

Los dos esposos caminaban en su carro, tirado por seis corceles blancos y entoldado de seda; vestía Agripina el manto de púrpura de la descendiente de los Césares, y ceñía sus negros rizos una corona de oro.

Germánico llevaba sobre su armadura el manto de lana de los patricios; también ceñía sus cabellos una cinta de grana oculta bajo el casco de acero y oro, coronado de plumas blancas.

Cuando al pasar por algún paraje pintoresco se levantaban los dos jóvenes esposos y se apoyaba Agripina en el hombro de Germánico, sus soldados los comparaban en voz baja á Hebe, la diosa de la juventud y de la hermosura, y á Marte, dios de la guerra.

El carro del general marchaba en medio de las legiones; muchas veces descendía la Princesa del asiento con dosel que tenía preparado en su fondo,

y después de hacer detener al ejército á la vista de alguna aldea, iba ella misma, seguida de unos cuantos peones, á comprar viandas, sidra y agua fresca; hacíalo colocar todo en el suelo y, ayudada de su esposo, lo repartía con abundancia, dedicando á cada soldado una palabra dulce.

Una vez durante aquella fatigosa peregrinación faltó el dinero, y la Princesa vendió los brazaletes de oro que la adornaban, para atender á las más perentorias necesidades del ejército.

En la aurora de un claro y sereno día de estío, llegaron las legiones del Emperador á dar vista al campamento de los rebeldes; el general envió seis centuriones acompañados de una fuerte escolta; delante iba un pendón blanco en señal de paz, y las águilas romanas.

A la vista de las insignias del Imperio, los rebeldes se prosternarón en señal de involuntario respeto, y después se pusieron en pie y descubrieron su cabeza para escuchar las órdenes de Augusto.

Los centuriones se formaron en fila, teniendo al frente las águilas, banderas sacrosantas, y la escolta los rodeó.

Entonces el del centro gritó con voz clara y sonora:

—¡Romanos! ¡Tiberio, emperador, os envía al ilustre Germánico para que os castigue! ¡Sois culpables de rebelion y habéis abandonado la empre-

sa sagrada de defender á la madre patria contra los galos, sus enemigos! ¡Pero el gran Germánico quiere antes de imponeros el castigo, antes de trataros como á ejército contrario, aconsejaros y oir vuestras quejas, si las tenéis!

¡Que se formen las legiones y esperad con respeto al enviado del Emperador!

Al acabar estas palabras, los seis centuriones volvieron grupas; la escolta los siguió, y se perdieron á lo lejos entre una nube de polvo que el sol hería con su ardoroso brillo.

Una hora después llegó el ejército real, que fué recibido en silencio.

Formóse al frente del ejército rebelde en la misma forma que aquél, y el carro de Germánico avanzó majestuosamente hasta colocarse en el centro.

Antes de pasar adelante voy á describiros, lectores míos, la forma de aquel espacioso aposento portátil, pues mi deseo es que tengáis una idea de las costumbres de todas las épocas.

Era el carro del general y de su esposa un ancho recinto formado de maderas y acero y tapizado de finísima sedería: había en él todo lo que entonces se juzgaba necesario para las comodidades de la vida, que era bastante poco: tablillas para escribir con stylos, que eran unos punzones pequeños para reemplazar á las plumas: una mesita para las comidas, cubierta de seda: dos lechos ce-

rrados con una cortina cada uno para los dos esposos: un espejo de acero para Agripina y dos asientos bajo un dosel de púrpura con las águilas del Imperio bordadas de oro, como signo de la alta jerarquía de Agripina.

El carro estaba cerrado con anchas cortinas de seda blanca y púrpura, que remataban con una águila de oro que tenía las alas extendidas.

Aquel soberbio carro avanzó, pues, con paso lento y majestuoso hasta colocarse entre los dos ejércitos.

El de los rebeldes estaba ansioso por contemplar á Germánico, de cuyos altos hechos de armas había oído hablar, y esperaba verle descorrer las cortinas y que les hablase en pie á la entrada de su carro.

En efecto, dos soldados descorrieron el rico toldo, y una figura bella, juvenil, radiante de majestad y de dulzura, apareció entre ellos.

Pero, con gran sorpresa de los romanos, descendió del carro y luégo alargó sus brazos á otra figura que ellos creyeron la diosa del amor, ó la más joven de las Gracias.

La Princesa, cuya alta estatura era flexible como el junco de los valles, se apoyó en el hombro de su esposo, y ambos, con paso reposado y apacible, recorrieron las largas filas del ejército.

Luégo volvieron al centro y se detuvieron al frente.

—¡Romanos! dijo Germánico con voz dulce y sonora: vengo enviado por el emperador Tiberio, mi augusto tío, para haceros responsables de vuestra rebelión: para castigaros, para convertiros, de soldados valerosos del Imperio, en miserables esclavos: el Emperador os cree ya indignos de llevar la armadura de los patricios; ¡pero yo creo que algo os debe apesadumbrar para que seáis ingratos á sus favores, rebeldes á su autoridad! ¡Decidme, pues, vuestras quejas; vedme aquí entre vosotros y á mi esposa conmigo! ¡Es la nieta del gran Augusto, la hija de Agripa el procónsul, que siempre se desvela por el bien del pueblo romano! ¡No os tememos, porque debéis ser desgraciados! ¡Romanos! ¡os conjuro, por la memoria del divino Augusto, que me digáis qué es lo que os ofende! ¡qué queréis que os conceda! ¡Recordad los triunfos de Tiberio, y no dudéis que todas las victorias pasadas, que el sometimiento de las Galias no tienen más origen que la buena inteligencia de vuestros jefes, y la sumisión ciega de los soldados! Yo vengo á consolaros, á socorreros, si es que sufrís, y seré más feliz remediando vuestras penas que castigando vuestros desmanes.

Este templado y elocuente razonamiento á la vista de las banderas del Imperio, y hecho por aquel joven que se entregaba á ellos con su esposa, nieta del gran Emperador, cuya memoria veneraban como la de sus dioses, conmovió hondamente

al ejército y fué escuchado con respeto y con silencio profundo.

Germánico prosiguió de esta suerte:

—¡Vuestro deber, antiguos soldados del Imperio, era contener los ímpetus de esta juventud ambiciosa y desordenada! Vosotros debíais recordar la severa disciplina de Augusto, y no dar el ejemplo de la rebeldía y de la sedición.

La voz del valeroso y justo Germánico fué ahogada por murmullos de furor: los soldados viejos, no atreviéndose á volverse contra él, pues les inspiraba, á pesar de su juventud y hermosura, un respeto involuntario, desgarraron sus túnicas (1) y prorrumpieron en alaridos espantosos.

—Tranquilizaos, pobre gente, dijo la dulce voz de la Princesa: ¿qué quéreis? ¿qué pedís? ¡Todo lo que pueda, siendo compatible con sus deberes, os lo concederá Germánico! Hablad, hablad con confianza: á todo tenéis derecho, pues sois los defensores de mi abuelo, el buen Emperador, que tanto os estimaba y á quien disteis tan repetidas pruebas de fidelidad y adhesion!

—Pues bien, señora, dijo uno de los soldados, cuyo aspecto rudo y cara llena de cicatrices decían harto bien que era antiguo en los combates; á ti, nieta de Augusto, y á ti, ¡oh Germánico! acudimos para que remediéis nuestros dolores: si so-

(1) Manifestaciones entonces del dolor más grande.

mos culpables, somos también muy infelices: nuestros centuriores, nuestros generales mismos, nos han tratado con barbarie: pedimos el cumplimiento de las promesas del gran Augusto: y en fin, sólo una cosa anhelamos.

—Decidla! exclamó Germánico.

—Escuchadla. Tiberio es depravado, cruel, indolente, le aborrecemos! detestamos su yugo! pedimos otro emperador!

—¡Otro emperador! repitió Germánico, en cuyos ojos ardía el fuego de la cólera

—¿Quieres serlo tú, Germánico? preguntó uno de los centuriones adelantándose hácia el general: ¡yo te conozco! muchas veces me has llevado á la victoria: ¡sé, pues, el jefe del Imperio! ¡Estas legiones te amarán porque eres justo y bueno y serás digno descendiente de Augusto!

Calló el centurión, y una aclamación general pobló los aires.

—¡Viva Germánico! gritaron las legiones rebeldes.

—¡Viva Germánico¡ gritó su mismo ejército: ciñamos su cabeza con la corona de los Césares.

—¡Antes morir mil veces! gritó á su vez el joven general, saliendo al frente de todos con las mejillas inflamadas de indignación: ¿qué os he hecho para que me juzguéis un vil usurpador? ¡Adiós, hordas salvajes, porque ya no quiero daros el honroso nombre de soldados! ¡Vuestra proximidad nos man-

cillaría á mí y á la nieta de Augusto, cuya sombra irritada inquietará vuestro sueño! ¡Y vosotros no me sigáis tampoco! añadió, volviéndose á su ejército. ¡Lejos todos de mí, porque vosotros también habéis unido vuestras voces rebeldes á las de los traidores!

Y el general, arrastrando tras sí á Agripina y cubriéndose el semblante con un extremo de su manto, se alejó con paso rápido de las filas.

Empero á su espalda había una muralla de hierro: estrechóse esta muralla y le impidió el paso lo mismo que á Agripina, que se apoyaba desfallecida en él.

—¡Muramos, esposa mía! dijo entonces el valeroso joven: ¡ya que no nos dejan huir de aquí, no conservemos al lado de ellos nuestra vida!

—¡Muramos¡ repitió Agripina con serenidad.

Varios jefes de ambos ejércitos se arrojaron hacia los dos príncipes, y les arrancaron el hierro homicida con que iban á consumar su fatal intento.

Entonces un soldado llamado Camesidio, y que la historia ha eternizado, se acercó al general y le dijo con voz clara y sonora:

—Comprendo, señor, tu desesperación, y tu resolución de morir me parece justa: *este tiene mejor filo.*

Y presentó á Germánico su propio acero, que otro soldado hizo saltar á muchos pasos de distancia.

Algunos jefes sacaron, por fin, á Germánico y á Agripina y los condujeron á una suntuosa tienda de campaña.

IV.

Apaciguáronse por algunos días las querellas y el descontento del ejército, que se sometió, al parecer, de buena voluntad á las severas órdenes de su jefe.

Germánico era muy infeliz: sentía rugir la tormenta, pero la sentía, más que por ningun motivo aparente, por cierto secreto instinto que le avisaba y que es propio de las naturalezas generosas.

Los dos ejércitos tardaron muy poco en formar uno gruesísimo que siguió la línea de conquistas empezada en las Galias y que se extendió por todo el orbe.

Los soldados, humillados por Germánico, empezaban á aborrecerle; éste, justo, enérgico, severo, distribuía castigos según eran las culpas, y seguía impávido la marcha trazada por el deber.

Llegaron á Bona, ciudad inmediata á Colonia, y allí se rebeló de nuevo una gran parte del ejército, irritado por la llegada de algunos consulares que enviaba el Senado.

Germánico habitaba con su esposa una casa del

centro de la ciudad, y los rebeldes la rodearon, rompieron las puertas y le sacaron á viva fuerza del lecho en que se hallaba descansando.

Estrechado, maltratado por aquella multitud embriagada de cólera, su voz, sin embargo, no se alteró por el temor, ni del pecho de Agripina salió un grito. Aquellas dos grandes y heroicas naturalezas se comprendían y no podían cometer ninguna bajeza, ni aun para salvar su vida.

Germánico procuró hacer oir á aquellas turbas la voz de la razón, y pudo conseguirlo, gracias á su maravillosa presencia de ánimo, quedando la sedición, si no extinguida, apaciguada por entonces.

Sin embargo, aquel fuego fatal quedaba encubierto, pero no por eso dejaba de arder.

Una noche se hallaban reunidos en casa de Germánico los principales jefes del numeroso ejército que mandaba y que le eran del todo adictos, y trataban de persuadirle de que se alejase de allí.

—Aquí está, dijo uno, lo más feroz y descontentadizo del ejército: parte, Germánico, á reunirte con el que está acampado en el alto Rhin: abandona á estos bárbaros que no pueden comprender lo que vales; abandónalos á su suerte; nosotros te seguiremos y pondrás en salvo tu vida y la de tu familia.

—No, respondió Agripina: Germánico no debe abandonar el alto puesto que se le ha confiado.

—No lo abandonaré, añadió Germánico: al acep-

tar el cargo de general acepté tambien todos los riesgos y eventualidades que trae consigo: ¿dónde estaría la gloria si no tuviera sus peligros? Aconsejadme que me dé la muerte, pero jamás que me haga reo de una cobarde bajeza.

Los jefes del ejército no se atrevieron á insistir, y el general siguió al frente de aquellos soldados descontentos del Emperador y de todos los jefes designados por él, incluso el mismo Germánico.

Dos años pasaron avanzando siempre en sus conquistas los romanos, venciendo el general toda clase de dificultades y peligros: entonces ofrecía la guerra más arduos escollos que hoy que la civilización ha modificado los caracteres y corregido las inclinaciones; Germánico, paciente, fuerte y sufrido, pero agobiado tanto de sus fatigas morales como de las físicas, se postró más de una vez á los rigores de la enfermedad; entonces Agripina, sin desatender el cuidado de su esposo, al que amaba con admirable ternura, subía muchas veces sobre un fogoso corcel, y al ir á dar un asalto, recorría las filas y daba las órdenes convenientes con la misma prudencia y tino que Germánico, siendo esto lo que le ha conquistado mayor celebridad.

Dos años después de su casamiento, dió á luz á su primogénito Calígula, nombre que le dieron los soldados romanos, porque desde la más tierna edad le calzó su esforzada madre la *cáliga* ó calzado militar que entonces se usaba.

Algunos meses contaba este niño, cuando una gran parte del ejército se levantó con otra sedición más terrible que nunca: los soldados se cansaban de combatir y de sufrir por el ingrato Tiberio, que los olvidaba: estaban mal mantenidos, mal pagados, sin abrigo: una noche estalló un tumulto: el ejército se hallaba acampado, y, exasperado por sus largas penalidades, resolvió pasar á cuchillo á sus jefes, volver sobre Roma y tal vez hacer otro tanto con el Senado y el mismo Emperador.

Germánico se hallaba convaleciente de una reciente enfermedad: dormía al lado de su esposa y de su hijo, y le despertaron los aullidos que se oían en torno de su tienda.

—¡Dioses! exclamó Agripina levantándose sobresaltada, ¿es nuestro destino no disfrutar un solo instante de reposo?

—Sí, respondió el general: sí, Agripina: ese es nuestro destino y debemos someternos á él.

Diciendo esto, se envolvió en su túnica, y con la cabeza descubierta, débil, pálido á consecuencia de su pasada enfermedad, se presentó á aquella multitud salvaje.

Sus centuriones le rodearon procurando en vano contener, con sus razones, al desenfrenado populacho.

Á la vista de Germánico, débil, doliente é indefenso, pero llevando la frente erguida y la mirada serena, todos retrocedieron por un movimiento

involuntario. Agripina fué al lado de su esposo para, segun su costumbre, participar de sus peligros.

—¿Qué queréis? preguntó el general con voz levantada y serena.

—Queremos, dijo uno de los capitanes, ir á las puertas de Roma y pedir al Senado y al Emperador lo que es nuestro.

—¡Romanos! repuso Germánico cruzando sus brazos sobre el pecho; ¡hijos de Roma! ¡ni uno solo de vosotros saldrá de este campamento, como no sea pasando sobre mi cadáver! ¡ni uno solo!

Abandonó, al decir estas palabras, el umbral de su tienda, y sin acabarse de vestir, casi desnudo, con la cabeza descubierta y los brazos cruzados, fué con lento paso á colocarse al frente de los amotinados, sin que se alterase la plácida serenidad de su semblante.

Á la vista de aquel valor heroico, cesaron todos los murmullos: Germánico se asemejaba á un semidiós en su actitud tranquila y reposada.

—¡Hijos ingratos de la madre patria! exclamó: ¡Roma sufre y vosotros no queréis sufrir por ella! ¡vedme á mí padeciendo las mismas necesidades que vosotros: ved á mi esposa, la nieta de los Césares, encinta, cuidando de su tierno hijo y soportando, sin exhalar una queja, el calor, el cansanció y la sed! ¡Y vosotros, hombres fuertes y valerosos: vosotros, nacidos entre el fragor de la pelea y el

hierro de los combates: vosotros, hijos de aquellas mujeres heroicas que peleaban, cubierta la cabeza con el casco y armada la diestra de la lanza, contra los galos: vosotros os quejáis porque os faltan algunas comodidades! ¡Vergüenza y oprobio sobre vosotros!

Las palabras del héroe fueron acogidas con el respetuoso silencio de costumbre, y algunos se descubrieron la cabeza é inclinaron la frente en señal de obediencia.

—¡Déjate aclamar emperador! dijo un centurion; tú, que estás con nosotros, que combates á nuestro lado, que participas de nuestras fatigas, ¿no es más justo que nos rijas que Tiberio? Tú defiendes á esa patria para la que invocas nuestra lealtad y nuestro sufrimiento: él agota sus tesoros en vergonzosos placeres. ¡Oh Germánico, consiente en cubrir tus hombros y los de Agripina con la púrpura imperial!

—¡Jamás! exclamó con fuerza la Princesa. ¡Jamás oiré á mis hijos, los nietos de Augusto, llamar padre á un traidor! Si Germánico desposeyese á Tiberio, mataría á mi hijo y me mataría yo con el que llevo en mi seno.

—Agripina ha respondido por mí, dijo el general; pero ni ella, ni las esposas é hijos de mis capitanes, pueden quedar por más tiempo presenciando vuestros furores. Ya habéis dado algunos pasos en la senda de la rebelión, y día llegará en que

vosotros, legionarios de Roma, probados en cien combates, os convertiréis en una soldadesca desenfrenada: así, pues, la Princesa con mi hijo, y las demás mujeres, saldrán del campamento no bien se tiña el Oriente con la primera luz de la aurora.

—¡Qué es lo que decís, señor! exclamó Agripina palideciendo. ¿Pretendes, acaso, separarme de ti?

—Es forzoso, repuso el general, desviando sus ojos del hermoso y afligido rostro de su esposa. ¡Partirás con Calígula; y vosotras, añadió, volviéndose á las demás mujeres, la seguiréis!

—Pero ¿adónde nos envías? exclamó una de las matronas consternada.

—¿Adónde? ¡Á los galos! respondió Germánico con voz llena de indignación y de dolor. ¡Sí, parte de estos mismos soldados os escoltarán hasta el campamento enemigo! ¡allí estaréis más seguras que entre este ejército mandado por vuestros esposos! ¡Ved! ¡ya asoma la luz del alba! ¡marchad! ¡vais en rehenes á los galos! ¡á los galos!

Un hondo sollozo subió desde el pecho á los labios de Germánico, empero sus hermosos y brillantes ojos, que lanzaban rayos de indignación, permanecieron secos.

Aquel sollozo, que probaba el extremo de la angustia que prensaba su corazón fuerte y magnánimo, halló eco en las turbas: otros muchos le siguieron: los centuriones, indignados como el general, callaban y fijaban en sus familias una mirada que

ya retrataba las angustias de la separación; las mujeres, obedientes á la voz de aquel hombre extraordinario, se agruparon en torno de Agripina; ésta fué la única que tuvo fortaleza bastante para romper aquel angustioso silencio.

Abrazó á su marido derramando un torrente de lágrimas y exclamó:

—¿Por qué te empeñas en separarme de ti? ¿Has olvidado que desciendo del divino Augusto y que he heredado su constancia? ¡Oh, déjame á tu lado, Germánico! ¡yo te juro por los dioses que me verás intrépida en el peligro!

—¡Y nosotras tambien! dijo una de las romanas: ¡nosotras, Agripina, aprenderemos valor en tu ejemplo! ¡no queremos separarnos de nuestros esposos!

—Mis palabras no se vuelven nunca atrás, dijo Germánico. ¡Comesidio, ciento de los más rebeldes soldados han de tener la gloria de acompañar á nuestras esposas al campo enemigo: escógelos! y vosotros, sabed que liberto á mi esposa y á mi hijo de vuestros desórdenes, no porque los ame más que á la patria y á Tiberio; pero al César le defiende su dignidad, al Imperio otras legiones más fieles, y mi familia está indefensa: yo la inmolaría á vuestra gloria, mas no á vuestro furor: matadme á mí y dejadla: de todo sois capaces ya, pues que habéis podido dar al olvido vuestras pasadas glorias y vuestros sagrados deberes. ¡Marchad, pobres muje-

res, desgraciados niños aquí nacidos, y pedid á los dioses que los galos sean más piadosos para vosotros!

Agripina abrazó á su esposo sin poder ahogar los sollozos que subían á sus labios: tomó á su hijo entre sus brazos y empezó á caminar lentamente, seguida de todas las demás matronas romanas.

Desgarrador era aquel espectáculo, que un inmortal pintor ha trasladado al lienzo: á los primeros rayos del sol, de aquel sol que había alumbrado con sus espléndidos rayos la llegada de Germánico y de su esposa al campamento de los romanos dos años antes, se puso en marcha aquella numerosa cohorte de ilustres señoras romanas, á la cabeza de las cuales iba Agripina, llevando en sus brazos á su hijo Calígula y andando con dificultad por lo adelantado de su embarazo.

Por las pálidas mejillas de la Princesa corrían lágrimas silenciosas: muchas de las otras romanas llevaban también tiernas criaturas en los brazos; pero solas tenían que abandonar el campamento porque no había ni un soldado que quisiera formar parte de su escolta: volvieron entonces los contristados ojos á Germánico y le hallaron de pie en el umbral de la tienda, señalándoles con majestuoso ademán el camino. ¡No había remedio! ¡aquella orden tremenda debía ser cumplida!

De repente los soldados nombrados para acompañarlas se arrojaron á los pies del general, imitán

doles una gran parte del ejército: los sollozos, los gritos escapados de aquellos pechos endurecidos se oyeron por todas partes.

—¡Mátanos, oh Germánico! exclamaron: ¡diezma las legiones; pero deja entre los que queden con vida á la augusta Agripina, á la que veneramos y amamos tanto! ¡No nos hagas la afrenta de darla á los galos! ¡Oh Germánico! ¡No podía haber discurrido tu justicia un castigo más cruel! ¡No nos quites á esas mujeres, compañeras del tálamo de nuestros caudillos, á esos niños nacidos en nuestro campamento, y á los que hemos mecido en nuestros brazos! ¡No los veamos abandonar el campamento como una ciudad tomada por los bárbaros!

En tanto que algunos soldados hablaban así regando con lágrimas los pies de Germánico, otros corrieron á las matronas, tomaron en sus brazos á los niños, y el pequeño Calígula, con todos sus compañeros de edad é infortunio, fueron conducidos á la tienda de su padre, seguros los raptores de que todas las madres habían de seguirles.

En efecto: la tienda del general se llenó bien pronto de una multitud que imploraba su clemencia: éste permaneció algunos instantes procurando serenarse, pues su anterior cólera se había convertido en una viva alegría al ver el arrepentimiento de los soldados.

—¡Otra vez os perdono! dijo por fin con la voz segura y reposada: ¡un padre no sabe jamás resistir

á la voz de sus hijos, y yo os considero hijos á vosotros! ¡Volveré á ponerme al frente de las legiones y á nadie castigaré; pero no hagáis que de nuevo tenga que arrepentirme de mi clemencia!

V.

Poco tiempo después de estos sucesos, Agripina dió á luz á Druso, su segundo hijo, y cuando apenas había cumplido los quince años de su edad.

El ejército había por fin conocido lo que valía Germánico, y permaneció en una tranquilidad perfecta, obediente á sus órdenes y adelantando en sus conquistas: sometieron casi toda la Germania, y en estas victorias no cupo poca parte á Agripina, por los acertados y prudentes consejos que daba á su esposo y que éste siguió escrupulosamente en tanto que duró su gloriosa vida.

Germánico recibió dos peligrosas heridas en una batalla, y con este motivo Agripina dió una nueva prueba de su heroico valor y de la gran fortaleza de su alma.

Un día que el general se hallaba acostado en su lecho y Agripina estaba á su lado, se extendió de repente la voz de que el enemigo había destrozado al ejército romano. Germánico, pálido y desencaja-

do, se incorporó en su lecho y alzó las manos al cielo con desesperación.

—¡Oh dioses inmortales! exclamó: ¡vea yo antes la muerte suspendida sobre mi cabeza que la vergüenza del Imperio!

—¿Qué es lo que hacemos, señor? preguntaron algunos capitanes, entrando en la tienda: los germanos avanzan y sólo hallamos un medio para interrumpir su marcha. Este medio es cortar el gran puente del Rhin.

—Probemos, ántes de emplearle, otros más fáciles, dijo Agripina: volved al campo, que yo os sigo. ¿No hay jefes que manden y ordenen una nueva y decisiva batalla? ¡Yo lo seré! ¡En tanto que viva la esposa de Germánico; en tanto que sus legiones permanezcan leales y sumisas, el triunfo es de Roma!

Dijo, y salió de la tienda: sólo seis días hacía que había dado á luz á Druso, y á pesar de su palidez se advertía en su semblante todo el fuego del entusiasmo.

La Princesa subió sobre su caballo blanco, cubrió sus cabellos con el pequeño casco de oro que, á imitación de Minerva, usaba, y salió á escape del campamento, en tanto que el viento agitaba su manto de púrpura recamado de oro.

Las legiones la siguieron dando gritos de alegría. Agripina se colocó á la entrada del puente y de las tropas, y al distinguir una inmensa polvare-

da que se veía á lo lejos, entre la cual brillaban los cascos y los escudos enemigos, exclamó con su dulce y argentina voz, dirigiéndose á sus legiones:

—¡Ved allí á los germanos, hijos de Roma! ¡En vez de cortar el puente, cortemos su audacia con nuestros aceros: á vencer ó morir, y yo con vosotros! ¡avancemos y estad sumisos á mi voz!

Su brioso corcel salió á escape, y las legiones la siguieron con redoblado entusiasmo.

Poco después se encontraban con violento choque los ejércitos enemigos; la victoria, indecisa por algunos instantes, se declaró en fin por las armas del César, y al terminar el día, Agripina volvió al campo romano, seguida de algunos carros que conducían heridos, y de las banderas de los germanos, que se fijaron entre entusiastas aclamaciones en la tienda de Germánico, esposo de la heroina.

La Princesa, sin descansar un instante de las fatigas de la expedición, se ocupó inmediatamente de curar por su mano á los heridos, ayudándola las damas romanas que se hallaban en el campamento en tan piadosa ocupación; después repartió vestidos á los soldados que carecían de ellos, y algunos sestercios á cada uno: á todos aquellos valientes dirigió Agripina algunas palabras de afectuosa gratitud, pues los buenos modales, cuando son nacidos de la bondad y del corazón, han pertenecido á todas las épocas y á todos los países.

Desde aquél día, Agripina y Germánico fueron

dueños verdaderos de las legiones: todos los corazones eran suyos, todos rebosaban de amor hacia ellos, tan nobles, tan heroicos: para sus hermosos y tiernos hijos.

Sin embargo, en la corte, las relaciones de los hechos de armas y de las conquistas de Germánico, los de la prudencia, generosidad, abnegación y fortaleza de su esposa, no eran recibidas por el Emperador del modo que tenían derecho á esperar. Roma estaba gobernada por Seyano, favorito de Tiberio, quien, débil como todos los tiranos, era juguete de los caprichos de aquel hombre miserable por su ambición, sus excesos y las crueldades de que hacía alarde.

Apesar de esto, Tiberio amaba á su sobrino é hijo adoptivo y se resistía á creer las acusaciones que Seyano y sus secuaces lanzaban contra él.

Una tarde había festín en el palacio imperial: en una soberbia habitación alumbrada por lámparas de plata, se ostentaba una mesa guarnecida de guirnaldas de flores: muchos convidados se hallaban allí recostados en pequeños lechos de púrpura, que en aquella época reemplazaban á los asientos.

Veíase entre ellos á Livia, la madre de Tiberio: á Pisón, recientemente agraciado con el gobierno de Siria; á Plancina, su esposa, tan avara como cruel; á Seyano, Silano y otros magnates, que eran los que verdaderamente gobernaban bajo el nombre de Tiberio.

El festín degeneró en orgía: el vapor de los vinos se mezclaba al aroma del incienso y la mirra que ardía en braserillos de oro á los pies de los dioses lares, y el mismo Tiberio se hallaba turbado con los gritos, las risas, el exceso de las bebidas y las canciones entonadas en loor de Baco y de otras deidades del Olimpo.

—A la verdad, dijo Seyano, que no comprendo por qué el Emperador ha desterrado á Julia: ella era el alma de estas fiestas.

Tiberio miró á su favorito con una risa estúpida y respondió:

—¿No la desterró su mismo padre?

—Sí por cierto, respondió Silano; pero su padre tomó esta severa medida á instancia del montaraz Agripa, su marido.

—La Emperatriz era más culpable que nunca, respondió Tiberio: ¿sabéis adonde llegaba su osadía? Pues yo sí, y os lo diré: hace algún tiempo que suspendía de la estatua de Venus tantas coronas de laurel cuantas eran sus conquistas amorosas.

Acogió estas palabras una carcajada mal reprimida, porque los vapores del vino ahuyentaban el ficticio respeto que manifestaban al Emperador.

—Y á propósito, dijo la hermosa Plancina: ¿qué se sabe de esos esposos semidioses?

—¿De Germánico y Agripina? preguntó uno de los presentes.

—Sí, de esos héroes de la Germania.

—Se sabe, respondió Seyano, que cada día avanzan con más atrevimiento hacia la corona imperial.

A pesar de su embriaguez, el Emperador oyó estas palabras y se volvió hacia su favorito con el semblante airado.

—Medita lo que dices, Seyano, dijo: y no olvides que el que ha sabido desterrar á la Emperatriz, sabrá privar de la vida á un impostor.

—Ya lo sé, señor, respondió el favorito; pero oye lo que me ha referido un soldado, que ha llegado hace poco del campo de Germánico, y los juzgarás.

—Habla.

—Me ha dicho así: Agripina ha vestido de soldado á su hijo Calígula y le pasea en el campamento, haciéndole además entrar en todas las tiendas para conseguir la popularidad del pequeño príncipe: las legiones se han sublevado dos veces, con el solo fin de ofrecer el Imperio á Germánico, que éste ha fingido rehusar hasta mejor ocasión.

—¡Dioses! exclamaron todos los presentes haciendo ademanes de horror: ¡Germánico debe morir! ¡Desposeer á Tiberio para darle á él el supremo mando!

—Ese es el fruto de sus manejos, de su fingido desinterés, de su generosidad en fin, se apresuró á decir Seyano: ¡el Emperador ha casado al león

con el águila, y ese peligroso consorcio le arrebatará el trono y la vida!

—¡Callad y dejadme!... gritó Tiberio, que sentía arder su corazón con el fuego de la ira: idos y dejadme solo con Seyano.

Todos los convidados salieron y quedaron frente á frente el Emperador y su ruin favorito.

—¿Es cierto lo que me has dicho? preguntó aquél á éste.

—Los dioses me son testigos, señor, de haber repetido sin alteración ninguna las palabras del soldado.

—¿Y qué piensas tú que se debe hacer?

—Debes separar á Germánico y á Agripina del ejército y enviarlos al destierro, si es que eres tan clemente que no los envias á la muerte que merecen.

—¡Sí! exclamó el Emperador en el colmo de la ira; ¡sí, tienes razon! ¡Yo he sido demasiado generoso! ¡no he querido dar crédito á tus avisos, y estoy amenazado por el mismo á quien he favorecido! ¡he calentado una víbora en mi seno y ella lo desgarrará! ¡Seyano, es preciso separarle del mundo de los vivos! ¿pero de qué modo? ¡el Imperio le adora y su muerte hará correr ríos de sangre!

El favorito quedó pensativo durante algunos instantes; parecía meditar profundamente, y sin duda meditaba alguna maldad, porque de pronto

alzó la cabeza y dijo á su amo con el rostro bañado de una malvada alegría:

—¿Crees, señor, en mi amor y en mi lealtad?

—Sí, respondió Tiberio.

—Pues bien, acepta el consejo que voy á darte.

—Ya te escucho.

—Manda á Germánico y á su esposa que vengan á Roma.

—¿A Roma?

—Sí, concédele los honores del triunfo y una recompensa proporcionada á sus proezas.

—¿Qué es lo que hablas? preguntó airado el Emperador; ¿una recompensa?

—¡Sí! la mayor que encuentres; el gobierno del Asia, por ejemplo... En cuanto al de Siria...

—¿No sabes que le tiene Silano?

—Lo sé, mas no importa; quítaselo y dáselo á Pisón. Por lo que toca á Germánico y á Agripina, hazlos venir sin tardar.

—¿Y para qué?

—Sigue prestándome atención y me comprenderás, porque el plan es vasto, como que se encamina á derrocar la ambición de ese obcecado joven y, sobre todo, la de su esposa.

Tiberio, en quien la ira y el terror habían disipado los efectos del vino, se hizo todo oídos para su favorito.

—Mandando venir á esos jovenes, prosiguió éste, los separas de las legiones que tanto los

aman y pierden el mejor de sus apoyos; no olvides que por el valor de esos soldados ha vencido á los augribarios, queruscos y cattos; no olvides que le aman á la vez como á un padre y como á un hijo, y que, mientras no le separes, no debes considerarte seguro en el solio del Imperio.

—¿Y después que esté aquí?

—Aquí debe entrar, según he dicho, como vencedor; una vez aquí, le darás el gobierno del Asia y marchará á él.

—¿Y no se hará amar también en Asia? exclamó el Emperador. ¿No ejercerá allí también Agripina el influjo de sus virtudes y de su hermosura?

—Sin duda; por detrás de ellos irán Pisón y Plancina.

—¿Y con qué objeto?

—Con el de hacer abortar todos los planes de Germánico, con el de calumniarle y no dejarle hacer prosélitos entre el pueblo; y en fin, Plancina sabe preparar cierta bebida que Germánico apurará confiadamente.

—¡Un veneno! exclamó Tiberio.

—Señor, le dijo Seyano; eres muy débil para ser el emperador más poderoso del mundo. ¿Qué supone un veneno donde tantos se administran cada día?

—No, no, respondió Tiberio. ¡No quiero que den la muerte á mi sobrino, á mi hijo adoptivo!

—¿Prefieres que te arrebate el solio? Pero no

desmayes, señor, no se acongoje tu corazón, modelo de bondad y clemencia; hay otros medios para llegar á nuestro fin; se sublevarán los pueblos, se comprarán los soldados, y su gobierno será sólo en en el nombre, porque yo gobernaré desde aquí esa Asia que te ha sido siempre tan fiel y tan adicta.

Tiberio no respondió nada; débil é irresoluto, no sabía qué debía hacer; salió de la sala del festín sin pronunciar un palabra y llevando la cabeza inclinada sobre el pecho.

VI.

Poco después, el pueblo de Roma parecía haberse vuelto loco en su totalidad de alegría, de orgullo y de placer.

Se habían concedido los honores del triunfo á Germánico y hacía su entrada acompañado de Agripina y de sus hijos.

El pueblo, que no sabía la maldad que ocultaba aquel homenaje que el Emperador rendía al ilustre general, se agolpaba en las calles y las recorría entonando cantares de júbilo.

El Senado se hallaba reunido á la puerta del Pretorio y el Emperador estaba á su cabeza, teniendo todos ramos de laurel ó palmas en las manos.

Eran las doce de un hermoso día de primavera, tan claro y brillante como todos los de Roma, cuando las inmensas aclamaciones que venían del campo de Marte hicieron comprender al Senado que llegaba el vencedor, y todos se pusieron en camino para salirle al encuentro.

En efecto, en el dilatado campo de Marte, entre una lluvia de flores y ramos de laurel, avanzaba un carro triunfal de oro macizo, cuyos pabellones, recogidos con cordones de perlas y rubíes, eran de seda púrpura y blanca; las cortinas, casi recogidas, dejaban ver en primer término la alta estatura de un guerrero, en el que la naturaleza parecía haber agotado el tesoro de su hermosura.

La juventud, la belleza, la nobleza reían en arrobador conjunto sobre su semblante alegre y expresivo. Apolo no hubiera podido ostentar, si se hubiera hecho visible á aquel pueblo pagano, mayor perfeccion y bizarría en sus formas; llevaba Germánico el manto de púrpura de los príncipes y la cinta de oro que sostenía los copiosos rizos de sus cabellos, antes rubios y ahora teñidos de un oscuro color por las fatigas de la guerra.

A su derecha y apoyada en él como la hiedra en el tronco de un árbol, se veía á Agripina, á quien se hubiera podido creer la más graciosa de las ninfas; la niña, al hacerse mujer, había adquirido una hermosura soberana y que participaba de las blandas gracias de Venus y de la majestad de Juno;

flotaban por sus hombros y espalda, esparcidos bajo la corona de oro, los numerosos rizos de sus cabellos negros; sus ojos, grandes, rasgados é impregnados de melancólica altivez, estaban llenos de lágrimas que le arrancaba el entusiasmo del pueblo; la misma emoción había sin duda teñido de rosa sus mejillas, tan blancas y puras como un camafeo de nácar; sus cejas de seda cortaban una frente augusta; llevaba una túnica de lino, blanco como su esbelto cuello y mórbidos brazos, y, como su esposo, un largo manto de púrpura.

A los pies de Germánico y de Agripina se agrupaban cinco niños rubios y sonrosados como cinco amorcillos: eran sus hijos.

El carro avanzaba con suma dificultad, el pueblo se agrupaba en torno de él y arrojaba flores, coronas, palomas y palmas á los pies del vencedor.

—¡Viva Germánico! gritaba.

—¡Viva el vencedor de los germanos y de los galos, el bienhechor del ejército!

—¡Viva Agripina, la nieta de Augusto; salud á la heroina romana!

Estas aclamaciones iban á clavarse, como otros tantos puñales, en el corazón de Tiberio, que avanzaba á la cabeza del Senado para recibir al vencedor; y Seyano, que iba á su lado, no se descuidaba en avivar el volcán de negra envidia que ardía ya en el alma del Emperador.

En efecto, cuando desde lejos oía elogiar sus

proezas, no sufría tanto Tiberio; pero á la vista del entusiasmo del pueblo, de aquel entusiasmo que él no había excitado jamás, comprendió lo que era la gloria, y como no hay cosa que pueda reemplazarla en todas las grandezas del mundo.

Aquel entusiasmo debía redoblarse todavía; cuando la multitud se separó algún tanto, y pudieron verse detrás del carro de Germánico los estandartes de Varo, reconquistados por el general, el clamoreo y la exaltación llegaron al delirio.

De esta suerte, cargados de laureles y rodeados del pueblo, llegaron Germánico y Agripina á la puerta del Senado; pocos pasos habían avanzado Tiberio y los patricios. Germánico y su esposa fueron recibidos solemnemente allí, elogiada su conducta y coronadas sus frentes con el sacro laurel de los héroes, que casi los elevaba á la categoría de semidioses.

El acento del Emperador era, al hablar para felicitar á su sobrino, sordo y comprimido. Seyano comprendió que ya no necesitaba excitarle á la crueldad, y que obraría por sí solo derrocando aquel ídolo con su altar.

Por fin, Tiberio hizo un poderoso esfuerzo para ahogar su cólera, y dijo á su sobrino:

—El pueblo te espera ¡oh Germánico! Retírate á descansar y mañana ven á palacio.

—¿Y dónde, señor, preguntó con altivez Agripina, dónde, sino en el palacio del César, debe repo-

sar de sus fatigas tu hijo adoptivo, el esposo de la hija de Julia, la Emperatriz vuestra esposa?

Palideció Tiberio al escuchar estas palabras que redoblaron su furor y su colérica vergüenza; y fué tanto su enojo, que, á pesar de sus esfuerzos, apareció en su rostro escrito con terribles caractéres.

No se escapó este efecto á la Princesa; pero como el único defecto de su carácter era una altivez que á nada se doblegaba, prosiguió:

—Mi habitación no puede ser otra que el palacio imperial; soy la nieta del divino Augusto, y Germánico sólo debe habitar al lado de su esposa.

—Es justo, repuso Tiberio, seguidme.

El Emperador emprendió, rodeado de los senadores, el camino de su palacio, siguiéndole Germánico y su familia en el carro del triunfo.

¡Oh, cuánto sufrió el orgulloso y cruel Emperador durante aquel trayecto: el pueblo siguió el carro del héroe aclamándole con frenesí su libertador, llamando sobre su cabeza las bendiciones de los dioses, y ni una voz, ni una sola pronunció el nombre de Tiberio!

Durante aquellas horas, que la negra envidia hizo parecer eternas á Tiberio, quedó decretada la muerte del héroe de una manera irrevocable.

Llegaron por fin al palacio imperial, y el invicto general de las legiones fué conducido con su esposa é hijos á las habitaciones de honor.

Tiberio, resuelto ya á la venganza, se dijo que,

para asegurarla mejor, era preciso fingir, y se despidió de Germánico deseándole la noche más feliz y los más dichosos sueños.

VII.

No bien el Emperador hubo dejado á los príncipes en sus habitaciones, fué á encontrar á su madre.

Livia Drusila, una de las mujeres más grandes del mundo, tiene su lugar en esta *galería*, y no es aquí por cierto donde pienso darla á conocer á mis lectoras; pero ya que la nombro por vez primera, bueno será dar, aunque de paso, algunas pinceladas en su retrato, para cuyo fin el medio mejor es asistir á su entrevista con Tiberio.

Este entró en la habitación de la Emperatriz con el rostro más bien fiero que altivo, porque á su soberbia natural iba unido el enojo de la terrible violencia que había tenido que hacerse para participar del triunfo de Germánico, ó para manifestar al ménos que participaba de el.

La habitación de la anciana Livia, entónces de cerca de ochenta años de edad, era magnífica: las paredes se hallaban enriquecidas de maderas preciosas, de dibujos de oro y hasta de pedrería. Minerva, la diosa de la ciencia, era la que presidía, y

á los pies de su pedestal dos esclavas, vestidas de blanco, cuidaban de que no se extinguiese jamás el fuego de dos braserillos de oro que consumían sin cesar los más delicados perfumes.

La Emperatriz se hallaba recostada en el centro de la estancia en un lecho de púrpura y oro, y envuelta en un ropaje de púrpura tan cubierto de piedras preciosas que deslumbraba la vista: delante de ella se hallaba una mesa de marfil calado, cubierta de flores y de frutas, que decía haber servido hacía poco para la última comida de la Emperatriz.

Cerca de la anciana había muchas más esclavas que tañían salterios y entonaban dulces canciones para entretenerla, pues era muy apasionada á la música.

Livia parecía de muy alta estatura y más bien enjuta que obesa: á pesar de su avanzada edad, aun brillaban y eran hermosos sus grandes ojos negros: su tez no estaba surcada por arrugas, gracias á los exquisitos cosméticos y á las excelentes pastas usadas por las damas romanas y que conservaban de una manera tan maravillosa la tersura y el delicado colorido del cutis: porque habéis de saber, lectoras mías, que aunque ahora se nos acusa de acudir á la perfumería para embellecernos, en todas las épocas ha sucedido lo mismo, aun remontándonos á los tiempos más lejanos.

Los cabellos de Livia eran blancos como el velo que los envolvía; y aquella blancura, no interrum-

pida en su majestuosa cabeza, tenía mucho de severo é imponente.

Al entrar Tiberio, las jovenes que cantaban y tañían se interrumpieron como los pájaros al ver el negro halcón y se estremecieron de terror, al mismo tiempo que doblaban la rodilla para saludar al *divino* Emperador.

Tiberio les dirigió una mirada de enojo, y luégo dijo, volviéndose á la Emperatriz:

—No sé, en verdad, señora, cómo sufres los continuos y desapacibles chillidos de estas miserables esclavas. ¿No estarían mejor tejiendo nuestras túnicas?

—Salid, dijo Livia con voz blanda, pero firme, á las jovenes, que se apresuraron á obedecer una orden que las alejaba de la presencia del déspota.

—Hijo mío, prosiguió Livia volviéndose á Tiberio: casi todas las esclavas son buenas para tejer, pero son muy pocas las que tienen talento para cultivar el arte divino de la música; ¿por qué, pues, no hemos de permitir que brillen en él las que puedan? ¡No me es dado explicarte cuánto disfruto cuando oigo esos cantos de victoria que me recuerdan tiempos más dichos para mí!

La voz de la anciana Emperatriz era trémula al pronunciar estas palabras: se conocía que sufría cruelmente; pero su hijo, ó no la comprendió, ó no quiso manifestar que la comprendía, porque dijo con dureza:

—¿Te recuerdan quizá los tiempos felices en que Octavio el triunviro se hallaba á tus pies?

—Sí, respondió Livia con entereza, me recuerdan aquellos tiempos; pero, añadió con ternura y mirando á su hijo, ¡me recuerdan aquellos, porque algunas veces los olvido! ¡Los días en que fuí la amada esposa de tu ilustre padre, no se apartan jamás de mi memoria!

—¡También fuiste la esposa de Octavio!

—Es verdad, y jamás podré arrepentirme de ello.

—¡Podías, sin embargo, haber esperado para serlo á darme al mundo! dijo el Emperador colérico, ¡y tanto más cuanto que ya me llevabas en tu seno hacía seis meses!

—¡Tu padre me cedió al triunviro!

—¿Y por qué, señora, no te negaste tú á pertenecerle?

—¡Y quién podía negar nada al dictador del mundo! exclamó Livia con calor: ¿tu ilustre padre no fué el primero en cederme á su amor? ¿Y yo podía rehusar el suyo? ¡No! ¡no es dado á una mísera mortal resistir á un amor tan grande, tan glorioso y tan aprobado! ¡Yo respetaba á Tiberio tu padre, pero amaba á Octavio!

—Tal vez por eso, señora, no quisiste conservarme á tu lado ni un solo día, despues que hube nacido, murmuró sombríamente el Emperador, y me enviaste al instante á mi padre.

—¿Qué otra cosa podía hacer? ¿debía yo imponer á Octavio una paternidad forzosa? ¡Cuando fuí esposa suya, es decir, la más grande de todas las mujeres, lo fuí con el permiso de tu padre, y ya hacía seis meses que alentabas en mi seno! Pero esto no era un motivo para que Tiberio se privase de ti, pues al ceder la esposa se reservó los hijos: y después ¿no os adoptó Octavio á todos? ¿No te legó el Imperio? ¿No ha sido para vosotros el mejor de los padres? ¡Oh, hijo mío! No me culpes, si aun vive en mi alma, fría por los años, la imagen de mi segundo y amado esposo. Sí me acuerdo del primero, es porque con él fuí madre, dicha que me fué negada con Octavio; pero mi amor, mi voluntad, fueron todas del último.

—¡Y sin embargo, señora, mi padre te fué fiel y el triunviro faltó mil veces á tu fe!

—¿Y qué importa? ¡Suyo era el imperio de los corazones como el del mundo! ¿Quién podía resistir á Octavio? ¿No lo aclamaban por todas partes hijo de los dioses? ¿No era el más hermoso, el más noble, el más heroico de todos los hombres de la tierra? ¿No era el padre del Imperio, el consuelo del desvalido, el amparo del pobre, la envidia de los poderosos, el castigador de los malvados, la gloria de la patria? ¿Por quién es Roma grande y poderosa? ¿por quién dicta sus leyes al mundo? ¿por quién ciñes tú la corona imperial? Pero, prosiguió la Emperatriz dando treguas al entusiasmo

que ardía en sus ojos al hablar de su esposo, ¿por qué me empeño, hijo mío, en disculpar mi amor y mis recuerdos ante ti que tan bien los puedes comprender? ¿Acaso has olvidado tú jamás las gracias de Agripina (1), aunque la repudiaste para casarte con Julia? ¿No te he oído muchas noches sollozar desesperado, cuando, poco después de su repudio, se casó con Asinio Galo?

—¡Ah! murmuró el Emperador: ¡es que Agripina era tan hermosa, tan dulce, tan buena! ¡Qué diferencia de aquella esposa á la que después me ha deparado mi malhadada ambición!

—¡Es verdad! respondió Livia, olvidando sus dolorosos recuerdos para aliviar los pesares de su hijo; ¡es verdad! ¡Muy distinta era Agripina de Julia! Aquélla, hermosa, pura, modesta como su madre la bella Cecilia Atica, la joven más encantadora de Roma; ésta, impura, escarnecida.... ¡Oh, Tiberio! ¡muy mal hiciste en cambiar!

—Hablemos de otra cosa, madre, dijo Tiberio; dejemos esos tristes recuerdos para hablar del objeto que me trae aquí. ¿Sabes lo que sucede con Germánico?

—Sí; sé que ha triunfado de todos los enemigos, respondió Livia.

—¡Ha triunfado! ¡pero el pueblo, el Senado,

(1) Esta Agripina era la primera esposa de Tiberio, hermana de la esposa de Germánico; entre los romanos había en la mismas familia muchos individuos con el mismo nombre.

todos le aclaman con mayor fervor que si fuera el soberano del Imperio! ¡todos le prefieren á mí!

¡Y qué, Tiberio! ¿Será posible que se alimente en tu seno la ruin envidia? exclamó la anciana con calor; si es grande, ¿no es porque ha triunfado de esos pueblos bárbaros, que te hacían la guerra? ¿Y esa gloria, no recae sobre el Imperio, sobre Roma, sobre ti mismo?

Hizo el Emperador un ademán de violento despecho; pero, dominándose cuanto pudo, respondió:

—Bien se ve, señora, que no sabéis los avisos que cada día llegaban del campamento donde se hallaban Germánico y Agripina, al frente de las legiones.

—Es cierto, respondió Livia tristemente: siempre me has tenido apartada de los negocios del Estado, bien al contrario de tu padre, que estimaba mis consejos.

—Quizá, madre mía, he hecho yo mal en desatenderlos, respondió Tiberio; pero por eso vengo á pedírtelos ahora; voy á enviar á Germánico al gobierno de Asia.

—¡Y bien! repuso la anciana; eso me parece muy justo; digno es Germánico de ese y aun de mayor premio.

—¡Sin embargo, allí ha de hallar el castigo de su soberbia y altivez! exclamó el Emperador, que no podía contener los ímpetus de la ira tocando aquel punto.

—¿De su soberbia? repitió la Emperatriz.

—¡Sí, de su soberbia! Aun no te he dicho, ¡oh señora, sus manejos en el campo de los nubios! ¡Sabe que él, de acuerdo con su esposa, trata de sucederme en el Imperio! ¡que Agripina ha llevado á su hijo Calígula de tienda en tienda, y casi le ha hecho aclamar emperador! ¡que no perdonan cohechos ni falsías para ganarse todas las voluntades! ¡que me venden, en fin!

Conforme Tiberio hablaba, la sorpresa, la inquietud y el enojo se habían pintado sucesivamente en el rostro de la Emperatriz; el amor materno era el más fuerte de los sentimientos de aquella alma enérgica y templada en el crisol de la lealtad.

—¡Cómo! exclamó con profundo asombro: ¿será Germánico un traidor?

—¡Un traidor, sí! ¡Ese es el nombre que merece! exclamó Tiberio. ¡Muera, pues!

—¡Muera! repitió la anciana irritada; pero hijo mío, ¿no podrías engañarte? ¡La sangre de Germánico es sangre de leales! ¡El es un héroe desde su edad más tierna! ¡Mira que pudiera alucinarte la influencia de Seyano, ó tal vez tu propia emulación!

—¡Yo envidioso de Germánico! gritó el impetuoso Tiberio, lleno de enojo por ver descubierta su flaqueza; ¡yo celoso! ¡oh! ¡El haberte inspirado esa sospecha, basta, señora, para que yo le haga morir!

—Es que eso sería cruel, inhumano, repuso Livia con entereza; si él es traidor y falso, si te vende, si esa hermosa Agripina, tan altiva, al parecer, es cómplice de su infamia, ¡mueran! Pero guárdate, hijo mío, de sacrificar á dos inocentes, ó provocarás la cólera de los dioses.

—No atentaré á la vida de Agripina, que, aunque criminal, es mujer; pero Germánico recibirá el castigo de su culpa.

—La muerte de su esposo será la señal de la suya; jamás el dios Himeneo ha inflamado con su antorcha dos almas más unidas; ¡jamás ha estrechado más tiernamente dos corazones con sus lazos! ¡Mata al uno y morirán los dos!

—Tanto mejor, repuso Tiberio; de esta suerte nos veremos libres de esos traidores; ahora, señora, voy á llamar á tu presencia á los dos fieles servidores con que cuento para el logro de mis planes; oirás las instrucciones que les dé, y si tienes algún consejo que prestar, alguna observación que hacer, yo me fío de tu sabiduría; habla y serán atendidas todas tu razones.

Y Tiberio, sin esperar respuesta se levantó, salió á la puerta de la cámara y dijo á uno de los esclavos, que esperaban las órdenes de la Emperatriz:

—Que vengan Pisón y Plancina, su esposa.

VIII.

—Tiberio, dijo la anciana Livia cuando su hijo, después de dar la orden anterior, volvió á su presencia; ten cuidado con lo que haces; por la memoria de Agripina, tu primera esposa, tan amada de ti y de Druso, vuestro único hijo, te conjuro á que tengas prudencia.

La llegada de los dos esposos impidió al Emperador responder, y se contentó con echar sobre su madre una mirada desdeñosa y dura.

Era Pisón un hombre de estatura elevada, como casi todos los romanos, pero su constitución atlética se hallaba gastada por los excesos de los festines y por el desorden. Sus ojos apagados decían que ya no ardía en su alma la llama generosa del valor. Su boca marchita, su color pálido, su mirada astuta, manifestaban sus felices disposiciones para la traición.

Plancina era una joven hermosa y llena de gracias; pero que, habiendo cedido más de una vez á los desórdenes de la época, había enfriado su corazón, y era ya poco lo que podía esperarse de ella.

Sólo una pasión la dominaba; la ambición. No amaba á su esposo; pero temía su carácter duro y

casi feroz, y su mayor afán era subir por sí sola, ó con su ayuda, los escalones del poder.

Tiberio se sentó al lado de la Emperatriz, y habló así á los dos esposos, que permanecían delante de ellos en pie y en la actitud de la más servil humildad.

—Pisón, te doy el gobierno de Siria; Germánico va á desempeñar el del Asia; es probable que su familia le acompañe, porque la varonil Agripina no querrá abandonar á su marido; tú marcharás con tu esposa Placina al mismo tiempo que él; le seguirás á todas partes y estorbaréis todos sus planes de engrandecimiento y cualquiera otra mira de ambición.

Detúvose aquí el Emperador, y miró receloso á su madre.

—Sigue con valor, dijo Livia fríamente: ¿No han de ser tus cómplices? Pues no los ultrajes disfrazándoles tus intentos; ¡sépanlo todo, y á qué se exponen!

—Tiene razón mi madre, repuso el Emperador; más vale que os diga la verdad; ¡necesito deshacerme de Germánico, que es un ambicioso! ¡Estorbaréis todos sus proyectos, sublevaréis contra él las legiones, y aun, si hay oportunidad, cortaréis el hilo de su culpable vida!

—¡Mas todo esto con cautela! añadió Livia. ¡Mirad que el pueblo y el ejército le adoran! ¡mirad que una imprudencia comprometería el trono

y la vida de mi hijo! ¡mirad que ponemos en vuestras manos la suerte del Imperio!

—Tranquilízate, señora, respondió Plancina; sabemos bien lo que nos confía nuestro Emperador.

—Toma, dijo Tiberio; á ti, Plancina, entrego esta arma para que me libres de mi enemigo; las mujeres sois más prudentes y más resueltas; usa de ella cuando, de acuerdo con tu esposo, creas llegada la ocasión propicia.

Y el Emperador dió á la romana una cajita de oro tachonada de brillantes; ésta la tomó y la ocultó rápidamente en su seno.

Entonces sus ojos brillaron de alegría.

Aquella cajita era la llave del poder; ya veía su ambición cumplida del modo más bello que jamás hubiera podido soñar.

¡Ella, mujer de un oscuro patricio, sin mérito alguno, iba á hacer un viaje al Asia, al país del poder y de los festines, en compañía de la ilustre princesa esposa de Germánico! ¡ella podía igualarse con la princesa nieta de Augusto, comer con ella y dormir en su misma cámara!

¡Y su esposo, aquel hombre capaz de todas las bajezas por lograr el favor de su amo, aquel Pisón, tan inútil, tan oscuro, gobernador como Germánico, y encargado de darle el golpe mortal! ¿A qué no podrían aspirar en adelante los dos esposos? ¿Cuál debía ser su suerte?

Plancina sentía que se desvanecía su pensamiento sólo con imaginarlo.

La voz de Tiberio la sacó de su arrobamiento, dirigiéndose á su marido.

—Germánico, dijo, hará pronto algún viaje al interior del Asia; no le acompañes, porque sería inútil; su esposa no le perderá de vista, pero en su ausencia, trabaja y levanta las tropas contra él; la recompensa será proporcionada á tu habilidad; yo me voy á la isla de Cáprea, donde esperaré noticias tuyas.

—¡Cómo! exclamó la Emperatriz, ¿Dejas á Roma?

—La dejo, señora, respondió Tiberio; salgo de la ciudad para no ver á Julia, la madre de esa Agripina tan heroica y que está machando el tálamo imperial.

—Y ahora, repuso severamente Livia, pudiera yo decirte lo que Augusto dijo á su yerno Agripa, primer esposo de Julia: ¿por que no contienes sus desórdenes?

—Poco me importan, repuso el Emperador con desprecio; ya no la amo y me separo de ella por mi gusto. Idos ya, prosiguió dirigiéndose á Pisón y á Planeina; nada más tengo que deciros; si obedecéis mis advertencias, subiréis á la cumbre del poder; si no, tarde ó temprano moriréis al rigor de mi enojo.

Los dos esposos salieron con aire humilde; pero

en el fondo de su alma llevaban una infame alegría, y se felicitaban de ser los verdugos del gran Germánico.

IX.

Partió Germánico al Asia y partieron también Agripina y sus hijos en compañía del ilustre guerrero; con ellos iban sus verdugos Pisón y Plancina.

Empero ni uno ni otro lograron el fin que se proponían; Pisón era subalterno de Germánico, y éste, si bien humano y generoso, sabía lo que aquel hombre valía y en lo que debía estimarle; retúvole pues, á una prudente distancia, agradeciéndole fríamente sus serviles promesas y no dando ocasión á ninguna confianza.

En cuanto á Plancina, aun le fué más difícil ganar, no el afecto ni la amistad de Agripina, sino su atención.

Aquella princesa, cuyo mayor defecto era ser excesivamente orgullosa, jamás abrigó en su pecho más amor, ni otra amistad, que los que dedicaba á su marido.

Este fué, durante toda su vida, su único amor y su solo amigo, y todo los demás del mundo era para ella completamente indiferente, excepto, sin

embargo, sus hijos, á quienes amaba hasta el delirio.

Dispuso que aquel importuno matrimonio que los acompañaba viajase en un carro, y ellos iban delante en otro con sus hijos; de esta suerte se hizo imposible toda comunicación y toda confianza.

Los dos esposos tomaron á desaire aquella medida, y sus iras contra Germánico crecieron; así la desgraciada Agripina afilaba, sin saberlo, el puñal que debía segar la preciosa existencia de su esposo.

No hay para qué enumerar los incidentes del viaje, que serían molestos é incomprensibles fuera de aquellos tiempos bárbaros. Agripina cuidaba con algunas esclavas que la acompañaban, de sus pequeños hijos, que eran todos de tierna edad.

Al llegar al Asia, fué acogido Germánico con las mismas entusiastas aclamaciones que en Roma.

La fama de su valor había volado por todo el mundo, y aquel país se creía dichoso al ser gobernado por él.

Durante algunos meses, en vano Pisón puso en juego cuantos medios le sugirió su envidia para rodear de asechanzas á Germánico; pues la prudencia y constancia de Agripina, que con su penetrante talento había adivinado dos enemigos en los dos romanos, y que no se separaba de su esposo, ayudándole con sus consejos, inutilizaron sus pérfidos designios en repetidas ocasiones, á pesar de la desesperación de Plancina, que era la que me-

nos se conformaba con las treguas, á causa de su carácter impaciente, y de su desmedida ambición.

Germánico, que sabía cuánto ansiaba Agripina visitar los monumentos de Egipto, le propuso hacer el viaje, en lo que ella convino muy gustosa, á condición de no separarse de sus hijos.

Partieron, pues, todos, dejando el mando interino encargado á Pisón; y éste no se descuidó de noticiar aquel viaje á Tiberio, que se indignó, al saberlo, de una manera furiosa.

Aquel Emperador se hallaba en Cáprea, entregándose á todos los desórdenes, no obstante el modo público con que censuraba los de Julia, su esposa.

La vida de molicie y de placer que llevaba había enervado del todo su energía; pero le había dejado una extraña y fatal propensión á la cólera.

Pisón recibió nuevas y más perentorias órdenes, en consecuencia de las cuales, y aprovechando la ausencia de Germánico, empezó á sublevar las legiones.

Poco tardó aquel ejército inexperto y que no había combatido al lado de Germánico, en admitir el veneno de la discordia y de la sedición, y se levantó en masa aclamando á Pisón por su jefe y pidiendo que reemplazase á Germánico en el mando.

El cobarde romano tomó todas las medidas imaginables para que aquel levantamiento no llegase á oídos del general; pero aun había en las legiones

soldados fieles, y uno de éllos salió furtivamente de la ciudad, fué á encontrarle y le contó cuanto pasaba.

Germánico y Agripina volvieron al instante de Egipto, y su vista produjo el efecto acostumbrado.

Germánico hizo formar el ejército y, solo, sin armas, pasó delante de él afeándole su rebeldía y exhortándole á volver á su deber: las legiones acabaron por aclamarle calurosamente y por acusar á Pisón de sobornador de su buena fe y de su ignorancia.

—Y ¿qué castigo darás ¡oh Germánico! dijo Agripina, á ése traidor, único reo de esta sedición?

Al decir estas palabras, miraba airada á Pisón, que bajaba sus ojos como ruborizado ante la mirada de Agripina.

—Su mayor castigo está en la vergüenza que debe causarle su proceder, respondió el gran Germánico; le compadezco demasiado para imponerle mayor pena por mi parte y, en nombre del Emperador, sólo le suspendo por ahora en el mando del ejército: vete, añadió, dirigiéndose al culpable: piensa en lo que has hecho y arrepiéntete.

Algunos días después de ésta escena, Pisón y su esposa entraron á despedirse de Germánico y de Agripina.

—¿Adónde os vais? preguntó aquél bastante sorprendido.

—A una isla cercana, señor, respondió Pisón,

mirando con una expresión satánica al general: estoy destituído por ti de mi cargo, y por ahora no hago falta: permite, pues, que vaya á recobrar mi quebrantada salud, muy alterada por el pesar de haberte ofendido: cuando tu clemencia me llame, volveré.

—Vete en buen hora, le dijo Germánico: no tardaré mucho en volverte á llamar.

—Quiéranlo los dioses, respondió Plancina: y tú, señora, permíteme que me despida de ti.

Agripina nada contestó.

Sin saber por qué, un frío mortal se había apoderado de su corazón y una voz angustiosa gritaba en el fondo de su alma:

—¡El golpe está dado!

Dejóse besar maquinalmente el extremo del manto por Plancina, y después siguió á ésta y á su esposo con una mirada profunda.

A contar desde aquel día, Agripina vió que se acababan para Germánico el apetito y el sueño tranquilo: á veces se despertaba en medio de la noche, se sentaba en el lecho y creía ver fantasmas amenazadores: le era imposible tomar el menor alimento sin sentir agudos dolores y sin que le acometiese el helado sudor de la congoja.

La desventurada Agripina comprendió bien pronto cuál era la enfermedad de su esposo; pero temiendo ver traición donde quizá no la hubiera, disimuló, con su prudencia habitual, sus amargas sos-

pechas; buscó, inquirió y no tardó en obtener la evidencia de su desgracia.

Un esclavo había administrado un tósigo á Germánico en un vaso de agua azucarada que tomaba cada noche: aquel desgraciado había sido el ciego instrumento de Pisón, que se había retirado con su esposa á esperar el resultado de su crimen; pero después de cometido éste, fue tal el horror que el esclavo concibió contra sí propio, que se arrojó al mar, desesperado de haber atentado contra la vida de su señor.

Mucho antes de que aquel príncipe sospechase que estaba herido de muerte, había adquirido esta evidencia la triste Agripina: al llegar á Egipto dió á luz su quinto hijo, y el sexto poco después de comprender la trama de que era víctima su esposo.

Este se agravó rápidamente, y llegó un día en que, al abrazar al más pequeño de sus hijos, exclamó en voz baja para no ser oído de su esposa.

—¡Ah, pobre niño! ¡qué pronto quedarás sin padre!

Agripina le miró asombrada: por un prodigio de generosidad, ella no osaba decirle que iba á morir, creyendo que lo ignoraba, y él ocultaba su mortal dolencia para no afligir á su esposa.

Mas estas palabras aclararon aquella situación angustiosa.

Agripina las oyó y se arrojó sollozando en los brazos de su esposo.

—¡Y qué! dijo éste, procurando consolarla; ¿no es preciso morir? Sólo á los dioses les ha sido otorgada la inmortalidad, dón que no ambiciono; he vivido demasiado, Agripina, para la inmensa gloria que pesaba sobre mí; entré niño aun en la carrera de los honores y del poder, y he recorrido demasiado rápidamente mi camino; no llores y piensa en vengar mi muerte, no porque me roba la vida, sino por la bajeza en que va envuelta; eres romana antes que todo, y debes denunciar á los traidores que alientan en tu patria.

—¡Oh dioses! exclamó la Princesa dando rienda suelda al dolor, durante tanto tiempo reprimido; y ¿he de perderte? ¿he de vivir sin ti? ¡Porqué el cielo me ha dado hijos! gritó mirando con desesperación á los niños, que jugaban sin pensar en que iban á quedar sin padre.

—Para que vivas, contestó Germánico: sí, para ellos debes guardarte, y para enseñarles á los asesinos de de su padre! Uno de ellos se sentará en el trono, lo sé; me lo dice mi corazón, que jamás me ha engañado; pero ¡cuántos pesares veo en el porvenir para vosotros, mi noble y amada Agripina! ¡Quiera el cielo concederte valor para sobrellevarlos!

X.

Algunos días después de estos sucesos, Germánico, recostado en su lecho, parecía la sombra de sí mismo.

Aquel atroz veneno no le había libertado de padecer de la manera más lenta y dolorosa.

Toda su hermosura, toda su juventud se habían marchitado bajo el influjo del tósigo.

El Príncipe, lívido, enflaquecido, con el cabello erizado y brotándole de las sienes un helado sudor, se despedía de sus amigos que, sombríos y amenazadores, rodeaban aquel lecho de muerte.

No lejos del moribundo, jugaban sus seis hijos. A su lado Agripina le sostenía la cabeza apoyada en su seno, y junto á ésta se hallaba Cayo Servilio, que estrechaba con fuerza una de las manos del enfermo.

Varios son los pintores que han eternizado la muerte de Germánico en sus lienzos; y no será extraño que mis lectores la hayan visto en alguno con toda su imponente majestad.

—¡Amigos míos! dijo el héroe; muero asesinado; así lo juro á la faz del cielo y os pido venganza y amparo para esa pobre y desvalida joven, que acaba de cumplir su cuarto lustro, para esas ino-

centes criaturas... Presentaos con ellos al Senado y pedid justicia... yo sé que se os hará y que Roma aclamará ardientemente á la viuda de Germánico... Ahora cubridme con el manto de púrpura... así... ceñid mi frente con el laurel de la victoria... ¡Quiero morir como he vivido... gloriosamente!...

Oscurecióse la voz de Germánico y se detuvo en tanto que la misma Agripina ceñía su frente con el laurel sacro y que sus amigos extendían sobre su traje de guerra el manto de púrpura de general de las legiones de Roma.

—¡Oid! prosiguió después de algún rato de angustioso silencio; la compasión es casi siempre favorable á los acusados; pero esta vez los acusadores son una viuda y seis inocentes niños... por lo tanto la balanza se inclinará á su favor... Si los asesinos alegan que el crimen de mi muerte les ha sido mandado, no se les creerá, y si se les cree, pagarán con la vida su declaración... ¡Venganza para la esposa y los hijos de Germánico, quien, durante su corta vida, se ha visto constantemente rodeado de traiciones, de enemigos y asechanzas!

—¡Venganza! repitieron los romanos que rodeaban el lecho, alzando al cielo su mano derecha como para tomarle por testigo de su juramento.

Germánico pagó con una mirada de gratitud aquel grito funesto que le despedía de la vida, y que en aquellos tiempos bárbaros era una prueba

de la más tierna amistad y de la lealtad más pura; después, su hermoso y varonil semblante se fué serenando poco á poco, dibujóse en su boca una sonrisa apacible y tomó la mano de su esposa, que no había abandonado su cabecera, y cuyas lágrimas parecían haberse estancado por la fuerza misma de su dolor.

—Oye, amada mía, le dijo; oye mis postreros encargos, y vosotros, amigos míos, dejadme solo algunos instantes con la compañera de mi vida.

Abrióse un ancho espacio entre los asistentes á esta lúgubre escena y los dos esposos.

Cinco de los niños, los más pequeños, se dejaron llevar por los amigos de Germánico; pero Calígula, el mayor, se asió con toda su fuerza á las ropas del lecho y se empeñó en oir las palabras de su padre.

Este habló así:

—Ya sabes ¡oh Agripina! cuántas veces te he aconsejado que moderases la natural, y hasta casi excesiva altivez de tu carácter. Sabes también, que á esto me inclinaba el inmenso amor que siempre te he tenido, pues para mí, tu majestuoso orgullo era, además de una virtud, un encanto. Sólo te exhortaba á dominarlo para que no ofendiese á los demás, y este consejo, que tantas veces te he repetido, quiero también repetírtelo en esta hora suprema. Agripina, por mi amor, por el que profesas á tus hijos, modera tu altivez y cede con

resignación á los golpes del destino, para no atraerte enemistades tan poderosas como temibles para ti. No hagas nada para vengar mi muerte; ese cuidado es de la patria y del Senado. No te acerques tampoco demasiado á aquel á quien llamé padre, y que tan mal ha pagado el amor que siempre le tuve, y mis constantes sacrificios; pero acuérdate de que es el emperador, y que puede, si quiere, hacerte morir, y contigo á nuestros hijos. Agripina, sé prudente, y no olvides el tierno amor que siempre te he profesado. Adiós, y hasta el día en que nos reuna la voluntad de los dioses. ¡Yo rogaré por ti y por nuestros queridos hijos!

Todo este largo razonamiento fué pronunciado con voz entera y firme, como si aquel espíritu grandioso no pudiera apagarse sin dejar en pos de sí un rastro de luz y de sabiduría. Luégo que Germánico acabó de hablar con Agripina, pidió á cada uno de sus hijos, los abrazó muchas veces y los bendijo con amoroso acento. Después llamó de nuevo á sus amigos, les dió el último adiós y les recomendó á su familia.

Durante algunos instantes, la paz de aquella hermosa y noble fisonomía fué inalterable; en la sonrisa que vagaba por sus labios había una rara expresión de dulzura y de felicidad. Germánico era idólatra, y soñaba, sin duda, con los Campos Elíseos prometidos á los buenos por los sacerdotes del culto gentílico; pero si hubiera sabido que ya

existía en el mundo el verdadero Dios-Hombre, si hubiera conocido á Jesús, entonces hermoso niño de cinco á seis años, el héroe de Roma, el vencedor de la Germania, hubiera sido el primero en confesar la fe cristiana, y hubiera muerto como un justo.

Aquella apacible calma, que parecía envolverle, se alteró dos veces, pero fué para decir con voz dulce:

—¡Agripina! ¡Agripina... adiós!

La afligida esposa se precipitó sobre el cuerpo, ya casi frío, del esposo á quien amaba tanto; pero éste entreabrió los ojos y sólo pudo repetir con voz tan débil como el suspiro del aura:

—¡Adiós, Agripina...! ¡Adiós...!

Su último acento y su último pensamiento fueron para su esposa.

Esta, á pesar de su fortaleza, cayó rendida á un desmayo mortal.

Sus amigos la levantaron y la condujeron á su estancia, poniendo á los seis niños bajo la custodia de las matronas ilustres de la ciudad, entre las cuales era la infortunada viuda de Germánico tan respetada como querida por sus virtudes, sus gracias y su noble y generoso carácter.

XI.

La muerte de Germánico llevó la consternación y el luto á todas las provincias del Asia.

No es más veloz el rayo en su carrera que lo fué la fatal noticia para extenderse por todas partes.

Cuando me he referido al Asia para significar el sentimiento causado por la muerte de Germánico, he dicho mal; el mundo entero la lloró; el mundo entero, al que entonces dominaba Roma y dictaba sus leyes como soberana y señora, lanzó un grito de dolor é indignación al saber el cobarde asesinato de aquel príncipe modelo y amado hasta por sus mismos enemigos.

Todas las provincias sujetas por él á la obediencia de Roma, rindieron público tributo á sus virtudes y admiraban y respetaban sus raras y sublimes prendas.

La pira recibió, segun costumbre de aquel tiempo, el cuerpo de Germánico, y de todas las provincias del Asia acudieron las gentes á rendir á aquel entierro la ofrenda de su pesar.

Dos mil plañideras (1) lloraban al rededor del

(1) Mujeres que se alquilaban para llorar y entonar canciones fúnebres en los entierros de personas importantes.

féretro, y la misma Agripina, cubierta de luto, entonó un canto fúnebre que arrancó el llanto á los ojos de todos los circunstantes.

Nunca había parecido tan hermosa: la palidez de su rostro estaba realzada por el brillo de sus grandes ojos: sus largos cabellos, destrenzados en señal de dolor, se extendían sobre su ropaje como un manto de seda: sus seis hijos, enlutados como ella, la seguían y acompañaban en sus plegarias, yendo los dos últimos en los brazos de dos rudos soldados de aquellos que, á pesar de todo, habían seguido á Germánico, y que le amaban á la vez como á un padre tierno y como á un esforzado hijo.

Concluída la ceremonia del entierro, fueron depositadas las cenizas en una urna de oro, cubierta toda de piedras preciosas, donativo de la ciudad.

La misma Agripina las colocó, muda ya y pálida como la estatua del dolor.

Luégo asió de la mano á sus dos hijos mayores y los demás se agruparon en torno suyo, acercándose tambien los dos encanecidos soldados que llevaban en sus brazos á los dos menores.

Las legiones se hallaban formadas en la gran plaza en que tenía lugar el entierro, y los capitanes rodearon la caja en que se habían depositado las cenizas.

Los estandartes enlutados, las trompetas destempladas, todo este aparato fúnebre era tan imponente, que el alma se helaba de pavor y de piedad.

—¡Habitantes del Asia! dijo la viuda de Germánico levantando la voz: mi esposo ha muerto alevosamente; pero no es á vosotros á quienes la noble víctima ha culpado de su muerte, ni tampoco á quienes acuso yo; el traidor ha venido con nosotros y ha vivido entre nosotros! ¡Los dioses le descubrirán algún día y le darán el castigo que sus culpas merecen! ¡Yo voy ahora mismo á embarcarme con las cenizas de Germánico y con mis hijos, y llegaré á Roma para pedir justicia! ¡Adiós, y creed que la memoria de vuestra lealtad y de vuestro afecto vivirá eternamente en mi corazón!

La Princesa, apénas hubo acabado de pronunciar estas sentidas palabras, hizo una señal majestuosa, y en su vista, los capitanes que conducían la urna funeraria se pusieron en marcha.

Siguióles Agripina, rodeada de sus hijos y de sus servidores; las legiones, formadas en orden y al triste són de las trompetas destempladas, siguieron también á la ilustre viuda: los estandartes, inclinados hacia la tierra, rodearon, como para protegerles y darles sombra, las cenizas de Germánico, y un inmenso pueblo, que lloraba y dejaba escapar dolorosos gemidos, cerraba por fin la marcha.

Así llegaron todos á la orilla del mar: una nave en la que ondeaba una bandera de luto con las águilas del Imperio, estaba preparada para recibir á la Princesa: embarcáronse las cenizas primero, y después Agripina y sus hijos.

Los jefes del ejército besaron piadosamente la urna que contenía los restos de Germánico, y hecha otra señal de triste despedida, la nave surcó las saladas ondas al fuerte empuje de los remos.

En tanto pudo columbrarse la embarcación, el ejército y el pueblo permanecieron en la orilla silenciosos y acongojados.

Agripina y sus hijos llegaron á Brindis sin novedad en su viaje, que fué dichoso por lo que toca á la calma de la naturaleza: al desembarcar, se vió rodeada de muchos amigos de su marido, que habían ido desde Roma á recibirla, y de un inmenso pueblo que prorrumpió, al verla, en denuestos contra Tiberio: la noticia del asesinato se había extendido tan rápidamente como la de la muerte: se nombraba á Pisón, y se le execraba como autor del crimen.

La noticia voló hasta Roma, y la desesperación del pueblo fué á sorprender á Tiberio en medio de la bárbara alegría que le causaba la muerte del que había llamado su hijo adoptivo, y que acababa de inmolar á su feroz envidia.

«Sin necesidad de edictos que lo previniesen—dice un historiador—se abandonaron los tribunales, se cerraron las tiendas y quedaron desiertas las plazas; el pueblo, enfurecido, rompía las imágenes de los dioses, derribaba los altares y maldecía á Tiberio, á Livia y á Pisón, ó bien, consternado, prorrumpía en gritos y gemidos de dolor.»

Tiberio dió orden de que se hiciesen á las cenizas de Germánico los honores fúnebres con toda la pompa y magnificencia que correspondía á su alta clase, y con una ostentación desconocida hasta entonces en Roma.

XII.

Llegó, por fin, Agripina á Roma, y á su vista, el dolor y la consternación subieron al más alto grado; la indignación y el resentimiento general hacían temer algun levantamiento, porque los veteranos que habían servido á las órdenes de Germánico sublevaban al pueblo con la relación de sus virtudes y sus gritos de venganza.

El campo de Marte se iluminó del mismo modo que si estuviese bañado por el sol, pues la fúnebre comitiva debía entrar de noche, y de noche debía tener lugar la ceremonia del entierro.

El Senado y el Emperador salieron á recibir á la augusta viuda, seguidos de un inmenso pueblo, y al verla estalló un grito terrible; los ciudadanos, los romanos y la gente del pueblo exclamaron á una voz:

—¡La república ha muerto con Germánico!

Tiberio se adelantó hacia Agripina, que llegaba

á pie detrás de las cenizas de su esposo, y rodeada de sus hijos.

—Sea bien llegada la más grande entre todas las matronas romanas, dijo el Emperador inclinando los ojos, para que en ellos no se leyese la alegría.

La Princesa alzó los suyos hasta el que le hablaba; su hermoso rostro se hallaba á la sazón espantosamente demacrado; al derredor de sus ojos había un círculo morado, como si las lágrimas, cansadas de correr, se hubieran estancado allí; su palidez era tan grande, que parecía anunciar la muerte.

—No verás en mí ni una demostración amistosa ¡oh Tiberio! dijo, hasta que, de acuerdo con el Senado, hayas descubierto á los asesinos de Germánico y les hayas dado el castigo que merecen; hasta entonces, evítame, te lo ruego, el tormento de tu vista, y el de oir el eco de tu voz.

—¡Honor á Agripina! gritó el pueblo entusiasmado.

—¡Honor al único vástago de Augusto, á la que es hoy la sola imagen de nuestras puras y antiguas costumbres!

Agripina parecía no oir nada; pero después de muchos días de un mudo y sombrío dolor, corrieron de sus ojos dos raudales de lágrimas al ver aquellas elocuentes pruebas de afecto y de entusiasmo.

La urna cineraria fué depositada con gran pom-

pa en el magnífico sepulcro de Augusto, y después de terminada la ceremonia, la muchedumbre se dispersó, y la misma Agripina, seguida de su familia y servidores, se alejó lentamente, y bien pronto desapareció á las compasivas miradas del pueblo.

Al día siguiente llegaron á Roma Pisón y Plancina.

Seyano fué al instante á verlos, porque aquellos tres malvados estaban unidos por los lazos de la amistad, y no se ocultaban ninguno de sus pensamientos.

—Habéis hecho mal en venir, les dijo el favorito de Tiberio.

—¿Acaso, Seyano, te parece demasiado pronto? preguntó Plancina.

—No debíais haber venido jamás á Roma, repuso Seyano.

—Jamás.

—Si hubierais oído ayer al pueblo en el entierro de Germánico, no te admiraría lo que te digo, Plancina, repuso Seyano.

—¿Y qué importa? exclamó impetuosamente la romana; ese pueblo es como el can amarrado á una cadena, que, aunque esté furioso, ladra amenazante, pero no puede morder: dejémosle gritar.

—Es que ese pueblo os señala como asesinos.

—¡Tiberio nos defenderá!

—¡Tiberio! No lo esperéis. Tiberio es débil, in-

grato, y olvida siempre á los que han sido instrumentos de sus tenebrosos planes.

—Pero antes los recompensa; tú eres prueba de esa verdad.

—No es posible que te recompense á ti, Pisón. ¿No te he dicho que la opinión pública te señala como el asesino de Germánico, y pide tu castigo? ¿Quieres acaso que el Emperador exponga por ti su trono?

—Quiero, respondió Pisón, quiero que recompense mis servicios. Quiero que me eleve al poder, como me ofreció. ¿Sabes lo que nos dijo al dar el tósigo á Plancina?—«Si me obedecéis, os elevaré á la cumbre del poder; si no, moriréis.»

—Le hemos obedecido, añadió Plancina, y queremos el poder; de lo contrario, Pisón tiene cartas del Emperador que podrá mostrar al Senado y al pueblo.

—¡Cartas! murmuró aterrado Seyano.

—Cartas, sí; cartas de Tiberio con sus instrucciones, en las que me inducía al crimen y me ofrecía recompensas.

—Pisón, Plancina, repuso el favorito, que parecía muy preocupado; como amigo que soy vuestro, debo daros un consejo; salid al instante de Roma.

—¡Jamás! respondieron á una voz los dos esposos.

—Va en ello vuestras vidas.

—No saldremos de aquí hasta haber obtenido nuestra recompensa.

—Lo que obtendréis tal vez será vuestro castigo.

—¿Dónde se halla Agripina? preguntó Pisón, que se sentía ya molesto con este altercado.

—Se ignora, respondió Seyano; se ha ocultado, siguiendo quizá las prescripciones de su esposo; pero ya se la verá aparecer el día de la venganza.

—Que aun se halla muy lejos.

—Adiós, mal aconsejados esposos, dijo Seyano; os dejo, pero pronto, muy pronto, tendréis que comparecer ante el Senado.

—¡Tal vez tiene razón! dijo Pisón, así que el favorito hubo desaparecido; tal vez se nos acusa de la muerte de Germánico; ¿pero nos hemos de ocultar por eso, después que este crimen se ha cometido por obedecer á Tiberio?

—No, respondió Plancina; eso sería bajo y cobarde; no huyamos, sino presentémonos en todas partes como un remordimiento vivo de Tiberio, y obliguémosle á cumplir sus promesas. No creamos á Seyano, que quiere para él solo el poder y la privanza, y caminemos hacia el mando y la riqueza.

XIII.

Seyano había dicho la verdad.

La desgracia batía ya sus negras alas sobre la cabeza de aquellos culpables esposos.

Tiberio, ingrato, aborreciendo á los instrumentos de su envidia y queriendo huir de toda responsabilidad en el drama que se preparaba, salió de Roma y volvió á Cáprea, donde tenía una especie de harén.

Pisón quedó, pues, solo, sin apoyo ni ayuda alguna.

Plancina podía contar con la clemencia del pueblo, porque era mujer; pero su esposo era generalmente aborrecido, y nada podía librarle del rigor de la ley.

Al saber la huída de Tiberio, quiso huir él también porque se reconoció perdido; pero el día en que iba á verificar su fuga, un centurión, seguido de algunos soldados, fué á prenderle á su misma casa, y su esposa fué igualmente reducida á prisión.

Reunióse el Senado y los criminales comparecieron ante él.

Se les interrogó minuciosamente acerca de sus relaciones con el ilustre Germánico, y Pisón de-

claró que había sido desposeído por él del mando que desempeñaba en el ejército, por haber promovido una rebelión en las tropas.

De repente se abrió una puerta, y Agripina, imponente y majestuosa, aparecio á los ojos de todos.

—Yo acuso á Pisón y á Plancina, dijo, extendiendo hácia ellos una mano, como asesinos de mi esposo.

—Señora, respondió uno de los senadores por sí y á nombre de sus compañeros: para castigar á los criminales se necesitan pruebas: ¿las tienes? el deseo más vivo del Senado es hacer justicia á la viuda y á los hijos de Germánico.

Iba Agripina á responder, sin duda negativamente, á juzgar por la tristeza que se retrató en su semblante: mas el pueblo, que se agolpaba á las puertas del Pretorio, no le dejó tiempo, porque gritó encolerizado:

—¡Pisón es el asesino! ¡Muera! ¡muera!

Durante algunos instantes, todos guardaron silencio: según costumbre, el acusado debía defenderse á sí mismo; pero el tumulto crecía cada vez más y nadie quería oirle; por fin uno de los cónsules se levantó y dijo con voz sonora:

—¡Hijos de Roma, y tú, Agripina, honor, gala y modelo de todas las mujeres, ¿queréis que condene á un hombre sin escucharle? No lo creo, y antes estamos seguros de que dejaréis á este infe-

liz alegar algunas palabras en su defensa: si es culpable, los dioses iluminarán nuestro entendimiento y le impondremos el castigo que merece! ¡Este no se hará esperar y será terrible!

—¡Habla! dijo Agripina: ¡defiéndete si puedes, y si no eres tú, señálanos el asesino!

Pisón empezó su defensa; mas, á pesar de su habitual serenidad, no acertaba á pronunciar una palabra; y era que en todos los semblantes leía el terror y la amenaza: balbuceaba, y su palidez crecía por momentos: los gritos y las imprecaciones volvieron á resonar por todas partes, y el senador le mandó retirar con una fuerte guardia, único medio de salvar su vida de las iras del pueblo, que sólo anhelaba el escarmiento del culpable, tan odiado como había sido querido el esposo de Agripina.

Algunos días después, esto es, el anterior al en que debía fallarse la causa de Pisón, se halló á éste muerto en su lecho y atravesado el corazón por una profunda herida: á su lado había una espada ensangrentada.

Todos creyeron en un suicidio; pero no fué esta la causa de su muerte.

Seyano, comprado más que nunca por el Emperador, y temeroso de que presentase al Senado las cartas que tenía de Tiberio, envió á uno de sus emisarios para que acelerase el fin de aquel desgraciado.

A Plancina la salvó de la cólera popular la emperatriz Livia, haciéndola huir de Roma en medio de la oscuridad de la noche: la anciana no podía olvidar que su hijo y ella habían ordenado el crimen, y más generosa que Tiberio, pensó en salvar á la única víctima que quedaba que inmolar en las aras de la justicia.

La muerte de Pisón cumplió la profecía de Germánico:

—«*Si declaran que les han ordenado asesinarme, su confesión les costará la vida.*»

Algunos meses más tarde, Druso, el hijo de Tiberio, único que tenía de su primera esposa, murió envenenado por la mano de Seyano, que era, al mismo tiempo que favorito del Emperador, amante de Libila, su nuera y esposa de Druso.

Pero corramos un velo sobre las torpes páginas de la historia de Roma: eran tantas las culpas de la que apellidaban señora del mundo, que fué menester nada menos que la peregrinación en la tierra y el martirio del Hijo de Dios, para lavarla de sus asquerosas manchas.

XIV.

Tiberio pareció sentir muy poco la muerte del heredero de su trono.

No así Livia, á la que, según se puede presumir, aceleró la muerte la dolorosa pérdida de su nieto.

Agripina, después de muerto el asesino de su esposo, fué á vivir con sus hijos al palacio imperial, porque Tiberio, por el exceso mismo de sus crueldades, estaba aterrado de la soledad que le rodeaba.

Libre ya de Germánico, parecía compadecer y consolar á su viuda, la que, por su parte, procuraba fingir una resignación que se hallaba muy lejos de su alma.

Un día entró en la estancia de la viuda, sentóse y tomó en sus brazos, colocándolos después sobre sus rodillas, á Nerón y Druso, hijos de Agripina y de Germánico.

—Hija mía, dijo á la Princesa; mí hijo ha muerto y nadie existe en la tierra que tenga derechos al trono: ¿deberé dejar que este sea ocupado por algún hombre indigno, ó de oscura condición? Y por ventura ¿tú y tus hijos no sois de la familia imperial?

—Ignoro, señor, lo que quieres decirme, repuso Agripina; mis hijos y yo somos, es verdad, los únicos vástagos del divino Augusto; mas, ¿por qué me hablas así ahora? ¡Apenas se han enfriado las cenizas del desventurado Druso!

—Antes de que se acaben de enfriar, Agripina, dijo el Emperador, anhelo participarte un deseo mío.

—Ya te escucho, señor.

—Pues bien, quiero presentar estos dos niños al Senado como herederos de mi trono; quiero adoptarlos á ellos mejor que á los hijos de Agripa y de Julia, tus hermanos; consiente, Agripina, en la grandeza de estos niños, y si alguna vez has sospechado traición en mí, no dudes ahora de la sinceridad de mi cariño.

—Señor, respondió la Princesa; creo que tú, más que malo por ti mismo, eres débil y te dejas dominar por los malvados. Seyano, á quien la opinión pública señala como el matador de tu hijo, permanece á tu lado y dispone de tu voluntad, en vez de haber pagado ya su crimen con la vida: temo, pues, por mis hijos, y este temor, tan natural y tan cruel para una madre, me hace rogarte que desistas de tu propósito.

—¿Temes acaso que sean víctimas de Seyano?

—Sí, lo confieso, señor; creo á ese miserable capaz de todo por conservar la dominación que ejerce sobre ti.

—Escucha, Agripina, respondió el Emperador después de estar algunos instantes pensativo; creo que juzgáis todos á Seyano con rencor, y con una aversión tan infundada como extrema; por separarle de mí, le habéis acusado de la muerte de mi hijo; pero, ¿quién me asegura que esto sea cierto?

—¡Y qué, señor! exclamó Agripina con indignación; ¿ignoras el trato criminal de Seyano con Li-

bila, la esposa de tu hijo? ¿Ignoras que su médico Eudemo es el que ha administrado el tósigo al infortunado Druso? ¿Ignoras que Libila y Seyano aspiran al trono del Imperio?

—No puedo creer á Seyano el matador de mi hijo, repuso el débil y cruel Tiberio, que estaba unido á su favorito por los fuertes lazos del crimen; pero, añadió, si tú lo crees así, Agripina, si sospechas que aspira el mando supremo, ¿por qué no destruyes sus ambiciosos planes, aviniéndote á que adopte á tus dos hijos, que son los hijos de Germánico?

—Ya te lo he dicho; porque temo á los manejos infames de Seyano.

—¿No vives tú dentro del palacio? ¿No puedes ejercer sobre ellos la más absoluta vigilancia?

—¿Y si algún día me separases de ellos?

—¿Separarte yo de tus hijos? ¿Y con qué objeto? ¿No los adopto por míos?

—Para entregarlos á ese infame favorito.

Esta atrevida respuesta dejó absorto al Emperador, hasta el punto de no saber qué decir; pasados algunos instantes de silencio, respondió:

—¡Si otra que tú, Agripina, se hubiera atrevido á dudar de mis palabras y casi á llamarme traidor, moriría al instante!

—Ya lo sé, respondió tranquilamente Agripina; mátame si quieres, mas en tanto que aliente, sólo oirás de mis labios la verdad.

—Eres valerosa y no en vano te llaman honor de las romanas; pero no temas: no se volverán contra ti mis iras, y bastantes pruebas tienes de mi bondad.

—¿Pruebas de tu bondad? respondió admirada Agripina; ¿y donde están, señor? ¿Es acaso en tu proyecto de adoptar á estos niños? Ya ves que rehuso semejante favor; déjalos oscuros y tranquilos al lado de su madre, que sabrá educarlos en la virtud.

—¿No te permito ver á tu madre y ser vista de ella?

—¡No alegues jamás, señor, como un mérito el conceder á la naturaleza sus más santos derechos!

—Es que tu madre es muy culpable.

—¡Jamás lo es, ni debe serlo una madre á los ojos de su hija! ¿Ha tenido extravíos? Vedla ahora sola, triste y abandonada de todos; sus propios hijos la desconocen y únicamente yo le conservo mi amor y mi respeto; los virtuosos no necesitan más ventura que la paz y el reposo de su alma; los culpables están bastante castigados con la perpetua intranquilidad de la suya.

Al hablar así, la joven estaba tan hermosa; su altiva fisonomía adquiría tal dulzura para enumerar los encantos de la virtud, que el duro, el feroz Tiberio la contemplaba absorto.

—Agripina, le dijo después que pudo hablar; vive á mi lado y te prometo guiarme siempre por

tus consejos y tu sabiduría; no sé qué hay de dulce en tus palabras, de persuasivo en tu acento, que el alma se arroba y se tranquiliza al oirte. Germánico tenía el deber de ser grande, porque vivía á tu lado.

—¡Germánico nació grande! respondió Agripina levantando la frente con orgullo; ¡grande nació y grande ha muerto! ¡y no es, en verdad, una débil mujer como yo la que podía inspirarle sus heroicas virtudes!

—¿Por qué desechas para sus hijos el supremo poder?

—¡Oh! exclamó la Princesa abrazando á los dos niños; ¡oh hijos míos! ¡cuánto me cuesta rehusar para vosotros, para los hijos de Germánico, el brillante destino que la suerte os ofrece! ¡pero, y si os roban á mi amor! ¡Aquí estamos rodeados de viles ambiciosos, y tiemblo por vuestra vida!

—Es cierto, repuso Tiberio; mi corte se compone de ambiciosos, de cobardes asesinos, ¡y tú, Agripina, que podías inutilizar sus viles asechanzas, huyes de mí! ¿Por qué, pues, te quejas de que tenga validos indignos del poder? ¿por qué no quieres que tu dulce dominio pese sobre Roma, y gobierne el Imperio? Vive aquí; dame consejos; si tuve culpas, estoy arrenpentido de ellas; ¿sabes lo que he llegado á comprender? ¡Que los placeres de que me rodeaban en Cáprea, aquellos continuos festines, aquellas no interrumpidas saturnales, no te-

nían más objeto que enervar la fortaleza de mi alma y mi valor! Pues bien, ¿quieres reinar en Roma y en mi voluntad? No te opongas ahora á ella, déjame que obre como padre; déjame llevar sin dilación alguna á estos niños al Senado; yo pediré á los padres conscriptos que adopten á los hijos de Germánico y los eduquen para herederos de mi trono. ¡He aquí, les diré, he aquí á los nietos del divino Augusto! Ellos solos son los dignos de ocupar el solio y de labrar la felicidad de la patria.

Agripina guardó silencio durante algunos instantes; su fisonomía permanecía severa y recogida: no obstante, el entusiasmo con que hablaba el Emperador—y que por entonces era sincero en el voluble Tiberio—parecía reflejar en su frente, que se había coloreado con una ligera y rosada tinta, á la manera que la aurora tiñe el cielo sereno con su dulce luz.

—Cedo, dijo por fin; cedo por el bien de mis hijos y porque no quiero que Germánico me acuse algún día de haberles robado la brillante suerte á que tienen derecho; pero si faltas á tus promesas; si me apartas de ellos; si desoyes mis advertencias; si te dejas dominar de nuevo por tu indigno favorito; si eres traidor y desleal, en una palabra, entonces ¡oh Tiberio! ¡Maldito seas de los dioses, porque me habrás impelido á la desesperación! Una débil mujer se entrega á tu nobleza y á tu fidelidad, y, lo que es más, pone en tus manos la vida

de sus hijos; si éstos no son tan dichosos como merecen, yo me quitaré la mía, que ya estimo en muy poco desde que perdí á Germánico, y que tu perfidía me hará despreciable y odiosa.

—Confía en mí, respondió Tiberio; no faltaré á ninguna de mis promesas; y ahora, añadió, tomando de la mano á los dos niños, vamos al Senado para que volváis al lado de vuestra madre con el derecho de ceñiros la púrpura imperial.

Los dos príncipes, que contaban seis y siete años, salieron con el Emperador.

Eran dos encantadoras criaturas, rubias y rosadas; vestían sencillamente de lana blanca, y dos cintas, blancas también y bordadas de plata, sujetaban los espesos rizos de sus cabellos.

Agripina salió al peristilo del palacio y vió subir á sus hijos con Tiberio al carro imperial.

El mismo soberano tomó en su mano las bridas de púrpura de los blancos corceles, y Nerón y Druso se colocaron en pie uno á cada lado de Tiberio.

Aquella solemnidad había sido preparada de antemano y con una completa ignorancia de parte de Agripina.

Parte de las legiones del Imperio guarnecía las calles y otra parte servía de escolta al Emperador y á los príncipes: muchos magnates del Imperio seguían al carro imperial, y el mismo Seyano cabalgaba entre ellos con ademán contrito.

El pueblo, coronado de rosas y llevando palmas

en las manos, llenaba las calles: delante del carro iban los estandartes ganados á los bárbaros por Germánico, y las águilas de Roma.

El corazón de Agripina latió de gozo al ver aquella pompa verdaderamente regia: la pobre madre cayó de rodillas en el peristilo y exclamó, alzando al cielo sus manos cruzadas:

—Gracias, ¡oh dioses inmortales! ¡Ya es grande la descendencia de Germánico; ya se ha trocado en próspera su fatal, su adversa fortuna!

Entretanto que Agripina se entregaba á sueños de felicidad y de gloria, que jamás debía ver realizados, Tiberio llegaba con sus sobrinos á las puertas del Pretorio, en cuyo umbral esperaba el Senado.

El Emperador y los dos niños fueron colocados en el centro y entraron en el salón, donde todos tomaron asiento.

Entonces Tiberio tomó la mano á los dos príncipes, y, adelantándose con ellos, habló así:

—¡Padres de la patria! he perdido á Druso, mi único y querido hijo, y al volver los ojos en torno mío en busca de un sér á quien legar la diadema imperial, sólo hallo á los hijos de Germánico: si vuestra alta sabiduría no halla nada que oponer, si esta medida aparece ajustada al bien y á la gloria del Imperio, yo los nombro en vuestra presencia mis sucesores.

Los austeros patricios, á pesar de estar prepara-

dos para aquella solemnidad, no pudieron menos de mirarse unos á otros: á todos les constaba que Tiberio era el matador de Germánico, y su hipocresía les parecía tan culpable como indigna; pero se trataba del bien de los hijos de aquella ilustre víctima, y respondieron sin titubear:

—¡Nadie es tan digno del solio como los hijos de Germánico!

—Adoptadlos, pues, por hijos vuestros y de la república, prosiguió Tiberio; educadlos para el trono; yo los pongo desde este instante bajo vuestra protección y vuestra tutela; y ahora permitid que los revista en este sitio, y como prenda de mi palabra, de las insignias del poder.

Dos senadores trajeron dos pequeños mantos de púrpura y dos coronas de laurel de oro, y el Emperador echó los dos primeros sobre los hombros de los dos tiernos príncipes y desató de sus cabezas las cintas blancas, sustituyéndolas con las dos coronas.

Luégo se asomó con ellos al gran rompimiento de columnas que caía á la plaza, donde se agrupaba un inmenso pueblo.

—¡Ved aquí á los sucesores de mi trono. Son Druso y Nerón, hijos de Germánico y de Agripina!

—¡Honor á los hijos de Germánico! exclamó el pueblo calurosamente.

El Emperador volvió á subir á su carro con los dos niños y se dirigió á su palacio.

Al llegar á él, los puso en brazos de Agripina, á la que dijo:

—¡Ahí los tienes ya grandes y poderosos! ¡vela por ellos y nos los abandones!

XV.

Durante dos meses hubo paz y quietud, así en el palacio como en el ánimo de Agripina, que, si ya no podía ser dichosa después de perder á su esposo, hallaba al menos alguna tranquilidad.

Seyano se dejaba ver apenas de la familia imperial, á cuya mesa se sentaba antes diariamente y de la que estaba completamente desterrado desde que se sentaban á ella Agripina y sus hijos.

Pero entre los cortesanos se decía que tenía largas entrevistas á solas con el Emperador, que no podía dejar de recibirle y atenderle por los lazos que le unían á él.

Agripina, retirada en sus habitaciones, nada oía de estas cosas; atendía sólo al cuidado de sus hijos, que no tomaban más alimento que el dispuesto por su mano.

Aquella madre, ejemplo de mujeres nacidas bajo el solio, amasaba el pan que comían los príncipes imperiales, ordenaba sus estudios, los vestía y desnudaba, y no los fiaba ni un instante á nin-

gun individuo de la numerosa servidumbre que le había señalado el Emperador.

Una voz secreta advertía á la Princesa de que aquella calma era sólo aparente y de que bajo ella rugía la tempestad.

En efecto, ésta estalló por fin, si bien sordamente; nubes leves en un principio, pero que iban siendo cada vez más densas y amenazadoras, se extendían en el horizonte de la dicha de Agripina, que vió oscurecerse la faz del Emperador, y que éste andaba cada día con ella más receloso y desconfiado.

Tiberio no quería gustar ningun manjar en la mesa, y Agripina supo que comía en su habitación lo que le disponía la mano de Seyano, que había vuelto á recobrar todo su valimiento, todo su dominio.

Al mismo tiempo que se introducían en el ánimo del débil y crédulo Tiberio sospechas contra la noble y magnánima Agripina, recibía ésta continuos avisos de intenciones del Emperador, hostiles para ella y sus hijos; avisos que, no pudiendo ser del todo despreciados por ella, porque conocía á Tiberio, introducian en su ánimo la angustia y la desconfianza.

La desgraciada madre, temblando por sus hijos mucho más que por sí propia, perdió el apetito y el sueño, llegando á parecer al cabo de breve tiempo la sombra de sí misma.

De repente una atroz y encarnizada persecución se desató contra todos los amigos y partidarios de Germánico, de Agripina y de sus hijos; toda persona que les había dado la más leve muestra de afecto y adhesión era arrastrada á los tribunales y condenada sin pruebas y bajo los más especiosos pretextos.

—Señor, decía Seyano á su débil amo; ¿cómo has podido en tu alta sabiduría nombrar tus herederos á los hijos de Agripina y traerte á ésta bajo tu propio techo? ¿No ves que ahora está tu vida á merced de esa mujer falsa, ambiciosa y ávida de mando y de dominación? ¿No comprendes que ya eres un estorbo para su grandeza y la de sus hijos, que por tu debilidad tienen el solio seguro?

—Señora, decían á Agripina los pocos amigos que aun tenían el valor de confesarse adictos suyos, ¿no lo temes todo del ambicioso Seyano? ¿Ignoras que sedujo á Libila para dar muerte á Druso, hijo de Tiberio, á fin de llegar al supremo poder?

De esta suerte los ánimos, envenenados, no hallaban un instante de reposo, y al ver tan oscuro el horizonte del porvenir, al conocer cada día las crueldades de que eran objeto los amigos de Agripina, el número de éstos se redujo, de suerte que llegó á quedar completa y absolutamente aislada: en todos tiempos han sido más agradables las riquezas y los honores que el látigo y la muerte, y

los adictos á Agripina se veían colocados en esta alternativa.

Sola, abandonada de todos, perseguida, más de una vez aquella mujer desgraciada pensó en que el puñal pusiera fin á su existencia y á la de sus hijos; pero su valor la abandonaba al blandir el hierro sobre las inocentes cabezas de aquellas criaturas, que entraban sonriendo en la carrera de la vida.

Llegó, por último, al término aquel deplorable estado de los ánimos; término fatal y digno de los enemigos de Agripina.

Seyano compró á costa de grandes tesoros al Senado y después se presentó á Tiberio y formuló su queja, que era más bien un cúmulo de acusaciones contra la inocente y desventurada Agripina.

Dijo que ésta y sus hijos *querían sustraerse á su dominación y apoderarse de su autoridad*, y que impetraba del Senado una determinación que pusiera á cubierto su vida de las asechanzas de la ambición.

—Separemos á los hijos de la madre, dijo uno de los graves senadores, y así acabarán los planes ambiciosos de esta última; los príncipes irán dejando de quererla, y ella no podrá formar proyectos sobre la elevación de los que la desconozcan y olviden.

Tiberio volvió á su palacio, y media hora des-

pués el vil Seyano entró en la habitación de Agripina.

El monstruo quiso noticiarle por sí mismo su desgracia, vengándose así de las humillaciones que la noble Princesa le había hecho sufrir.

—Señora, le dijo inclinándose ante ella con irónico respeto; vengo á participarte la voluntad del Emperador por lo que toca á tu suerte.

Agripina le midió de la cabeza á los pies con una ojeada desdeñosa y respondió:

—Sea cualquiera la voluntad del Emperador, es sagrada para mí, pero no quiero saberla por tu boca.

—La oirás, sin embargo, ilustre Agripina, porque tengo orden de comunicártela; sabe que estás desterrada á la isla Pandataria (1).

Estas palabras se clavaron como un agudo puñal en el corazón de Agripina.

Pálida, sin aliento, se volvió á mirar al que le hablaba, que añadió con una insultante sonrisa:

—Druso y Nerón se quedarán aquí, porque no es justo que el Emperador se separe de sus herederos... de sus *herederos*, ¿lo oyes? ¡Ya sabes que dos de tus hijos son los designados para heredarle! ¡Raro caprichoso es, por cierto, después de haber dado muerte al padre, el adoptar á los hijos!

—Escúchame, Seyano, dijo Agripina con voz

(1) Hoy de Santa María y que en aquellos tiempos servía del más duro destierro.

trémula; escúchame por los dioses, por la madre que te llevó en su seno, y cuyo recuerdo amarás sin duda... ¿Qué es lo que yo te he hecho para que así me aborrezcas, para que así aborrezcas á mis hijos? ¿Es que pretendes el poder soberano? Ni ellos ni yo le necesitamos; ¡sin él, era grande y adorado Germánico, y he sido yo dichosa toda mí vida!... Sea, pues, tuyo; te lo cedo... pero tú, que todo lo puedes con el Emperador, ruégale que no me separe de mis hijos... ¡Oh, esa medida sería la señal de mi muerte!

—Ilustre Agripina, respondió el favorito con una amarga sonrisa; permite que ante todo te manifieste el gran asombro que me causa el verte rogarme de ese modo, á ti, la nieta del gran Augusto, la viuda del gran Germánico.

—¡Ah! exclamó la Princesa; ¡es que ante todo soy madre y te pido por mis hijos y no por mí! ¡Antes que rogarte por mí, me dejaría morir mil veces!

—Lo creo muy bien; y pagando con la mía tu sinceridad, te diré que nada haré para suavizar el rigor de la suerte que os ha destinado Tiberio.

—¡Está bien! respondió la Princesa, conociendo que sus ruegos sólo servirían para envalentonar á aquel miserable; inútil es querer conmover la inamovible roca, y sólo me resta mandarte que me libres del suplicio de tu presencia.

—¿Nada más tienes que pedirme?

—¡Nada! Por más que tú en tu maldad, que á nadie perdona, asegures que el Emperador es el asesino de Germánico, espero hallarle más compasivo que á ti.

—¿Dudas acaso qué fué él quien ordenó su muerte?

—¡Lo dudo, porque eso no ha podido probarse, gracias sin duda á ti, que le acusas ahora!

—Admiro tu penetración, tan segura para dar con la verdad, Agripina; yo he sido, en efecto, quien ha destruído todas las pruebas que hubieran dado á conocer la parte que tuvo Tiberio en la temprana muerte de tu esposo.

—¿Por qué, pues, le acusas de ella ahora?

—Para darte á conocer lo que hará con tus hijos.

—¡Oh! exclamó Agripina desesperada: ¿por qué ha de querer mal á esos niños que él mismo ha prohijado? Podía darle celos la gloria de Germánico; pero sus hijos ¿que son hoy?

—Vástagos florecientes de un tronco aborrecido.

—¡Vete! dijo Agripina; te lo mando.

Seyano salió por fin, despues de dirigir á la Princesa, como despedida, una sonrisa triunfante.

El malvado estaba fuera de sí de alegría; el trono iba á ser suyo, pues tenía entre sus manos la suerte de la desventurada Agripina y de sus hijos.

La desgraciada Princesa quedó en un estado difícil de expresar: toda su energía, toda su fortaleza

habían desaparecido de su ánimo y estaba como abrumada bajo el peso de un desaliento tan profundo como doloroso.

El tiempo corrió sin que ella se diese cuenta de cómo había pasado.

El pensamiento estaba como muerto en aquella cabeza, tanto más destrozada cuanta más energía había en su carácter.

La desventurada Agripina, grande, poderosa y amada desde que nació, se veía ahora abandonada de todos y perseguida por el odio injusto de un vil favorito, al que, nacido en el fondo de la oscuridad, habían servido de pedestal sus vicios para alzarse á la cumbre de los honores y del poder, gracias á la vergonzosa debilidad de Tiberio.

Cuando hemos sido dotados por la naturaleza de un carácter blando y fácil de doblegar, las contrariedades, la desgracia misma, no nos llegan á abatir jamás completamente: esperamos mejores días y nos resignamos á las amarguras del presente; pero cuando la altivez forma la base de nuestro carácter, cuando todo se ha doblegado á n nuestro paso y á nuestra voluntad, cuando hay en el alma más caudal de energía que de resignación, entonces nos parece que nuestro corazón se hace pedazos y que va á estallar, herido por los vaivenes de la suerte.

Tal le sucedía á la desgraciada Agripina: las cualidades distintivas de su carácter eran el valor

y la altivez; ¿pero de qué le servían, reducida como se hallaba á la más pasiva nulidad, á la más vergonzosa obediencia?

«No podía sufrir la igualdad» —dice Tácito— amaba la dominación y únicamente la atormentaban los cuidados propios de los hombres.

Sin embargo, en esta ocasión, la ternura de la mujer y de la madre fué la primera que despertó en aquella alma fuerte y varonil: su primer pensamiento fué correr al lado de sus hijos.

Entró, pues, en la habitación que ocupaban, y que se hallaba contigua á la suya; pero sólo vió allí reunidas y llorosas á sus cuatro hijas.

—¿Qué es esto, Drusila? exclamó dirigiéndose á la mayor, ¿dónde están Druso y Nerón?

Las cuatro criaturas se acercaron sollozando á su madre.

Se llamaban Drusila, Julia, Libila, y la menor Agripina, como su madre.

Esta era hermosísima y la que se hizo tan célebre por su ambición criminal y por haber sido la madre del emperador Nerón.

—¡Ay, madre mía! dijo Drusila, que era la interrogada: un centurión y muchos soldados se han llevado á Druso y á Nerón.

—¿Dónde...? ¿Cómo? exclamó la Princesa llena de agitación y sobresalto: ¡desgraciadas! ¿por qué no habéis gritado...? ¿Por qué no me habéis llamado?

—Madre, observó Julia: dijeron á Druso y á Nerón que los llamabas tú.

—¡Yo!

—Sí, y se fueron muy contentos.

—Pero yo, dijo la pequeña Agripina, les vi bajar la escalera y además oí un grito que dió Druso.

—Y yo, añadió una voz que salía de un rincón de la estancia, me asomé á la ventana y vi á ese señor gordo y calvo que estaba parado en el patio, y cuando bajaron mis hermanos dijo señalando á Nerón: «¡Este á la isla Poncia!»

El que hablaba era Calígula, el mayor de los hijos de Agripina y de Germánico, que se había escondido lleno de miedo.

Este niño, que apénas contaba doce años, inspiraba á su tío el Emperador una antipatía tan extraña como injustificable: era sin duda á causa de su altivez y de que jamás callaba lo que sentía; por eso le había excluído de la sucesión al trono, nombrando á sus dos hermanos menores, circunstancia á la cual debió Calígula el haber conservado su vida.

La noble franqueza de este príncipe, y las buenas prendas de su carácter, estaban sin embargo eclipsadas por dos grandes defectos.

Era el uno una crueldad refinada y tanto más notable, cuanto que su sinceridad natural no le permitía ocultarla; y el otro una cobardía indigna, cualidades opuestas y que parece imposible que se puedan unir.

Al oir los gemidos de Druso, se había escondido en el rincón más apartado de la estancia, á pesar de las burlas y reconvenciones de sus hermanas, que le afeaban semejante proceder.

Agripina, al oir la voz de su hijo, se volvió hácia él; pero era tal la angustia de su alma, que no pensó en reprenderle por su cobardía, como sin duda lo hubiera hecho en otra ocasión.

Entretanto Calígula, tranquilizado con la presencia de su madre, salió de su escondite y se acercó á ella con el semblante trastornado por una profunda pena.

—Madre, dijo; yo no sé qué irán hacer á Nerón y Druso; ellos lloraban y se quejaban amargamente.

—¿Por qué no fuiste á verlo? replicó Drusila, que ya tenía once años.

—¿Para qué me mataran?

—Para defenderlos.

—¿No ves que no tengo espada todavía?

—Yo, dijo Julia, si hubiera estado en tu lugar hubiera bajado y le habría quitado la suya á un centurión para defender á mis hermanos!

—¡Bien te dijimos que lo hicieras! añadió Libila. ¡Ah! ¡Eramos cinco aquí, y hemos dejado que nos quitaran á nuestros hermanos!

Y la pobre niña echó á llorar, porque era de todos los hijos de Germánico la que tenía el alma más tierna.

—¡Oh! dijo Agripina; ¡si hubiera estado aquí nuestra madre!

—¡Si hubiera yo estado aquí, exclamó la esposa de Germánico, antes me hubieran dado mil muertes que arrebatarme á mis hijos! Pero añadió, ¡quejándome no los liberto de la horrible suerte que se les destina!... ¡Qué hacer... dioses! ¡Qué hacer!... ¡Corramos á ver al Emperador!...

La Princesa salió y se dirigió á las habitaciones de Tiberio.

Un centurión le cerró el paso cruzando su lanza delante de la puerta con tan poco respeto, que en otra ocasión, la ira hubiera inflamado el semblante de la Princesa.

Pero entonces estaba su ánimo preocupado con tan honda desesperación, que no reparó en ello; únicamente vió un obstáculos material, y gritó:

—¡Paso! ¡Quiero ver al Emperador!

—No está aquí, respondió el guardián.

—¿Pues dónde está?

—Ha salido esta noche para la isla de Cáprea.

—¿Y Seyano?

—Acaba de salir custodiando él mismo al príncipe Nerón.

—¡A mi hijo!

—¡Sí, Agripina...! ¡A tu hijo!

Y el rudo soldado secó con el dorso de su mano una lágrima que, despedida de sus ojos, rodaba por sus mejillas.

—Oye, le dijo la Princesa, que vió aquella muestra de conmiseración; necesito que me digas lo que sepas, y no me negarás este consuelo, ¿no es verdad? ¿Dónde se han llevado á mi hijo?

—A la isla Poncia.

—¿Sabes algo de la suerte de Druso? ¿Por qué me lo han quitado también?

—Druso se halla en el palacio.

—¡En el palacio!

—Sí, le han encerrado en un pequeño aposento que da sobre el Tíber.

—¿Hacia el ala izquierda?

—Sí.

—¡Los dioses te premien! exclamó Agripina, estrechando la callosa mano del soldado; y en seguida echó á correr hacia el lado que le había indicado.

—¡Druso! gritó con angustia: ¡Druso, hijo mío! ¿No me oyes?

—¡Madre! respondió una dulce voz: ¡Estoy aquí! ¡ábreme!

—¡Oh desesperación! gritó la desventurada Princesa: ¡Hijo mío! ¡no puedo librarte de tus enemigos!

Y Agripina, vencida por su atroz aflicción, á pesar de su valor se dejó caer de rodillas á la puerta del encierro de su hijo, y se golpeó la cabeza contra aquellas paredes inflexibles.

—¡Madre mía! dijo la voz de Druso: ¡Este cuar-

to es muy pequeño! ¡Sólo hay en él una cama muy pobre! !Y además por la ventana abierta entra tanto sol que llena el cuarto y no sé dónde ponerme, porque me abraso!

—¡Cierra la ventana, hijo mío!

—¡Madre, imposible! ¡No tiene maderas, ni siquiera tapiz! ¡Ábreme, madre, ábreme... aquí me abraso!

—¡Oh Germánico! murmuró Agripina: ¡por qué no alcanzas de los dioses algún alivió á tanto dolor!

Agripina no pudo proseguir: otra dulce voz pronunció á su espalda:

¡Madre! ¡madre!

Levantóse la hija de los Césares, y vió venir á su hijo y á sus cuatro hijas entre una larga fila de soldados.

Al verla, las pobres criaturas corrieron hacia ella y se asieron á sus ropas.

—Madre, dijo Drusila: dicen estos hombres que van á sacarnos de Roma y que tú vendrás también con nosotras: ¿es eso verdad?

—¡No! respondió la Princesa; ¡no quiero separarme de mi desventurado hijo!... ¡Aquí permaneceremos todos hasta que vuelva el Emperador y oiga mis ruegos!

—¡Hola, ya piensas en rogar! dijo irónicamente el centurión que conducía á los soldados: ¿qué ha sido de tu orgullo?

—¡Y qué madre conserva su orgullo delante de un hijo que sufre! exclamó la Princesa: ¡ah! ¡quien tal pregunta no es padre!

—Lo malo es, prosiguió el centurión, que el ruego llega tarde; el Emperador estará fuera de Roma algunos meses, y tú, Agripina, tienes que abandonar la ciudad ahora mismo con tus hijos.

—¿Con todos?

—Con los que ves aquí.

—¡Jamás! respondió la Princesa con decisión; ¡jamás abandonaré á mi hijo encerrado aquí, condenado quizá á morir! ¡No, no! ¡Cuando yo era niña, el Emperador me amaba! ¡Decía que yo me asemejaba á su esposa Agripina, cuyo nombre llevo! ¡A la esposa que tenía antes de casarse con mi madre...! ¡Ah! ¡qué dichosa era yo entonces...! ¡Cómo dominaba todos los corazones, y cómo hubiera dominado todos los destinos si hubiera sido ambiciosa!

—El tiempo perdido no vuelve, señora, observó sardónicamente el centurión, y tú debías haber aprovechado aquel tiempo feliz.

—¡Dejadme! interrumpió Agripina; ¡quiero ver al Emperador...! ¡lo quiero...! ¡lo exijo...!

—No está en Roma; ya te lo hemos dicho; salió la pasada noche.

—¡Le esperaré! ¡iré á buscarle!

—Es tan imposible lo uno como lo otro.

—¿Por qué?

—Porque tenemos orden de llevarte hoy mismo á la isla Pandataria con tus cinco hijos aquí presentes.

La Princesa dobló la cabeza medio loca de dolor.

Después, una idea atravesó su mente como un rayo de luz.

—¡Mi madre...! exclamó; ¡ah ¡si estuviera aquí mi madre!

—Aquí estoy, dijo una voz severa cerca de Agripina.

Esta se volvió y vió venir á una mujer alta y que andaba lentamente arrastrando tras sí un largo ropaje.

Era la Emperatriz, aun hermosa é imponente.

Agripina corrió hacia ella y se dejó caer á sus pies.

—¡Madre! ¡madre! exclamó: ten compasión de mí! ¡Tú eres aquí la soberana, á pesar de la cruel infamia hacia ti del Emperador: compadécete de mí y de mis hijos!

—Agripina, respondió Julia con voz sorda: nada puedo ya hacer por ti.

—¿Nada? repitió desolada la Princesa.

—Nada: ayer me hizo Tiberio venir á Roma para que le oyese pronunciar en el Senado mi sentencia de divorcio.

—¡Dioses! gritó Agripina; ¿cómo he ignorado yo tu llegada y esa sentencia, madre mía?

—Porque tú, respondió con severidad Julia, has

ignorado lo que debías saber. ¡Porque tú has podido llegar á la cumbre del poder y no lo has querido! ¿Te acuerdas de lo que te dije dos días antes de tus bodas con Germánico? ¡No era ese el hombre á quien yo te hubiera dado, ni, á haberte casado con otro, vivirías hoy perseguida y pobre!

Y la altiva Emperatriz se alejó, dichas estas palabras, con paso majestuoso y lento.

Agripina la siguió con los ojos hasta que vino á distraerla el llanto doloroso de su hija más pequeña.

La pobre niña hacía ya muchas horas que no había tomado alimento alguno y sentía las angustias de su privación.

Agripina corrió á ella; pero al mismo tiempo un gemido de Druso le hizo volver á la puerta: las otras tres niñas, amedrentadas con el aspecto desesperado de su madre, empezaron á llorar también.

Agripina parecía haber perdido por completo la razón: iba hacia el grupo que formaban sus hijos y los abrazaba y los consalaba: volvía á la puerta y llamaba al pobre Druso, asegurándole que no se apartaría de allí: volvía de nuevo á los cinco afligidos y trataba de ocultarlos; y era tan horrible su angustia, que todos los soldados sentían, al verla, sus ojos llenos de lágrimas y no se atrevían á arrancarla de aquel sitio.

De repente, una figura pequeña y delicada, pero

que parecía gigantesca por la sombría majestad de su continente y de su semblante, se alzó en medio del grupo desolador de las cuatro niñas.

Era Calígula; Calígula, que parecía transformado y en cuyo rostro astuto y malicioso, brillaba entonces un rayo de la majestad de su abuelo Augusto y del magnánimo arrojo de su padre Germánico.

—Madre, dijo con acento sonoro; ¡tú necesitas hoy de un consejo, de un apoyo salvador! Recibe uno y otro de mí; aquí gime prisionero y encerrado un hijo tuyo... pero tú nada puedes hacer para salvarle; á mi lado, están tus cuatro hijas, libres aun, pero cuyas vidas cortará la crueldad de nuestros enemigos si tú no las amparas: deja que se pierda Druso, supuesto que no es posible evitarlo, y salva á mis hermanas... Procura también salvar á Nerón... ¡Este es tu deber, madre mía!

Agripina alzó la cabeza: aquella voz infantil, pero severa, llegaba hasta su alma, porque era un eco de la de Germánico; miró con respeto á su hijo, y dijo con voz firme esta sola palabra:

—¡Vamos!

Las cuatro niñas se asieron á sus manos y á su manto como agradecidas porque no las abandonaba; pero Agripina, después de tomada aquella decisión, volvió á clavar sus ojos con una angustia indescribible en la puerta de la prisión de Druso.

Calígula entonces desenvainó la espada del soldado más próximo á él, la cruzó sobre la puerta del

aposento en que se se hallaba Druso, y exclamó con voz tonante:

—¡Juro á los dioses, por esta espada romana, que si mueres, Druso, he de vengar tu muerte de un modo que espante al mundo entero!

Después de decir esto, el príncipe rodeó con su brazo el talle de su madre. Drusila acudió á sostenerla por el otro lado, y Agripina, después de fijar en la puerta fatal que le robaba su hijo una mirada llena de desesperación, se alejó lentamente rodeada de sus hijos y seguida de la numerosa escolta que el Emperador había enviado para custodiarla como prisionera de Estado.

XVI.

Aquella misma noche, una nave pequeña y tripulada por algunos remeros cruzaba el Tíber con lentitud.

La luna brillaba como soberana del cielo; las estrellas se velaban tímidamente como asombradas y temerosas de ostentar sus trémulos fulgores al lado de la magnífica luz del astro de la noche.

Aquella luz blanca y majestuosa hería las lanzas y los cascos de algunos soldados romanos que iban en la embarcación.

De cuando en cuando las aguas del Tíber oían

un suspiro desgarrador escapado del seno de una mujer, y un gemido nacido de unos labios infantiles.

En el sitio más retirado de la barca se hallaba sentada Agripina, y reclinados sobre su regazo, con las cabezas apoyadas en su seno y en sus hombros, estaban sus cinco hijos.

Las emociones, la fatiga, el dolor inmenso de la pérdida de sus dos hijos—pues por perdidos los contaba—habían encendido en las venas de la Princesa una violenta fiebre.

Las infelices criaturas nada habían comido desde por la mañana, y las débiles naturalezas de Libila y de Julia, pobres niñas delicadas y nacidas entre las comodidades de una estirpe real, se resentían del largo ayuno y de los sustos y aflicciones de aquel aciago día.

Al oir un prolongado sollozo de Libila, que se apoyaba desfallecida en el hombro de su madre, alzó ésta la cabeza y dijo á uno de los soldados:

—¡Dame, por el cielo, un poco de pan!

—No hay pan aquí, respondió brutalmente el centurión que mandaba la escolta, hombre duro y hechura de Seyano.

—¿No oyes quejarse á mi hija? preguntó Agripina.

—¡Sí la oigo! ¿Y qué?

—¡Que se queja de hambre...! ¡de hambre! ¡y es mi hija... la hija de Agripina y de Germánico...!

—Ya llegamos al fin de nuestro viaje y comerá

—¡Ah! exclamó desesperadamente la Princesa; ¡quieran los dioses descargar todas sus iras sobre la cabeza del infame Tiberio! ¡Y ojalá ese Senado miserable, esos viles esclavos que se llaman padres de la patria, perezcan al filo de la espada de mi hijo!

Estas palabras de Agripina terminaron por un ruido sordo y terrible.

El bárbaro centurión la hirió en el rostro con el cuento de su lanza, con tal furor que uno de los hermosos ojos negros de Agripina, de aquellos ojos llamados mil veces el *encanto de Roma*, de aquellos ojos en que se había mirado el heroico Germánico, saltó de su órbita (1).

Del pecho de Agripina salió un sonido inarticulado que hizo despertar á Calígula del letargo que le embargaba; no vió lo que habían hecho á su madre, pero vió que la habían herido. Rápido como el rayo, ágil como el tigre, saltó sobre el infame, le arrancó la espada y se la hundió en el pecho.

Aquella fué la primera sangre que vertió la mano de Calígula, quien, cuando subió al trono del verdugo de su familia, la derramó á torrentes, sin que jamás diese por vengados sus agravios.

Los soldados se arrojaron sobre él; pero aquel niño, tan cobarde, tan apocado poco antes, había sacado la espada del pecho de su enemigo y la

(1) Histórico.

blandió con la rapidez del rayo por encima de su cabeza, haciendo retroceder á toda la escolta.

—¡Cobardes! ¡viles sayones, más que los soldados de Roma! gritó furioso; ¡á vosotros, á vuestros hijos y á los hijos de vuestros hijos os ha de hacer el príncipe Calígula colgar por los pies! ¡No, no escaparéis á mi venganza, aunque para ello haya de esperar muchos años, y aunque el lograrlo me cueste la vida! ¡Quisiera que me dierais la muerte sólo porque la justicia de ese infame Emperador os quitase la vuestra! ¡Pero no! ¡es poco castigo el que murais como los demás hombres, y yo os he de dar por cada minuto cien tormentos...! ¡Sí...! ¡caeréis en mi poder... los dioses me lo dicen... lo veo escrito con estrellas allá arriba... en los cielos... y será!

La desesperación del príncipe, el exceso de su cólera era tal, que las palabras se agolpaban en su garganta sin hallar salida; su rostro se puso de color de púrpura y cayó casi sofocado con la cara contra el suelo de la barca.

Hubiera querido dar la muerte á todos aquellos soldados con solo una mirada suya; no pudiendo conseguirlo, la ira le privó del uso de sus sentidos.

Los soldados que, cuando vieron caer muerto al centurión, quisieron sujetar al joven matador, retrocedieron ante sus gritos de odio y de venganza, y quedaron depavoridos al verle postrado junto á su desventurada madre.

¡Una y otro se hallaban desmayados, muertos quizá!

¿Qué cuenta darían al Senado y al Emperador de los ilustres prisioneros?

Así pensaban los soldados llenos de terror apresurándose á socorrer á Calígula y á su madre; empero Drusila, la mayor de las princesas y que unía ya á las gracias de la infancia la reflexión y el pudor de la adolescencia, se interpuso entre los soldados y los cuerpos inanimados de su madre y de su hermano.

—¡Atrás, asesinos! dijo con fiero ademán y descubriendo en aquella actitud valerosa toda la heroicidad de las vírgenes romanas; ¡atrás! prosiguió; ni mis hermanas ni yo consentiremos que esas sacrílegas manos, que han osado derramar la sangre de los Césares, se empleen en socorrer á sus víctimas.

Y Drusila, al decir estas palabras, tomó el casco del centurión muerto á manos de Calígula, le llenó de agua, y roció con ella, ayudada de Libila y de Julia, las yertas facciones de su madre y de su hermano.

Después, y sin ser dueña de contener sus lágrimas, á pesar de su fortaleza, rompió su blanco velo de lino y vendó cuidadosamente la herida de su madre, que se desangraba.

Agripina volvió en sí entre los brazos de sus hijas y su primer cuidado fué buscar á Calígula con la vista.

En aquel instante acertó á pasar una barca cerca de la de los prisioneros; estaba tripulada por isleños que se dirigían con leche y frutas al mercado de Roma.

Púsose en pie Drusila y agitó un pedazo de su blanco velo.

—¡Ah! Buenas gentes, dijo: ¿me oís?

—¡Sí! respondió la gruesa voz de uno de los remeros.

—¿Me veis?

—Si; creo que sois una joven, según permite ver la escasa claridad del alba, que ahora empieza á despuntar.

—Soy, en efecto, una pobre joven que va con su madre enferma y sin socorro alguno: llevo además tres hermanitas que lloran de hambre: ¿no me daríais algo para socorrerlas?

—Niña, dijo una voz dulce de mujer: te daremos de lo que llevamos: frutas de Prócida y leche de nuestras ovejas.

—Y los dioses os lo premiarán, dijo Drusila elevando al cielo, que ya mostraba la blanca claridad de la aurora, una mirada de gratitud.

La barca de Prócida avanzó más rápidamente y los soldados no se atrevieron á privar á los desgraciados príncipes de aquellos socorros.

La isleña, que era compasiva porque era madre, alargó, al pasar, á Drusila un tosco jarro de madera lleno de leche, y á Julia, que se hallaba á su

lado, un cestillo colmado de sabrosas y hermosas frutas.

—Un día llegará, dijo la Princesa, en que estas desdichadas criaturas, á las que hoy favorecéis, os paguen este beneficio: han nacido bajo una estrella feliz que al presente nublan las sombras del crimen; pero la justicia de los dioses la hará brillar de nuevo. Id en paz y el cielo os colme de venturas.

La barca se alejó.

—¡Qué voz tan dulce tiene esa joven! dijo la buena mujer que había dado á la Princesa las frutas y la leche. ¡Me ha parecido, al oirla, escuchar el canto de la alondra que despierta!

Entretanto, Drusila había acercado la leche tibia y espumosa á los secos labios de su madre, que bebió maquinalmente.

—Hermana, dijo Libila acongojada: Calígula no vuelve en sí, por más que le estoy rociando la frente.

Agripina se levantó y, apoyada en sus hijas, se acercó al príncipe: la pobre madre ya no tenía más que un ojo para ver á los que tanto amaba: inclinóse, distinguió confusamente la púrpura que vestía el hermoso rostro de su hijo y conoció cuál era su dolencia.

Entonces llevó la mano á sus cabellos, buscando la flecha de oro que los sujetaba; pero aquella alhaja había pasado á ser despojo de los soldados.

Sacó la que sujetaba los negros rizos de Drusila, levantó la manga de la túnica de su hijo y abrió, con la punta de la aguja, una herida de la que brotó al instante la sangre.

Algunos momentos después abrió el príncipe los ojos.

—¡Madre! fué su primera palabra.

—¡Aquí estoy, hijo mío! respondió Agripina; ¡vive para mí y para estas pobres niñas!

—Sí, viviré para vosotras y para la venganza, dijo Calígula.

Entretanto, Julia y Libila habían comido algunas frutas y dado un poco de leche á la pequeña Agripina, que acalló su llanto continuo y desconsolador.

Ya doraba el sol las cumbres de las colinas de Roma, cuando los desterrados llegaron al lugar de su destino. . . . . .

. . . . . .

Tres días después, un espectáculo horrible tenía lugar en el estrecho aposento en donde habían encerrado á Druso, uno de los herederos de la corona por la voluntad de Tiberio.

Este desgraciado niño había oído alejarse á su madre y á sus hermanos con los soldados, y había quedado expuesto á los abrasadores rayos del sol y sin esperar ningún socorro: lloró y lanzó gritos en tanto que para ello tuvo resistencia, siempre pensando en que fuesen á sacarle de aquella prisión que se admiraba de ocupar.

Preguntábase el inocente cuál podía ser su culpa y nada sabía responderse, porque de nada podía acusarse: así, pues, esperó que su castigo terminaría; pero esperó en vano un día y parte de otro.

Entretanto, empezaban á atormentarle las angustias del hambre y pidió á gritos algún alimento; pero nadie acudió á sus gemidos.

El sueño puso algun término á sus tormentos; pero el sueño, cuando acosan los rigores del hambre, es de corta duración.

Al tercer día de estar encerrado, el desventurado niño, el hijo de Germánico y Agripina rompió, haciendo mil esfuerzos, uno de los colchones de su lecho, y comió algunos vellones de lana con ansia devoradora (1).

Seis horas después espiró entre los más agudos tormentos.

Pasaron dos meses más, y otro suceso análogo tenía lugar en un estrecho aposento de una casilla situada en la isla Poncia.

Aquella estancia abovedada tenía más traza de calabozo que de habitación de personas libres, y sin embargo, su único habitador era un pobre niño flaco, extenuado y que apenas contaría ocho años de edad.

---

(1) Histórico.

Era Nerón, el hijo de Agripina y hermano del desgraciado niño Druso, que acababa de morir.

Los verdugos de aquella familia habían sido quizá más despiadados con Nerón que con su inocente hermano, pues le daban algún alimento, si bien muy escaso, para sostener su desdichada existencia.

Nerón era más fuerte que su hermano; era un niño alto, gallardo, hermoso, de condición noble y generosa, y en él cifraba el pueblo romano grandes y fundadas esperanzas cuando vivía en el palacio imperial; muchos criminales fueron perdonados á ruegos de aquel príncipe, y cuyo nombre había de ser poco después tan funesto llevándole su sobrino é hijo de su hermana Agripina. A la sazón, el hermoso niño ya no era la sombra de sí mismo.

Flaco, consumido por la miseria, entumido por la humedad del calabozo, situado casi al nivel del mar, un soplo parecía bastante á apagar aquella frágil vida.

En vano había llamado durante muchas noches á su madre y á sus hermanos; en vano había suplicado que le llevasen á su tío el Emperador; todos sus ruegos eran acogidos con bárbara sonrisa por sus feroces guardianes, hechuras de Seyano, é imposibilitados, por otra parte, de acceder á los deseos del príncipe.

Una noche dormitaba Nerón con su sueño febril y fatigoso; sus vestidos, antes lujosos, estaban des-

trozados y sucios; dormía, y durmiendo lloraba copiosamente.

Un rumor extraordinario le despertó: abrió los ojos, se sentó en su lecho y vió, á la luz de dos hachas de resina que llevaban dos soldados, á otro hombre vestido con un saco de lana y de una estatura casi hercúlea.

Traía en la mano garfios, cuerdas y otros instrumentos de tortura.

Acercóse al lecho y dijo á Nerón:

—Vas á decir adónde ocultaba tu madre sus tesoros.

—¿Cómo os lo puedo yo decir, respondió temblando el desgraciado niño, si no sé lo que mi madre poseía?

—Poseía muchas riquezas, aumentadas con las que debía tener de Germánico.

—Nada sé de todo eso.

No bien Nerón hubo dado esta respuesta, el ejecutor empezó á preparar las cuerdas.

—¿Qué vais á hacer? exclamó Nerón con voz ahogada; ¿cómo he de deciros lo que jamás he sabido?

—El tormento te avivará la memoria.

— No lo he olvidado; ¡es que lo ignoro!

—El tormento te lo enseñará quizá.

Y el verdugo ató fuertemente al lecho aquel cuerpo débil y frágil que sacudía una terrible convulsión.

—¿Hablas? dijo después que le tuvo sujeto bárbaramente.

Sólo le respondió un silencio profundo.

El ejecutor descubrió el inocente pecho del príncipe y hundió en él un garfio de hierro.

La sangre salió, pero el niño permaneció silencioso é inmóvil.

Inclinóse entonces sobre él y vió que estaba muerto.

El espanto, el terror habían acabado la obra empezada por el hambre y el frío.

¿Era cierto que el infame Seyano quería apoderarse de los tesoros que se le suponían á Germánico, fruto de los despojos de la guerra y de sus propias riquezas, y que tal vez á causa de su mucha generosidad no poseía?

¿O era que buscó aquel vil pretexto para desembarazarse del augusto niño que para su afán tardaba demasiado en morir?

Tal vez eran ambas cosas, porque de todo era capaz aquel hombre astuto y cruel.

Ya había pasado un mes desde la muerte de sus sobrinos, cuando la supo el Emperador, y aun entonces se le dijo que habían muerto de muerte natural.

XVII.

Una mañana en que el hermoso sol de Italia doraba el Tíber y alegraba la campiña con sus rayos de oro, se hallaban reunidos Agripina y sus hijos en la habitación que todos ocupaban.

Era un aposento desmantelado, pero que no podía ser triste porque la alegría que brota de un hermoso y puro cielo se comunica á todo; se habían formado con viejos tapices una especie de aposentillo para Agripina, otro para Calígula y otro para sus hijas.

La madre de aquella familia desventurada estaba pálida, flaca, envejecida, pero ni aun por estas razones, ni por falta del ojo derecho que había perdido por la brutalidad del soldado que la había conducido con sus hijos al destierro, había podido dejar de ser hermosa.

Se hallaba sentada tristemente en un escaño de cedro; desde la muerte de sus dos hijos, que habían tenido el bárbaro cuidado de noticiarle, no hablaba apenas, ni se reía, ni podía desechar la sombra negra que invadía su alma, como un inmenso y funerario velo.

Ya eran pasados cuatro años de su destierro.

Calígula contaba 16 años; 15 Drusila, que era

un prodigio de belleza; 14 Julia, que era aun más hermosa, y 13 Libila. Agripina acababa de cumplir 12.

Las tres primeras jóvenes tejían túnicas de lana y la última ensartaba algunas perlas.

Calígula se paseaba por la estancia como un joven trigre enjaulado, y de vez en cuando arrojaba á la campiña, á través de la ventana abierta, una mirada ávida y casi feroz.

—¡Qué triste estoy! ¡que deseos tengo de llorar! dijo de repente Libila.

—¿Pues qué te sucede? preguntó Julia.

—¡No lo sé! Me pesa el corazon; ¡alguna desgracia nos amenaza!

—¡Qué más desgracias nos ha de envíar el cielo! murmuró Drusila sin poder reprimir su llanto; ¡ved á nuestra madre! ¡ved á nuestro hermano! Aquella más desolada que nunca; éste más colérico y violento.

—Yo no sé, Drusila, por qué no te has casado ya, dijo Julia; ha pedido tu mano Galerio y nuestra madre se la ha concedido.

—¡Dejaros! exclamó la joven; ¡jamás, en tanto que mi compañía os pueda consolar!

—Ved, dijo Calígula deteniéndose delante de sus hermanas y mostrándoles una tablilla cubierta de cera y en la que había grabados algunos caracteres; hoy me han dirigido esta otra demanda de casamiento; Cornelio Decio me pide la mano de Julia.

—¡A mucho se atreve! dijo Agripina con acento amargo; ¿y qué has contestado?

—Que la sangre de Augusto sólo se enlaza con sangre soberana.

—Y sin embargo, hijo mío, temo que estas niñas se mueran aquí como flores sin luz y sin sol.

—Morirán, madre mía, como hijas de Germánico, lo que es más digno que vivir esposas de los vasallos de su abuelo y de su padre.

En aquel instante se oyó ruido de caballos, y muchos soldados se detuvieron á las puertas de la casa que servía de prisión á la familia de Germánico.

A caballo venían también seis patricios, lo que probaba que aquello era una comisión del Senado y del Emperador.

Desmontaron los soldados, y los patricios subieron, seguidos de parte de la escolta, á la habitación de Agripina y de sus hijos.

Las cuatro jovenes se pusieron á temblar, pues las desgracias habían agotado toda su fortaleza y hasta la de Agripina, que temía por los hijos que le quedaban con vida.

Entraron los senadores, y uno de ellos se adelantó y habló así:

—Ilustre Agripina; en nombre del emperador Tiberio y del Senado, venimos encargados de llevar á la corte á tu hijo el príncipe Calígula y á tus hijas las princesas Drusila, Julia, Libila y Agri-

pina para las que el Emperador tiene ya preparados cuatro enlaces tan brillantes como á su alta jerarquía conviene.

Una palidez mortal invadió el semblante de Agripina, y un temblor convulso agitó todo su cuerpo; pero al mismo tiempo un rayo de santa alegría penetró en su alma.

¡Sus hijos volvían á la vida, á la fortuna y á la libertad!

¡Salían del destierro, é iban por fin á ser dichosos!

Mientras ella se hacía estas reflexiones, Calígula fué el que respondió á los embajadores de esta suerte:

—Os llevaréis á las princesas, porque ni mi madre ni yo queremos oponernos á que mejoren de suerte: no estando llamadas al trono, no es de creer que cebéis en ellas vuestro odio, y antes bien os conviene perpetuar nuestra familia; mas decid al Emperador y al Senado que yo no quiero abandonar á mi madre, y que si antes suspiraba por los combates, ahora, que se lleva á las hijas de Agripina, mi sitio se halla á su lado.

—¡No queremos tampoco dejar á nuestra madre! dijo Drusila abrazando á Agripina: sus hermanas la imitaron.

—Llevad esta respuesta al Emperador, dijo Calígula señalando al grupo, y salid al instante de nuestra presencia.

Al día siguiente, Agripina dijo á las dos únicas esclavas que la servían, que quería comer más temprano que sus hijos, y en tanto que éstos paseaban por el mezquino jardincillo de la casa.

En efecto, le sirvieron sola la comida; pero, en vez de comerla, como de costumbre, Agripina fué arrojando el contenido de los escasos platos que la componían, por la ventana, á las aguas del Tíber, que corrían con incesante rumor.

Mientras sus hijos comían, la Princesa, para no ceder á la tentación de tomar alguna cosa, asediada por la necesidad, se fué á su vez á vagar por el jardín.

Decíase que ella era el obstáculo para que luciese una nueva aurora de ventura para sus hijos.

Seyano había muerto, y ya su desgraciada familia podría disfrutar de las preeminencias que de derecho se le debían.

Decidióse, pues, á morir con la misma valerosa constancia que toda su vida había sido el distintivo de su carácter.

Acostóse por la noche antes de la hora en que todos solían tomar en familia una corta colación diciendo á sus hijos que la había tomado sola; y éstos, creyendo que la desesperación de su madre había adquirido otra nueva faz, y que deseaba la soledad, no se atrevieron á contrariarla.

Al día siguiente, Agripina estaba mucho más pálida que de costumbre y su voz era débil y quebran-

tada; acarició á sus hijos y les participo que, en lo sucesivo, durante al menos algún tiempo, comería siempre sola.

Las pobres criaturas la adoraban, la profesaban un respeto profundo, y aunque se quejaron de verse privadas de su presencia, acataron su voluntad, según lo hacían siempre.

La Princesa siguió arrojando al Tíber todos los alimentos que le preparaban.

Al cuarto día, una de las esclavas que la servían la halló exánime en su lecho.

Se había dejado morir de hambre, y había sido heroica hasta el punto de escoger este género de muerte.

El puñal ó el veneno hubieran aterrorizado á sus hijos con sus estragos, y ella quería evitarles el mayor dolor posible.

El príncipe y las princesas, llamados por sus servidores, corrieron á la estancia de Agripina.

Esta apenas respiraba ya.

—¡Un médico! gritó Calígula: ¡corred á Roma y traed á Eudemo, que es el del Emperador!

—Es inútil, hijo mío, murmuró la Princesa con voz débil: dentro de algunos instantes habré visto ya á vuestro padre, ¡dicha suprema que tanto he pedido á los dioses!... Caligula... hijas mías... acercaos aquí... para que yo os vea, y para que podáis escuchar las últimas palabras de vuestra madre...

Acercáronse los príncipes: por todas aquellas

frescas y juveniles mejillas corrían abundantes lágrimas de angustia y desesperación.

—Hijos míos, prosiguió Agripina: mi muerte os libertará de vuestros enemigos: yo era temida en la corte: vosotros sois, muerto Seyano, los jovenes astros... en torno de los cuales girarán todas las ambiciones: Calígula, los dioses te reservan—estoy segura de ello—el más brillante porvenir: Drusila, Julia, los que han solicitado vuestra mano se han atrevido á esta demanda, de cuya concesión son indignos... porque vejetabais en el destierro: más así que lleguéis á la corte, los cónsules, los jovenes patricios, los mismos triunviros, se agolparán en torno de vosotras... ¡No lloréis, pues, mi muerte, hijas mías... y en vez de regar mi memoria con lágrimas inútiles, reverenciadla haciendo cuanto bien podáis, siendo justas, modestas y generosas!

Calló Agripina, y sus hijas, no pudiendo reprimir el exceso de su dolor, se dejaron caer arrodilladas al lado de su lecho: ignoraban que su madre moría por ellas, y, sin embargo, su aflicción era inmensa.

En cuanto á Calígula, se apoyaba mudo y sombrío en el lecho de su madre y oía cada uno de sus acentos como si hubiera querido grabarlos para siempre en el fondo de su alma.

—No trataré de disuadirte a ti ¡oh hijo mío! de tus proyectos de venganza, continuó la moribunda Agripina: la muerte alevosa de tu padre, mis penas,

el destierro, la pobreza, las violencias ejercidas con toda tu familia y contigo mismo, bien merecen un castigo ejemplar: ¡pero cuida, hijo mío, de que la sangre que viertas sea culpable, y de que no caiga algún día sobre tu cabeza: si te sientes inclinado a la piedad, piensa que yo seré más dichosa allá arriba al verte compasivo, que al verte ejerciendo la justicia, y que es más noble y más feliz el que perdona que el que castiga...!

Apagóse aquí del todo la voz de Agripina, y un instante después, el médico Eudemo, mandado á buscar por Calígula, entró en la habitrción.

Examinó á la Princesa y dejó escapar un grito.

—¿Qué es eso? preguntó Calígula: ¿qué síntoma fatal has encontrado? ¿Acaso la mata el tósigo como á mi padre?

—¡No! respondió el médico: ¡se muere de hambre!

—¡De hambre! repitieron los cinco hermanos con voz sorda.

—¡Sí, príncipes! ¡vuestra madre se ha dado la muerte del modo más lento y más cruel!

—¿No os lo he dicho? murmuró Agripina con una dulce sonrisa: ¡mi muerte terminará los odios que os persiguen... El Emperador os llama á su lado... Es lo último que yo podía hacer por vosotros... hijos míos!

—¡Oh madre mía! exclamó Calígula: ¡no sabes en el abismo de males en que me has precipitado,

al tomar esta desesperada resolución: tus últimas palabras habían derramado en mi alma un rayo de luz... sólo me resistía á perdonar el asesinato de mi padre...; y quién sabe si el tiempo y la reflexión me hubieran hecho al fin ser misericordioso! ¡En cuanto á mi desgraciada suerte, á mi destierro, al de mis hermanas, hasta á la muerte de mis inocentes hermanos, tal vez los hubiera olvidado... ó perdonado al menos... pero la tuya... ¡oh! ¡esa jamás!...

—Oye: prosiguió, volviéndose al médico con el semblante trastornado; puesto que aquí ya no tienes nada que hacer, puesto que tu miserable ciencia es inútil para conservar la gloriosa vida de Agripina, vuelve á Roma y di á los tiranos, grita en las calles, en las plazas, en el Senado, en el palacio mismo del César, grita que el príncipe Calígula te sigue de cerca... que quiere subir al trono... y subirá... y, ¡ay entonces de los perseguidores, de los asesinos de los míos! ¡Ay de Roma entera!... ¡He de levantar un vapor de sangre que enturbie las aguas del Tíber... que cubra hasta el azul abrillantado de su cielo!

Era tan terrible el aspecto del príncipe, había tanta verdad en su acento, que Eudemo comprendió que todas aquellas palabras no eran amenazas vanas, y que llegaban para el Imperio días de sangre, de llamas y de horror.

Calígula, único príncipe joven de la familia im-

perial, debía llegar al solio muy pronto y sus venganzas debían ser aterradoras.

Yerto de espanto, abandonó la estancia mortuoria y se volvió sin dilación á Roma.

Agripina no oyó las terribles palabras de su hijo: una sonrisa inefable vagaba por sus labios, en tanto que fijaba en el cielo su mirada.

Diríase que veía en las celestes regiones la sombra augusta de Germánico, que la llamaba á su lado.

Sus hijos se arrodillaron en torno del lecho.

Un instante después, Agripina extendió sus manos sobre aquellas adoradas cabezas y dejó escapar un dulce suspiro en el que iba envuelto el nombre de Germánico.

—¡Ya no tenemos madre! gritó Calígula con voz sorda, é inclinó sobre la mano de Agripina su abrasada frente, permaneciendo así durante un largo espacio.

¿Qué prometia á su heroica y desventurada madre durante aquellos instantes supremos?

Sin duda reiteraba el juramento de una atroz venganza y de un odio inextinguible.

Pasado algún tiempo, se levantó: extendió su brazo hacia donde se divisaban las colinas que sostienen la ciudad reina del mundo, y exclamó:

—¡Hermanas! ¡ahora á Roma! ¡Para cada una de vosotras quiero tanta grandeza como miseria y penas habéis padecido; para mí... el trono imperial y la venganza!

El cadáver de Agripina fué quemado aquella noche, y en los funerales de la ilustre viuda de Germánico no hubo más asistentes que sus cinco hijos y sus esclavos servidores.

Recogiéronse las cenizas en una urna de oro que el Emperador, deseoso ya de conquistarse la gratitud de Calígula, había enviado á buscar con una escolta y una magnífica nave, que debía conducir á los príncipes á Roma.

Los cinco huérfanos recogieron las cenizas de su madre: cerradas ya en la urna, el jefe de la escolta quiso hacerse cargo de ella alegando que estas eran las órdenes del Emperador.

—¡Apartad! exclamó Calígula; ¡y sabed que estos restos preciososos no se separarán de mí hasta el día en que los coloque por mi propia mano en el sepulcro de Augusto, donde ya descansan los de mi padre! Ahora... ¡paso á los hijos de Germánico y de Agripina! ¡Enemigos del Estado, no quieren deberle nada! ¡Devolved su nave al Emperador y decidle que los príncipes, á quienes tanto ha perseguido, no aceptan nada de él!

Esto diciendo, Calígula, llevando por sí mismo las cenizas de su madre, salió del círculo que se había formado en torno suyo, y se dirigió con sus hermanas á la playa, donde todos saltaron á una barca pescadora.

Era la misma que los había socorrido la noche en que partían al destierro.

XVIII.

Al mismo tiempo que el cobarde y vil Tiberio procuraba captarse en lo posible la voluntad del fuerte y soberbio Calígula, cuyo rencor temía, el odio que alimentaba hacia Germánico y su esposa no pudo calmarse ni aun con la muerte de éstos, y quiso ultrajar la memoria de la desgraciada Agripina, tan pura siempre y tan heroica.

No se atrevió á ofrecer á los príncipes por residencia su propio palacio, que de derecho les pertenecía ocupar, y les hizo preparar otra suntuosa morada con una crecida servidumbre, poniendo á disposición de las jovenes princesas grandes sumas de dinero.

Al mismo tiempo que daba á los príncipes estas ostensibles muestras de aprecio, escribía al Senado una carta, noticiándole la muerte de Agripina en los términos más ultrajantes para la memoria de aquella desgraciada princesa.

La carta decía, entre otras cosas, *que Agripina se había suicidado en un acceso de desesperación por haber perdido á Galo, su amante, el cual acababa de morir en la prisión.*

Es preciso advertir que este Galo era un anciano venerable á quien se había privado de la liber-

tad sin otro motivo que el de ser ardiente partidario de Germánico y de su familia, y el de haber acusado públicamente de su muerte al Emperador; y éste, no sabiendo en qué fundar sus acusaciones respecto á Agripina, se acogió á tan frívolo pretexto. Continuaba en la carta alabándose *de clemente por no haber hecho ahogar á aquella rebelde princesa, como por sus desmanes lo tenía bien merecido;* y, en fin, se lamentaba *de todos los disgustos y sinsabores que Germánico y su esposa le habían hecho sufrir, esperando alguna recompensa en sus penas de sus ilustres hijos, que no podían menos de reconocer sus bondades y los proyectos de engrandecimiento que acerca de ellos tenía para lo sucesivo.*

Tiberio escribió esta carta para llenar la formalidad acostumbrada en semejantes casos; pero su estilo hipócrita no engañó á nadie, y los mismos senadores se rieron de las alabanzas que á sí mismo se daba el falso y criminal emperador.

Sin embargo, el Senado, que había caído en el último extremo de degradación, le concedió un voto de gracias por *su inagotable clemencia.*

Más adelante hallaremos en otras leyendas á las hijas de Agripina, si no á todas, al menos á Julia, famosa por su belleza y sus excesos, y á la menor, que, como ya sabéis, lectoras mías, lleva el mismo nombre de su madre, nombre muy usual entre los príncipes de aquel tiempo.

He terminado la historia de la noble, virtuosa y

desgraciada nieta de Augusto; ardua tarea sin duda y más propia de una pluma muy experimentada que de la mía, porque Roma era entonces tan grande por sus virtudes, por sus hechos de armas y hasta por sus crímenes, que las páginas de su historia necesitan de una mirada perspicaz y sabia para ser recorridas. Yo me propuse solamente reseñar las grandes virtudes de la madre de Calígula, virtudes naturales en aquella época, y que en la nuestra parecerían acaso impropias de una mujer; pero en todas las épocas de la vida son dignas de la admiración más cumplida las altas prendas de nuestra heroina, su pureza, su fidelidad y ternura como esposa, y su heroico amor de madre, que le aconsejó sacrificar su vida en bien de sus hijos, y del modo que la vista de su agonía les hiciese sufrir menos, siendo grande y sublime hasta en el género de muerte que eligió.

Si su altivez, por ser demasiada, fué en alguna ocasión digna de censura, fuerza es confesar que este débil defecto estaba compensado con las más hermosas cualidades, y que pocas mujeres en el mundo han sido más dignas de admiración y de lástima que esta ilustre princesa, honor de su siglo.

La historia guarda su nombre escrito en letras de oro, como modelo de heroismo, de valor, de abnegación, de amor patrio, conyugal y materno, y de todas las brillantes virtudes, en fin, que elevan el alma y enaltecen á nuestro sexo.

BLANCA CAPELO

REINA DE CHIPRE Y GRAN DUQUESA DE TOSCANA.

I.

Las ocho de la noche daban en el reloj de San Marcos de Venecia; la atmósfera estaba despejada y el aire puro y embalsamado; alumbraba la luna que iba á quebrar sus rayos en las aguas del gran canal, y las estrellas, como la corte de la soberana del cielo, la rodeaban tímidamente, brillando á lo lejos con suave fulgor.

En las aguas del canal cruzaban las góndolas de las gentes que, ya deseosas de aspirar el aire embalsamado de aquella bella noche, ya acudiendo á sus negocios, hablaban alegremente de una á otra barca.

Los *bravos* se paseaban envueltos en sus capas rojas, y estrechando en la mano sus afilados puñales, esperando que algún esposo celoso y ofendido les pagase la muerte de su enemigo.

Corría el año de 1568: el canal, alumbrado con farolillos de colores, bañaba los muros de los ele-

gantes y ligeros palacios de calada piedra que da á aquel sitio tan delicioso aspecto, y á la ciudad el nombre de *encantada* ó *encantadora*.

Muchas tapadas con velos de encaje se veían cruzar por las azuladas aguas en ligeras barquillas, acompañadas de galantes caballeros.

En un suntuoso palacio, cuya puerta, abierta de par en par, dejaba escapar raudales de luz, había gran baile de máscaras; era el palacio de un elevado personaje: de Victorio Capelo, que vivía solo con su hermana Blanca, joven de una hermosura que era proverbial en toda Venecia, y que sólo contaba 16 años de edad.

Victorio tenía 25, y la amaba con ternura: pero era de un carácter díscolo y dominante, al que la joven temía y con razón.

Contábase que Victorio había tenido una mujer muy bella; pero que, habiéndola encontrado una noche con su amante, los traspasó á los dos con su espada.

Habiendo muerto su padre, noble y rico patricio, Victorio se hizo cargo de su hermana Blanca, á la que cuidaba y amaba con ternura.

Desde que la joven cumplió 15 años, muchos nobles caballeros habían solicitado su mano; pero ella no había querido casarse porque en sus paseos, en la iglesia y en todas partes, veía á un joven y gallardo mancebo que la seguía como á su sombra.

El aya de Blanca no había reparado en semejan-

te espionaje; era una mujer buena y cándida, que la quería como si hubiera sido su hija.

La joven no había visto jamás una persona que se pudiera comparar á aquel hombre en atractivos personales.

Alta la estatura y gallarda; negros los ojos y la barba; esbelto el talle; gracioso el continente, era capaz de volver loca á cualquiera mujer, aunque esta fuese mucho más experta y menos sensible que Blanca.

Victorio nada sabía de aquella afición naciente: celebraba que su hermana no se quisiera casar, pues así estaba más alegre con su compañía, á la que se había acostumbrado como nos acostumbramos á todo lo que nos es grato y dulce en la vida.

Hasta entonces le había parecido Blanca tan niña, que no había querido dar fiestas en su casa, temeroso de que no pudiese hacer los honores; pero habiendo llegado el día del cumpleaños de la misma Blanca, se determinó á dar un baile de máscaras, fiesta muy en boga desde muchos años antes en la voluptuosa Italia.

Victorio convidó á sus amigos, entre los que se contaban los más ricos patricios de Venecia, los que acudieron con sus esposas y hermanas.

Los grandes salones del palacio Capelo estaban deslumbradores de luces, flores y joyas; una guirnalda de hermosas mujeres se extendía por todas partes; la brillante orquesta dejaba oir sus alegres

y melodiosos ecos, y multitud de máscaras bailaban en los salones, en tanto que otras bajaban á respirar el aire de los jardines.

En el balcón de una de las salas, y apoyada en la barandilla de enrejada piedra que daba sobre el gran canal, se hallaba Blanca, acompañada de una de sus amigas, la joven Lucrecia Piombo.

Las dos jovenes ofrecían el más completo contraste; Blanca, alta y de formas esbeltas, era rubia y blanca como el lirio del valle: sus ojos azules eran grandes y rasgados; su boca pequeña se parecía al capullo de una rosa; tenía el cuello algo largo como el de los cisnes y, como el de estas aves, dotado de una gracia exquisita.

Llevaba un vestido de raso azul bordado de plata, con mangas bordadas y largo velo de tul blanco.

Algunas rosas blancas, mezcladas con sartas de perlas, componían el tocado que adornaba su cabellera hecha largos bucles.

Lucrecia Piombo era morena, rosada y mucho más pequeña de estatura que Blanca; sus cabellos negros estaban recogidos con cintas de oro fino; sus manos cubiertas de ricas sortijas; su traje era color de rosa, y su velo y sus mangas de blonda como las de Blanca.

Era hija de una viuda riquísima y jóven aun, que tenía puestas en Lucrecia todas sus esperanzas, pues era su única compañía y la sola hija que había tenido.

II.

—¿Pero no le ves? preguntaba Lucrecia á su amiga: ¿no le ves allí parado?

—No, respondió Blanca, que hubo de asirse á la barandilla del balcón, porque la emoción la hacia temblar; no veo nada.

—¡Allí, bajo aquel pilar del puente!

—No veo nada, repitió Blanca.

—¡Pues yo sí! es él: el Señor Pedro Salviati Bonaventuri: me han dicho cómo se llama.

—¿Quién?

—Mi madre: le conoce muy bien.

—¿Tu madre te ha dicho que aquel joven es de los Salviatis?

—Sí: de los ricos Salviatis, que tienen casa de comercio en la gran plaza, es decir, que la tienen sus criados, pues ellos jamás se dejan ver del público.

—¿Estás segura de eso?

—¡Sí! ¿pero no decías que no le veías?

Blanca calló durante algunos instantes: luégo procuró hacer un esfuerzo sobre sí misma, y respondió á su amiga:

—¡Lucrecia, te engañaba, y quería engañarme á mí misma negándome que amo á ese joven!

—¿Y por qué?

—¡No sabía quién era, ni á nadie me atrevía á preguntarlo!

—¿Pero no ves su rico traje, su noble apostura?

—¡Sí! ¡pero eso no quiere decir que sea noble!

—¿Y será rico?

—No me importaría eso, ni á mi hermano tampoco; pero en cuanto á la clase elevada de su familia, en eso es incapaz de transigir.

—¿Pero tú le amas?

—¡Sí! ¡con toda mi alma!

—¿Hace mucho tiempo que le conoces?

—Poco más de un mes: le vi una mañana en la calle al ir á la iglesia: me siguió, y luégo no ha cesado de espiarme.

—¿Y lo sabe Victorio?

—¡No! nada le he dicho: él no hace tampoco otra cosa que seguirme, y no puedo adivinar sus intenciones.

—Pero entonces, amiga mía, ¿cómo le amas?

—Yo no sé: y ¿cuándo se sabe la razón de amar? ¡El corazón se inclina mas á una persona que á las otras sin que se sepa el por qué! ¡Le he hallado de bella é interesante figura, apasionado según me dicen sus ojos, comedido, segun su conducta; nada más sé; nada más te puedo decir!

Calló Blanca: su amiga iba á responder, pero Victorio lo impidió acercándose á las dos jóvenes.

Blanca iba á retirarse temerosa de alguna im-

prudencia del desconocido, ó de que su hermano se fijase en él.

Pero Victorio la detuvo y le dijo:

—No te vayas: quiero hablar á Lucrecia y delante de ti.

—¡Delante de mí! repitió Blanca.

—Sí: hace tiempo que lo deseo

Blanca volvió á apoyarse en la barandilla.

Victorio prosiguió así:

—Lucrecia, yo os amo hace tiempo; nada os he dicho aún porque sois una niña; nada he dicho tampoco á vuestra madre; pero temo que haya otro hombre más osado que yo y que me robe lo que miraría como mi mayor felicidad.

Lucrecia, ruborizada, bajó la cabeza y nada respondió.

—¿Amáis á algun otro? preguntó Victorio con voz trémula.

—No, señor Capelo, contestó Lucrecia.

—¿Y me amáis á mí?

—Tampoco ahora.

—¿Puedo tener esperanzas de que me améis algún día?

—Yo no os las puedo dar en este momento.

—¿Por qué?

—Porque nada siento hacia vos.

—¿Y hacia otro?

—Tampoco: hoy tengo el corazón completamente libre, y completamente feliz.

Victorio saludó, y se retiró del balcón con el semblante pálido y alterado.

Se conocía que hacía tiempo que amaba á Lucrecia, y que este amor no había aún salido de su alma.

Lucrecia quedó triste y pensativa.

—¿Por qué le has quitado todas las esperanzas? preguntó Blanca: mi hermano es el mejor de los hombres.

—Yo no le amo, respondió la niña.

—Permíteme que te haga una pregunta á mi vez.

—¿Cuál?

—La que él te hizo: ¿amas á otro?

—¡No! te respondo lo mismo que á él: no amo á nadie más que á mi madre y á ti... ¿pero y el galán que tanto te mira?

—Ha desaparecido.

En aquel instante cayó á los pies de las dos amigas una piedrecita á la que iba atado un papel muy pequeño.

Lucrecia se inclinó y lo levantó del suelo; lo desleió con cuidado y salió un billete, que abrió y leyó en voz bastante alta para que pudiese oirlo su amiga.

Decía así:

«Blanca, yo os amo: mi familia os desea para esposa mía, y no tengo por qué avergonzarme de mi linaje; he creído leer en vuestros ojos que me amáis también, ó al menos que no os soy del todo

indiferente; pero consentid en que yo lo oiga de vuestra bella boca; concededme una cita, que no será larga, os lo aseguro.

»Sólo quiero que nos pongamos de acuerdo respecto á lo que debemos hacer para vernos y hablarnos; si os parece, os veré en el jardín de vuestra casa, para lo cual os suplico me enviéis una llave, y escrita en un papel la hora en que podré veros.—PEDRO.»

—¡Es él!—exclamó Lucrecia: ¡Pedro! así se llama Bonaventuri; ¿ves cómo yo te decía la verdad?

—Yo no puedo darle la cita que me pide, repuso Blanca tristemente.

—¿Por qué?

—¿Qué se dirá de mí?

—Nadie debe saberlo; si no se la concedes, ¿de qué modo vas á saber quién es y cuáles son sus intenciones? Vamos, ten valor y no desmayes en un asunto en el que tal vez está comprometida la felicidad de tu vida entera.

Lucrecia, para no dar á su amiga lugar á una negativa, se separó de ella.

Blanca siguió toda la noche pensativa y preocupada.

Cuando los convidados salían ya de la fiesta, y ella se hallaba á la puerta del salón despidiéndolos, se le acercó un máscara envuelto en un dominó negro, y le dijo:

—¿Me dais la llave?

—¿Cuál? preguntó la joven maquinalmente.

—La del jardín.

—Iré por ella.

La joven dijo estas palabras sin saber que las decía; casi pudiera asegurarse que las pronunció por el deseo de retirarse de allí; pero ya dichas, conoció que no tenía más remedio que dar la llave.

Fué al sitio donde sabía que estaba, la tomó, y volvió con paso trémulo.

El máscara estaba allí de pie é inmóvil, y ella se la alargó.

—Algunos señores se quedarán aquí para cenar con sus esposas, dijo el máscara; así hay tiempo de que yo vaya, saque el dibujo y os la devuelva; esperadme sin perder de vista la puerta.

Dichas estas palabras, el máscara se alejó y la joven quedó ruborosa, trémula y agobiada casi con el peso de los remordimientos que deja una acción culpable.

III.

Blanca era ligera y coqueta mucho más que sensible: ansiaba homenajes, pero ningún hombre le merecía afecto.

Si el desconocido la había impresionado, había

sido por su belleza, sin que se detuviese al pensar si sería de buena y noble familia.

Sin embargo, al oir decir á Lucrecia que aquel joven era de los ricos y nobles Salviatis, se alegró sinceramente.

Aquella familia era de las más opulentas y estimadas de la república.

Absorta se hallaba en sus reflexiones cuando volvió el hombre del dominó, y le dijo con voz breve:

—Venid, Blanca.

—¿Adónde? preguntó ella.

—Al jardín, sólo por un instante.

—¿Para qué?

—Ya lo sabréis: aquí no lo puedo decir.

Blanca, aficionada á todo lo que era romancesco, y llevada por lo extraño de las circunstancias, siguió al máscara, que en efecto la condujo al jardín.

Cruzaron algunas de sus anchurosas calles llenas aun de gentes y de máscaras: y al llegar á un cenador oscuro, el máscara descubrió su semblante y aparecieron las bellas facciones del que Lucrecia había dicho llamarse Salviati.

Allí, y de cerca, le pareció á Blanca mil veces más interesante que visto de lejos: trémula, arrobada, le miró y no supo ofenderse de su audacia.

—Ved aquí la llave, Blanca, dijo el joven: os la devuelvo y mañana vendré con otra á tener la dicha de veros.

Blanca calló: su interlocutor, viendo que no le contestaba, prosiguió:

—Os voy á participar una cosa, Blanca: desde mañana habitaré enfrente de vuestro palacio, donde se abre una casa de comercio de los ricos Salviatis: dejaos ver alguna vez de mí, pues yo iré á ella con frecuencia sólo para tener la dicha de contemplaros.

—¡No hay duda! es un Salviati, se dijo Blanca gozosa; ¿pero por qué guardar el incógnito?

Luégo, alzando la voz añadió:

—Pero si vais á vivir enfrente de mí, ¿para qué queréis tener la llave del jardín?

—Para hablaros.

—¿No os basta con verme?

—¡No por cierto! ¡Deseo hablaros y deciros cuánto os amo!

—Ya me lo decís.

—¿Y no os enoja?

—No; pero me enojará y mucho el que os introduzcáis en el jardín de noche: ¡qué sería de mi honra si os vieran! Meditadlo, señor Salviati.

Blanca dió este nombre al caballero sin premeditación alguna, y llevada sólo por la persuasión en que estaba de que era real y verdaderamente el hijo de la rica casa de aquel nombre: mas al oirlo, el joven se estremeció y guardó silencio durante algunos instantes.

—Retiraos ya, dijo Blanca, y quitad la orden

de que os hagan esa llave, si es que me amáis.

—Para daros una prueba de la verdad de mi amor, me retiro: adiós, Blanca.

—¿Desistís de venir al jardín?

—¡Desisto, y me voy sin ninguna esperanza, ya que así lo queréis!

—Y yo, para recompensar vuesta sumisión, quiero que llevéis alguna: os recibiré una noche en el jardín, pero cuando halle para ello una ocasión á propósito.

—¿Y me avisaréis?

—Sí, con mi aya.

—¿Y si ésta nos descubriese á vuestro hermano?

—No lo temáis: me ama demasiado para eso: fiad en mí, que pronto nos veremos.

—Adiós, pues, mi adorada Blanca.

—Adiós, señor Salviati.

El joven besó la mano de Blanca y desapareció.

Blanca volvió al salón: poco después terminó el baile en el palacio Capelo, y cada cual se retiró á su habitación.

Blanca no pudo dormir en toda la noche: si cerraba los ojos algunos instantes, era para ver la hermosa figura de Salviati, y para oir su sonora voz, aquella voz que levantaba en su alma mundos desconocidos.

Era la primera vez que amaba, y no era extraño por tanto que fuese con pasión.

Todo el tiempo que tardaba en volver á ver al

joven le parecía largo, y hubiera deseado que las horas volasen.

Por la mañana fué á buscar á su aya y le descubrió su amor, diciéndole que esperaba de ella que fuera su confidente y su auxilio, si no quería verla completamente infeliz.

Aquella mujer venal y codiciosa se propuso ver cuánto podría valerle la intriga, y ni arrebató á Blanca sus esperanzas, ni se las hizo concebir muy halagüeñas.

Le pidió tiempo para reflexionar, y salió dirigiéndose en seguida á la casa de enfrente, porque conoció al joven á quien Blanca le había descrito con tan apasionados colores.

El rendido amante la condujo á una salita apartada y le suplicó que hablase y le dijese si venía con recado de Blanca.

—No, señor, contestó el aya: ella no sabe que estoy aquí; vengo por mi propia cuenta.

—Y bien... dijo el joven algo admirado.

—Y bien, caballero; yo quiero saber quién sois ó cómo os llamáis; además, necesito que me digáis vuestra posición y la de vuestra familia.

El joven bajó la cabeza, y un vivo rubor coloreó sus morenas mejillas.

—¡Qué! ¿No me respondéis? insistió Giovanna, que así se llamaba el aya: ¿no me decís quién sois? De ese modo quedad con Dios, y no esperéis que hable á Blanca en favor vuestro.

—¡Ah, por Dios! ¡Esperad! exclamó el joven al ver que el aya iba á salir: ¡esperad y os diré lo que deseáis saber, con una condición!

—¿Sois vos el que impone condiciones en vez de ser yo?

—¡Una nada más!

—Decidla pues.

—Que lo que os voy á confíar, no lo ha de saber Blanca por vuestra boca, sino por la mía.

—Está bien: ¿es decir que lo que vais á confesarme á mí se lo queréis confesar á ella también? Nada me importa: pero empezad por satisfacerme á mí.

—Señora, dijo el joven con tanta pena, que las palabras parecían no poder salir de su boca: yo no soy ni lo que Blanca cree, ni lo que vos suponéis. ¡Yo no soy un Salviati!

—¿Pues quién sois? exclamó el aya dando un salto hacia atrás.

—Soy un dependiente de su casa de comercio, un pobre joven sin fortuna: me llamo Pedro Bonaventuri.

—¡Cómo! ¿Y os habéis atrevido á poner los ojos en Blanca?

—Sí, señora.

—¡Un pobrete! ¡un plebeyo!

—¡Su extremada belleza me enloqueció!

—¡Muy hermosas pescadoras hay en el golfo! exclamó el aya co amarga ironía; muy hermosas jó-

venes hay en vuestra clase: ¡y sin embargo, para todas ellas estáis ciego, y no lo estáis para la hija de los Capelos! ¡Qué ceguedades tan extrañas!

—¡Pues nada es más cierto, señora, sino que yo estoy ciego para toda mujer que no sea Blanca!

—Desde hoy debéis cegar, sobre todo, para ella, porque no la volveréis á ver.

—¿Qué decís?

—Que no la volveréis á ver.

—¿Quién me lo impedirá viviendo enfrente de su palacio?

—¡Yo, que le diré quién sois!

—Señora Giovanna, respondió el joven con suprema trizteza: empecé diciéndoos que, lejos de querer ocultar á Blanca quién soy, deseaba que lo supiera de mi boca: dejadme que la vea y se lo diré; ¡si después de esto no quiere verme, no me quejaré!

—¡Imposible, caballero!

—¡Os lo suplico por Dios!

—Imposible, os digo.

—Mirad, dijo el joven, en cuyas facciones se pintaba la desesperación: no tengo más que un diamante que me regaló mi madre, y que no hubiera vendido ni aun para comer: pues bien, os lo doy si me proporcionáis una entrevista con Blanca.

El aya miró el diamante, que era en efecto muy bueno, y titubeó.

—Ceded, ó me mato aquí á vuestra vista, dijo

el fogoso Pedro, asiendo una pistola que había sobre una mesa y que el aya no había visto.

—Esperad, esperad, dijo ésta; veré si puedo complaceros, aunque lo creo difícil; dadme el brillante, lo acepto como un recuerdo vuestro.

Y se guardó la rica joya.

—No es tan difícil como suponéis esta entrevista, dijo Pedro; ella me la tiene ofrecida por vuestra mediación, y sólo con que vos queráis la puedo lograr esta noche misma.

—¿Y me ofrecéis decir á Blanca quién sois?

—Os lo juro: si ella me ama, quiero que sea sabiendo que no es á Salviati á quien concede su amor, sino á Pedro Bonaventuri, pobre y plebeyo.

—No os amará, repuso el aya con una sonrisa cruel; su orgullo es demasiado grande para eso, y así que sepa quién sois, renunciará á ese amor; ahora quedad con Dios; esta noche á las once estad á la puerta del jardín.

El aya abandonó la estancia.

Blanca la esperaba en el balcón; la vió cruzar la calle y entrar en su casa y salió desalada á su encuentro.

—¿Le has visto? le preguntó.

—Sí, contestó Giovanna.

—¿Verdad que es hermoso, amable, seductor? ¿has visto qué encanto hay en su fisonomía, en su voz, en sus modales?

—Lo que yo veo es que le amáis de una mane-

ra loca, repuso el aya; por lo tanto, alegraos; esta noche, á los once, estará en la puerta del jardín para hablaros.

—¡Ah! ¡qué buena eres, Giovanna, mi querida Giovanna! exclamó Blanca: ¡deja que te abrace con toda mi alma!

IV.

Blanca esperó la noche con una ansiedad indecible, y con no menor la esperó Pedro.

Sin embargo, á la de éste se unía no poco temor.

¿Podría resistir Blanca á la revelación de su humilde origen?

¿Podría amarle después de conocerle?

Creía unas veces que sí, recordando las miradas apasionadas de la joven y la expresión de sus ojos: y otras estaba casi seguro de que el orgullo de los Capelos ahogaría su naciente pasión.

La joven era mucho más feliz. No dudaba un instante de que su amante era digno de la pasión que por él sentía, al recordar cuán sumiso le había visto á sus deseos.

Tendió, por fin, la noche su manto de sombras, no sin que los dos amantes se hubieran hecho mil protestas de amor de ventana á ventana.

Victorio se acostó, y lo mismo hicieron todos los criados de la casa, quedando sólo levantados Blanca y Giovanna.

Aquella temblaba, y apenas el aya podía comunicarle un poco de tranquilidad.

A las once, y quedándose Blanca sentada en un banco del jardín, su aya abrió la puerta, en la cual esperaba ya Pedro, que se arrojó á los pies de la joven.

—Os dejo solos, pero no me alejaré mucho, dijo el aya: al menor ruido que oiga os avisaré: vos, señor, recordad la promesa que me tenéis hecha.

Y el aya se alejó.

—¿Cuál es esa promesa? preguntó Blanca á Pedro haciéndole sentar á su su lado.

—Es la de hablaros de una cosa que ya he dicho á vuestra aya, respondió el joven con voz alterada.

—¿Y á quién concierne? ¿á vos ó á mí?

—A mí.

—¡Dios mío! ¡qué tono tan lúgubre tomáis! ¿Es alguna cosa triste?

—Según como vos lo miréis; pero dejemos esto, Blanca, que demasiado pronto lo sabréis, y decidme si puedo contar con vuestro amor, y si lo que sentís por mí es una ilusión pasajera, ó un afecto serio y profundo.

—A la verdad, amigo mío, dijo Blanca, que no sé si podré distinguir las ilusiones de los afectos

serios: jamás he amado á nadie ni de nadie he oído palabras de amor: la primera vez que he visto el mundo, ha sido anoche en el baile que dió mi hermano; pero lo que sí os puedo asegurar es que pienso continuamente en vos.

—¡Ah, Blanca! ¿no me engañáis?

—Os digo la verdad, como si fuese á morir: jamás ha salido la mentira de mi boca.

—Y yo os amo, y al oiros he adquirido valor para haceros la terrible confesión que he prometido.

—¡Una terrible confesión!

—¡Sí, Blanca! ¡terrible, porque si no me amáis mucho, me separará de vos para siempre!

La inocente joven miró asombrada al que así le hablaba: luégo le dijo:

—Acabad.... ¡que me matáis!

—¡Pues bien, Blanca! exclamó Pedro arrodillándose á los pies de la joven: yo no soy quien vos creéis!

—¡Cómo! ¿qué decís?

—¡Que no soy de la casa de los opulentos señores Salviati!

—¿Quién sois, pues? preguntó Blanca, cuyos labios temblaban.

—Un dependiente de la misma casa.

—¿Vuestro nombre?

—Pedro Bonaventuri; soy natural de Florencia é hijo de una familia muy humilde: mantengo á

mi madre, de la que soy el único apoyo en el mundo.

—¡Dios mío! exclamó Blanca ocultando entre las manos su rostro teñido de súbita palidez: ¿por qué no me habéis dicho antes todo eso?

—¡No me atreví... temía perder vuestro amor, y quería estar antes seguro de él!

—Y ahora, ¿qué habéis conseguido sino hacerme desgraciada? porque yo os amo, quien quiera que seáis; ¡os amo con un amor invencible!

—¡Ah! ¿no me engañáis?

—¡Ojalá no fuera cierto lo que digo! ¡ojalá esto fuera afición pasajera, pues así sufriría menos al despedirme de vos!

—Qué ¡os despedís de mí!

—¡Es forzoso!

—¿Quién lo ha dicho? ¿Si me amáis, no podéis olvidar mi oscuro orígen? ¿Mi semblante, mi figura, mi voz, mi amor, sobre todo, son otros porque yo sea el pobre y oscuro Pedro Bonaventuri, que si fuera el rico y orgulloso Salviati...?

—¡Pero yo no puedo echar ese borrón sobre mi hermano! ¿Creéis que él consentirá jamás en nuestro enlace?

—Nos casaremos sin que él lo sepa.

—¿Y qué porvenir nos espera? ¿Cómo podréis atender á las necesidades de nuestra casa, sujeto á un mezquino salario que ganáis?

—Haré porque me lo aumenten.

—No penséis en eso, Pedro, repuso la joven moviendo la cabeza con melancolía: ¡jamás yo, Blanca Capelo, hija y hermana de ricos y nobles patricios, me casaré con vos, para vivir en la ciudad en que se meció mi cuna y en la que es tan conocida mi familia: no, mi orgullo no se doblega á tanto... antes moriré cien veces!

—¡Porque no me amáis!

—¡Ah! ¡no seáis injusto! ¡Yo quiero y debo huir de vuestra presencia, porque si no, al veros, al oiros, de todo me olvidaría! ¡Os amo como jamás volveré á amar... como jamás seréis amado de ninguna otra mujer!

Blanca, dichas estas palabras, se levantó como para huir de Pedro, pero éste asió una de sus manos.

—Dejadme, exclamó Blanca: os prohibo que volváis á acercaros á mí y que me habléis de amor: al haceros esta prohibición, soy yo mucho más desgraciada que vos.

—¿Por qué no olvidáis, pues, las preocupaciones de la sociedad y sois dichosa conmigo? observó el joven: ¡amadme, y yo me encumbraré para mereceros: dejaré el comercio y me alistaré como soldado de la república: nada habrá que yo no emprenda por vos; pero si me dejáis en las tinieblas de la desesperación, pondré fin á mi existencia!

—¡Dejadme! exclamó Blanca: ¡sois demasiado cruel exagerando vuestro dolor: vos me olvidaréis: á mí me será imposible conseguirlo!

Blanca, dichas estas palabras, echó á andar precipitadamente hacia la bella escalera de mármol blanco, que llegaba al interior de su palacio.

Pedro quiso seguirla, pero se halló detenido por la ruda mano de Giovanna, que estaba á dos pasos de él.

—Basta, señor mío, dijo el aya: he cumplido lo que prometí, y ha sucedido lo mismo que yo me figuraba: Blanca renuncia á vos: dejadla, pues, en libertad para que haga lo que quiera, y olvidadla.

—¡Jamás! exclamó Pedro con vehemencia: ¡yo renunciar á ella! ¡No dejaré medio conocido que no ponga en práctica para recobrar su amor! ¡Pues qué! ¿es un delito el ser de humilde cuna? ¿Y el que le agradaba cuando le creía su igual, le ha de ser ahora aborrecible porque es menos favorecido de la fortuna?

—Nada entiendo de eso, repuso Giovanna, y os suplico que os vayáis: ved que el señor Victorio puede despertar y comprometéis á Blanca y á mí.

Pedro no supo qué responder: echó hacia las hermosas ventanas del palacio de Blanca una mirada de desesperación, y se alejó á pasos precipitados.

—No seré tan cobarde que retroceda, se dijo: ella me ama; yo la adoro; no dejaré que sus preocupaciones y los consejos de esa avara é infame vieja me la arrebaten; por dicha mía, nuestras casas se hallan enfrente, y no puede acercarse á la ven-

tana de su cuarto sin que me vea y sin que yo le exprese mi desesperación.

V.

Por espacio de algunos días, Blanca no se asomó á la ventana de su cuarto temiendo hallarse con la mirada de su amante: hizo cuanto pudo para distraerse, ya saliendo con su hermano, ya paseándose con sus amigas por el canal, ya pasando la mayor parte del día en casa de Lucrecia: hasta procuró escuchar con gusto y hallar amables á los jovenes que otras veces habían solicitado su amor, y que eran amigos de su hermano; pero todos estos medios eran ineficaces para curar la herida de su alma, que cada día se hacía mayor y más profunda.

Todos los hombres le parecían inferiores á Pedro; la imagen de éste no se separaba de sus ojos, y aun le veía más desde que realmente no le veía: su imaginación le aumentaba las gracias de su figura y de su conversación, y cada día le amaba más que cuando le conoció.

Al cabo de cuatro ó cinco días, y creciendo su angustia con el insomnio, dejó el lecho y se acercó á la ventana, desde la que vió á Pedro Bonaventuri apoyado en la suya.

La luna caía sobre la hermosa y expresiva cabe-

za del amante, y Blanca le estuvo contemplando largo rato silenciosamente.

Alzó él por fin la frente y la vió, levantándose al instante y saludándola con respeto.

Pero Blanca, que en tanto que él no la había visto había permanecido mirándole, se retiró de la ventana y la cerró como asustada.

Pedro se retiró también lleno de dolor; arrojóse sobre su cama, y empezó á meditar lo que debería hacer para poner fin á un estado que se le iba haciendo intolerable.

Levantóse y escribió una carta, con la firme intención de hacerla llegar, por cualquier medio que fuese, á manos de Blanca.

En aquel billete pintaba con extraordinaria energía todos los tormentos de su alma, su desesperación, y su firme propósito de darse la muerte si ella no accedía á oirle otra vez.

Ya era de día cuando la terminó: y sabiendo que Blanca iba á la iglesia con su aya muy temprano, según costumbre de las jóvenes nobles de aquel tiempo, se dirigió á esperarla á la puerta.

Poco hacía que se hallaba allí, cuando llegó la joven, cubierto el rostro con un velo de encaje negro, y acompañada de Giovanna.

Pedro entró tras ella y se colocó á la espalda del banco que Blanca ocupó, teniendo su carta en la mano.

Sus ojos no se separaban de la joven: cuando

vió al aya entretenida en sus rezos, arrojó sobre el banco el billete doblado muy pequeño, y la joven echó al instante sobre él una punta de su velo, ocultándolo á la vista de todos.

Pedro desapareció así que lo vió asegurado.

Blanca no pensó ya en el oficio divino, ni en la gente que la rodeaba: antes de la hora de costumbre, salió del templo y apresuró el paso de una manera que asustó á su aya, que la creyó fuera de juicio.

Cuando llegó á su casa, Blanca abrió el billete, y al leerlo, gruesas lágrimas cayeron sobre él: aquellas frases iban derechas á su corazón y le desgarraban.

«Dejadme veros una sola vez, le decía Bonaventuri: ¡una sola vez, Blanca! y después saldré de Venecia, y jamás volveréis á oir hablar de mí; pero ¿es acaso pedir demasiado el querer deciros cuánto os amo y cuánto sufro lejos de vos?

»Ya sé que me diréis que no puedo veros en vuestra casa, estando ocmo está en contra mía vuestra aya; pero yo puedo ofreceros un asilo seguro: ya que yo no puedo ir adonde vos estáis, venid vos adonde estoy yo: esta noche, cuando todos duerman en vuestra casa, salid y venid á la mía, en cuyo umbral os esperaré: yo os juro respetaros del modo más profundo, y que no osaré ni besar vuestra mano: creo que cuando me exigisteis que me desposeyera de la llave que había mandado

hacer para entrar en vuestro jardín, os dí una prueba muy eficaz de mi honradez.

»Os esperaré esta noche de doce á una: si no venís, al amanecer saldré para Florencia, sin volver á veros jamás, y seguro de que me enviáis á la muerte por la sola culpa de ser pobre y de humilde cuna.

»Adiós, Blanca: en vuestras manos está mi suerte: decidid: mandad: yo os obedeceré!»

Cuando la joven acabó de leer esta carta, estaba ya decidida á ir á la cita del que tanto amaba: la ocultó con afán, y durante el día la leyó muchas veces: llamaba á la noche con impaciencia, y se asomó á la ventana para decir á Pedro:

—«Iré.»

Nunca ha parecido tan largo un día como aquel á Pedro Bonaventuri: contaba los instantes: asomábase á la ventana con frecuencia para ver á qué altura se hallaba el sol, y hubiera dado la mitad de su vida para ser aquel día un nuevo Josué, no para detenerle, sino para apresurar su carrera.

Llegó por fin la noche: y Pedro, para quitar á Blanca la ocasión de una negativa que podían motivar el arrepentimiento y la reflexión que nace de la soledad, se encerró en su casa, esperando la hora feliz de la cita.

A las doce y estando todos recogidos y entregados al sueño, bajó, abrió con sigilo la puerta de la

calle, y acechó con ansiedad el momento de abrirse la del palacio Capelo.

En efecto: no tardó ésta en girar sobre sus goznes silenciosamente, y una figura, blanca y esbelta, apareció en el umbral.

Pedro la reconoció, más con el corazón que con la vista: era Blanca.

Acudió á su encuentro y la sostuvo, pues la pobre niña estaba próxima á caer desfallecida.

Apoyada en su brazo, llegó Blanca hasta la casa de enfrente: el cuarto de Pedro se hallaba en el piso bajo; y después de subir algunos escalones, ambos penetraron en él.

—¡Gracias, Blanca! exclamó Pedro arrojándose á los pies de su amada, que se había dejado caer en un asiento: ¡gracias! ¡Ah! ¡Jamás podré pagaros vuestro valor, vuestro sacrificio!

—¿Qué es lo que me queríais decir? preguntó la joven: ¡pronto, pronto! ¡La puerta de mi casa, ha quedado sólo entornada y tengo que volver al instante! Levantaos y hablad con calma: ¿habéis hallado algún medio de hacer fortuna? ¿algún medio que satisfaga á mi hermano, y le persuada á concederos mi mano, si la pedís?

—No, respondió Pedro con abatimimiento: por más que cavilo y que discurro, Blanca, nada hallo que pueda acercarme á vos más que mi amor.

—¡Pero eso no basta! ¡ya lo sabéis! Si yo no conociera el modo de pensar de mi hermano, le

confiaría nuestra mutua pasión: ¡pero sé que en cuanto á la cuna es intolerante, y que si bien pasaría por el inconveniente de la pobreza, nunca se conformará con el de un nacimiento oscuro!

—¡Pues bien, Blanca! ¡os repito que yo enalteceré mi humilde procedencia!

—¿De qué modo?

—Lo ignoro ahora: sólo hay en mí voluntad para lamentar el destierro que me impusisteis; ¡si supierais cuántas lágrimas amargas he vertido en este cuarto!

Y el joven, al decir estas palabras, extendió una mirada por la estancia, que si bien no era magnífica, tenía un aspecto agradable y decente.

Blanca lo reparó, y la inocente se dijo que, si aquello era la pobreza, no dejaba de ser por eso muy aceptable.

Tapices de seda sencillos, pero de un lindo color, decoraban la habitación: ramos de flores lucían en jarros de bronce de artística y elegante forma, sillones de caoba de alto respaldo, tallados con flores á falta de escudo de armas, y una gran mesa sobre la que ardía una hermosa lámpara de plata maciza, hablaba de la opulencia de los Salviatis, pero no de los encantos de la pobreza, puesto que hasta á sus dependientes extendían aquellos ricos patricios el buen gusto y el bienestar.

Lo que sólo era efecto de la opulencia, pareció á Blanca la sencillez encantadora de la medianía.

—Pues bien, Pedro, dijo Blanca: id á buscar esa posición, ese nombre que os falta para que pueda yo ser vuestra; y hasta entonces no tratéis ya de verme; básteos saber que os amo y que sólo quiero vuestro amor.

Bonaventuri besó las blancas y torneadas manos de su amada; ésta se levantó y se preparó á salir.

—Deteneos un poco más, Blanca, suplicó el amante: ¿qué mal os amenaza aquí? En tanto que estéis bajo la salvaguardia de mi honor y de mi palabra, estáis tan segura como en el templo; ¡y quién sabe cuándo podré yo volveros á ver!

—¡Tengo miedo! murmuró Blanca; ¡no de estar aquí, sino de que, mientras estoy, una ráfaga de viento cierre la puerta de mi casa, que ha quedado abierta, como os dije!

—¿Nadie os ha oído salir?

—Nadie; todos estaban en casa entregados al sueño.

—¿Y Giovanna?

—Dormía también.

—Blanca, creo que en esa mujer tengo hoy mi más mortal enemigo, dijo Pedro; ¿y sabéis por qué? ¡porque soy pobre! Si fuese rico, si hubiese podido venderos á mi amor por alguna crecida cantidad, no dudéis que lo hubiera hecho; ¡pero desde que sabe que no puedo pagarla, sólo quiero alejarme de vos! No deis, pues, oídos á sus sugestiones en contra mía; no la escuchéis, Blanca,

y dejad al tiempo probaros la verdad de mi cariño.

—¿Por qué me encargáis esas cosas? exclamó Blanca, que á la vista de Pedro se olvidaba de su origen y de la desigualdad que entre ambos existía, para no pensar más que en la gracia y atractivos de su persona: el mejor abogado vuestro le tenéis en mi corazón.

—¿Y no me faltará nunca?

—¡Nunca!

—¿Me lo juráis?

—¡Os lo juro!

—Y yo os juro también buscar y hallar, en el término de un año, lo que necesito para que seáis mía; recibiréis mis cartas desde donde quiera que me halle, y por ellas sabréis todos mis proyectos.

—¡Adiós pues, Pedro!

—Adiós, Blanca, y el cielo os pague el bien que me habéis hecho.

Y el enamorado joven estrechó con pasión una y otra vez la mano de Blanca.

Esta bajó la escalera apoyada en el brazo de Bonaventuri, que la acompañaba.

Le amaba más desde que había visto con cuánta nobleza había respetado su pudor, y con qué decoro había moderado en aquella entrevista los trasportes de su amor.

Pedro alzó el pestillo de la puerta de su casa.

Blanca estrechó la mano de su amante por la

última vez, y salió á la calle sin que aquél se atreviese á seguirla, por temor de ser visto.

Pero ya que no pudo acompañarla, subió corriendo la escalera de su cuarto, y se puso á la ventana para mirar á Blanca entrar en su casa.

¡Cuál fué su asombro al observar que, después de llegar, retrocedió vacilando y dejando escapar de sus labios un grito de terror!

Pedro se lanzó á la calle, y fué al encuentro de la infeliz joven, quien, temblando como la hoja en el árbol, se apoyaba contra la pared para no desmayarse: la sostuvo, y se acercó con ella á la puerta.

¡Estaba cerrada!

¿Quién había sido el encargado de consumar la desgracia, el deshonor de la infeliz Blanca?

¿El viento? ¿la casualidad? ¿alguna mano malévola y vengativa?

Jamás se pudo saber.

Blanca, yerta, pálida, loca de terror, se arrojó en los brazos de Pedro, y exclamó:

—¡Sálvame! ¡sálvame!

—Lo haré, dijo el joven: sosiégate, Blanca mía... ven conmigo... mi vida, mi porvenir son tuyos.

—¡Dios mío! ¡cómo llamar á esa puerta, que al abrirse hará patente mi deshonra! gimió Blanca: ¡qué dirá mi hermano! ¡Matarme sería poco, y yo siento más el dolor que le causaría, que la muerte que recibiese de su mano!

—Vamos, dijo Pedro: si esta puerta se ha cerrado, la de mi casa está abierta, y te espera.

—Pues bien, dijo la joven, yo me acojo á tu amparo, único con que en tan tristes circunstancias puedo contar; pero con una condición.

—Habla.

—Que ahora mismo saldremos de Venecia; llévame adonde quieras, con tal de que me saques de aquí.

—Blanca, repuso Pedro, piensa bien lo que deseas: ven: subamos de nuevo á mi cuarto; quiero que reflexiones, aunque sólo sea por breves instantes, lo que pierdes y á lo que te expones: no quiero que me acuses jamás de que no te he amado lo bastante para posponer tu bien al mío: mi mayor dicha, mi sola felicidad es poseerte... Tú pierdes mucho más que yo.

Hablando así, el generoso joven sostuvo los pasos vacilantes de Blanca y volvió á conducirla á su casa.

Llegados de nuevo al cuarto de Pedro, Blanca se arrojó en un sillón y se deshizo en lágrimas.

—Escúchame, dijo Pedro: ahora mismo, si quieres, iré á tu casa, llamaré á la puerta y pediré ver á tu hermano; le contaré lo que sucede... la verdad, toda la verdad.

—¡No te creerá! exclamó Blanca.

—¡Tal vez sí!

—¡Yo estoy segura de que no!

—¿Y si me creyese? Quizá entonces, al ver la honradez con que hemos obrado, tu pureza, la probidad de mi conducta, tratándose de una joven á la que amo ciegamente, se conmueva... y nos dé su perdón y hasta su cariño.

—¡No! repuso Blanca sacudiendo tristemente su rubia cabeza: conozco á Victorio; ¡un convento será mi porvenir; estoy segura de ello!

—No hablemos, pues, más de eso, dijo Pedro; oye lo que te puedo ofrecer por mi parte, y ten entendido que la realización de este plan es la mayor ventura con que yo soñaba: tengo en Florencia á mi madre, pobre y modesta anciana, que vive casi en la miseria, y que no tiene otros medios de subsistencia que los que yo le puedo enviar, que son pocos: sin embargo, ella nos recibirá con los brazos abiertos: dentro de una hora saldremos de aquí, y nos casaremos al llegar á Pistoya: tendrás, al lado de mi buena madre, una existencia pobre, pero feliz, porque ella y yo seremos á adorarte: así que lleguemos á Florencia, yo buscaré alguna ocupación que, aunque humilde, nos dé para vivir los tres: ¡Blanca, te ofrezco lo único que está en mi mano poderte dar! ¡un amor á toda prueba, y una perseverancia en el trabajo incansable, á fin de que nada te falte!

—¡Y yo la acepto! exclamó la joven estrechando con pasión las manos de su generoso amante.

—¿Contenta? preguntó Pedro.

—¡Contenta y feliz! repuso Blanca.

—Ganemos, pues, todo el tiempo posible.

Y Pedro, dichas estas palabras, reunió en un bolsillo el poco dinero que poseía, y en un paquete sus vestidos y ropa blanca.

—¡Ah! exclamó la joven: yo tengo en mi casa alhajas y bastante dinero; si lo hubiera traído conmigo...!

—No pienses en nada, porque nada te faltará, Blanca mía, dijo Pedro con la sublime confianza de la juventud y del amor: sólo á ti te quiero y creo que, cuanto más pobre, te acercas más á mí.

En breve estuvieron terminados los preparativos; Pedro asió el paquete, guardó sus escasos ahorros, presentó á Blanca el brazo, y salieron juntos de la casa de los Salviatis, perdiéndose bien pronto aquellas dos bellas figuras en las sombras de la noche.

VI.

Un año después, Blanca y Pedro se hallaban en Florencia y en casa de la madre de éste, anciana, buena y sencilla, que, según había previsto su hijo, los había recibido con alegría.

La casa que habitaba, situada en una de las ca-

lles más retiradas y humildes de Florencia, tenía un aspecto miserable, y era de reducidas dimensiones. Blanca, pasados los primeros instantes de obcecación, empezó á darse cuenta de su situación y á conocer cuán desventurada la había hecho su extravío y cómo un momento de imprudencia puede ocasionar la desgracia de toda la vida de una mujer.

Sin embargo, sólo tenía 17 años; y si bien durante algunos ratos lloraba en la soledad de su mísero cuartito, la alegría aparecía de nuevo en su alma, y llenaba, cantando, los rudos deberes que su casamiento le había impuesto respecto á la anciana madre de Pedro.

Blanca se levantaba temprano y aseaba por sí misma su casa; luégo peinaba sus hermosos cabellos, y al hacerlo, fuerza es confesar que suspiraba por las joyas y perlas con que antes los entrelazaba.

Un pensamiento venía á secar su llanto; amaba á Pedro, y Pedro trabajaba día y noche, según se lo había prometido, á fin de que nada le faltase, ya que no de los goces de la opulencia á que estaba acostumbrada, al menos de las cosas necesarias de la vida.

Bonaventuri había conseguido un empleo en el escritorio de un rico negociante de Florencia.

Así que el joven llegó con su esposa á esta ciudad, escribió á los señores Salviati, excusándose de haber salido tan precipitadamente de su casa, y con-

tándoles la historia de sus amores con Blanca Capelo.

Aquellos ricos señores se rieron algún tanto de los amores de su dependiente; pero en realidad se compadecieron de la suerte de la desgraciada Blanca, á la que un acaso había sumergido en la mayor pobreza, después de haber nacido y haberse criado en la más fastuosa opulencia.

—Padre mío, dijo Salviati, hijo, que era el mismo á quien había creído amar Blanca en la persona de Pedro; yo quisiera hablar á Victorio en favor de su hermana y del esposo de ésta; él vive solo y triste, y quizá los llame á su lado y los perdone.

—No lo esperes jamás, hijo mío, repuso el anciano Salviati; Victorio no perdonará el extravío de su hermana; no obstante, prueba, porque tal vez no sea estéril el impulso de tu buen corazón.

En consecuencia de esto, Salviati, hijo, pasó á ver á Victorio Capelo para hablarle acerca de aquel doloroso asunto; pero desde las primeras palabras conoció que su padre tenía razón, y que Capelo sería inflexible para su hermana.

—No me habléis de eso, caballero, le dijo: ¡las llagas de la honra no se curan jamás! ¿Dejará mi hermana de haber abandonado su casa, para ir á la de su amante, pobre y oscuro dependiente de comercio?

—Pero eso lo hizo arrastrada por la fuerza de su pasión.

—¡Su pasión es lo que acuso!

—Y se han casado.

—¡Tanto peor!

—¡Viven muy pobres!

—Ya lo sabían al casarse.

—¡Pero pensad, Victorio, que Blanca sólo tenía 16 años.

—No lo olvido.

—¿Conque nada queréis hacer por ella?

—Nada puedo hacer.

—¡Enviadle, á lo menos, sus vestidos y sus joyas!

—Los hice arrojar al fuego.

—Pero ella puede reclamaros su dote.

—Que lo haga si quiere.

—¿Y no se lo daréis?

—Procuraré no dárselo.

—¡Ah! exclamó Salviati, ¡sois muy duro de corazón, caballero, y nunca hubiera creído que lo fuerais!

—Amigo mío, repuso el caballero, cuanto más he amado á mi hermana, tanto más aborrezco el oprobio que ha echado sobre mí; ¡huir de su casa! ¡Y con quién! ¡con un pobre! ¡con un miserable! ¡con un plebeyo!

—¿Luego si hubiera huído con un caballero noble y rico, la hubierais perdonado?

—¡Tal vez! hay faltas que llevan su excusa en sí mismas, y otras que son más imperdonables por las circunstancias que las rodean.

—¡Debía ser bien al contrario! repuso Salviati con amargura: ¡debíais pensar ahora en vuestra hermana sumergida en la miseria! ¡Pobre niña! ¡tan joven!

—Su miseria—porque que no dudo que la tendrá—me irrita como una ofensa; pero dejemos esto, Salviati, pues ya os he dicho que cada uno tiene sus creencias, y hablemos de otra cosa más agradable; sabréis que me caso.

—¿Vos?

—¡Sí! ¿Esto os extraña?

—Yo creí que ya no volveríais á casaros, dijo Salviati mirando fijamente al hermano de Blanca.

Este palideció; pero, reponiéndose al instante, repuso:

—Pues ya veis que os habéis equivocado; me casé á los 22 años, y á los 23 era viudo; fuí tan desgraciado en mi unión, que no debía pensar en otra, y no hubiera pensado sin la traición de Blanca; pero me hallo solo y me aburro, por cuya razón me he decidido á buscar una compañera.

—¿Y quién es ella?

—Lucrecia Piombo.

—¡Noble, rica y bella! ¡Mejor habéis sabido escoger que vuestra infeliz hermana!

—Tenéis razón.

—¿Y es pronto la boda?

—¡Muy pronto!

—Recibid mis plácemes, y permitidme que os

advierta que, ya que vos no queréis hacer nada por la pobre Blanca, lo haremos mi padre y yo.

—¿Y que vais á hacer?

—Lo único que está en nuestra mano; uno de nuestros parientes tiene una casa de crédito en Florencia: le escribiremos que admita en ella con un sueldo regular al esposo de Blanca.

—¿Habéis ya olvidado que ese miserable abandonó vuestra casa?

—Sí amigo Capelo, repuso el noble joven; queda más tranquila la conciencia olvidando las ofensas con demasiada generosidad, que castigándolas con demasiada dureza.

Y al decir estas palabras, volvió á mirar profundamente á Victorio como para recordarle la desgraciada muerte que había dado á su esposa.

Este volvió á palidecer; pero nada respondió.

Salviati volvió á su casa, y aquella misma tarde escribió á Pedro, dándole una carta de recomendación para su pariente, en cuya casa fué recibido al instante.

Con su sueldo era, pues, con lo que atendía á las necesidades de su madre y de su esposa; y ésta, al ver que no bastaba á llenar todas las de la casa, se afligía algunas veces, si bien ocultaba su pena á Pedro, que trabajaba sin descanso.

Blanca, nacida y criada en la opulencia, padecía mil privaciones, que su alma, demasiado joven é inexperta, no alcanzaba á soportar; en vez de los

magníficos cuadros del palacio en que había nacido, veía ahora las paredes blanqueadas de la pobre casa que habitaba; en vez de las suntuosas alfombras, pisaba el helado pavimento: en vez de recrear sus ojos con soberbios bronces, colosales espejos y hermosas estatuas, sólo veía los muros que terminaban el sitio al cual podía volver los ojos sentada en la estrecha ventana de la especie de celdilla que ocupaba con su esposo, y á la que se retiraba para entregarse á sus tristes meditaciones.

No tenía flores ni galas; sus vestidos, más que modestos, eran pobres; no iba nunca á los espectáculos, ni á paseo, ni veía á otras personas que á su marido y á la madre de éste, triste compañía, pues era casi ciega y sorda.

Cuando alguna rica y poderosa dama pasaba casualmente por aquella sombría y retirada callejuela, en su dorada carroza, ó bien á pie para asistir á alguna cita misteriosa, Blanca miraba desolada los encajes de su vestido, la aguja de diamantes que recogía sus cabellos, y que brillaba á través de su velo de blonda, sus ricos collares de perlas, y todo aquel conjunto tan lleno de gracia, y se decía:

—¡Así me vestía yo! ¡ese era también mi traje! ¡yo tenía brillantes como esos, encajes, como esos perfumes, joyas, y ahora...!

Las lágrimas terminaban este monólogo amargo; y luégo corría al espejillo suspendido de la

pared y se miraba en él suspirando al contemplar su belleza, que era cada día más encantadora y acusándola de su desgracia.

—Si yo no hubiera sido bella, decía, Pedro no se hubiera enamorado de mí, y yo hubiera permanecido al lado de mi hermano.

Tal era el estado del ánimo de Blanca, que al fin se hizo insoportable.

Su dulce carácter se alteró, adquiriendo un fondo de amargura, hijo de sus continuos sufrimientos; hasta el amor de su marido llegó á cansarla y á serle insufrible, pues á él achacaba todas sus desventuras.

Si la anciana madre de Pedro no reparó en aquel cambio de carácter, no sucedió lo mismo con su hijo; Bonaventuri tenía demasiado talento, y amaba demasiado á Blanca, para no apercibirse de lo que pasaba en el alma de la joven.

Esta había dejado de esperarle en la ventana á las horas en que volvía, permanecía fría y muda ante sus caricias, y su rostro encantador iba palideciendo.

—Blanca, le dijo Bonaventuri, ¡tú sufres! ¿Qué puedo yo hacer para aliviarte? ¡Habla! Cuanto esté en las fuerzas humanas, sin menoscabo de la honra, otro tanto haré para devolverte la alegría y la tranquilidad: ¿quieres que busque donde trabajar por la noche para ganar más dinero? Mira, todo el fruto de mi trabajo en horas extraordinarias, será para ti

para que compres algún vestido más, para que tengas flores que te alegren, libros que te distraigan.

Blanca sacudió melancólicamente la cabeza.

¿Qué valían las flores y los libros para aquella sed de lujo y de placeres que devoraba su alma?

Pedro se retiró desconsolado, y emprendió el camino de su escritorio, pálido, cabizbajo y abatido.

Nada podía hacer para disipar la tristeza de su esposa, él, que hubiera dado dos años de su vida por cada una de sus sonrisas.

—Ella sufre, se decía, por nuestra pobreza: ¡es natural! ¡Pobre niña! ¡Su paladar está acostumbrado á delicados alimentos, y los que ahora tiene son los más humildes! ¡Jamás ha vestido sino galas costosas, y ahora sólo usa telas ordinarias y toscas! Acostumbrada al brillo de los palacios, ¡ahora vive en una pobre y oscura morada! Rodeada toda su vida de una nube de servidores, ¡ahora se tiene que servir á sí misma! ¡Ah! ¡Yo soy la causa de sus desgracias! ¡Por qué le dí aquella cita fatal á la que ella tuvo la desventura de acudir!

De esta suerte se reconvenía Pedro Bonaventuri en tanto que Blanca, despues de quedar sola, maldecía el odioso lazo que la sujetaba á aquel hombre sin fortuna y de oscuro nacimiento.

VII.

Poco tardó el amor en huir del pecho de Blanca.

Poco más de 17 años contaba, y ya su corazón parecía dormido y yerto bajo el soplo fatal de la desgracia.

Su casa, sus ocupaciones habituales, y, sobre todo, su marido, se le hicieron odiosos; y eran tales sus disgustos y su tedio, que huía de la presencia de Pedro y de su madre, y se pasaba la vida encerrada en el aposento conyugal, que era muy reducido.

Aquel aposentillo, escasamente alumbrado por una angosta ventana que daba á la oscura callejuela, no podía ser más triste.

Blanca, para distraer sus penas y para tener un pretexto de permanecer allí, había empezado un encaje de los que había aprendido á trabajar en Venecia en tiempos más dichosos.

Sentada un día al lado de la ventana, dejaba correr melancólicamente sus dedos sobre los bolillos, enredando los hilos en sus manos delicadas, de un dibujo perfecto y de una blancura deslumbradora.

Blanca, cansada de su labor, alzó maquinalmente la cabeza y dirigió á la calle una mirada melancólica é indiferente, que fué á caer sobre un hom-

bre de alta y gallarda estatura que, parado en el otro lado de la calle, la miraba fijamente.

Un delicado color de rosa se extendió sobre las mejillas de Blanca, embelleciéndola tanto, que el desconocido hizo un violento gesto de admiración.

En aquel instante se oyeron pasos de otra persona que aparecía en el extremo de la callejuela, y el incógnito echó á andar, no queriendo sin duda ser sorprendido en su contemplación.

Blanca le vió alejarse en la misma dirección á la que traía aquel cuyos pasos se oían; halláronse de frente, y el que llegaba, que era un vecino de Blanca, se detuvo admirado, le cedió el paso, y se quitó el sombrero inclinándose profundamente.

El desconocido—que sin duda no lo era para el vecino de Blanca—siguió su camino.

El vecino llegó hasta la casa de Bonaventuri, frente á la cual tenía su taller de tejedor de seda.

—Buenos días, señora Bonaventuri, dijo á la joven: ¿sabéis que acabo de tener un famoso encuentro?

—¿Habláis de ese caballero que salía ahora de esta calle, señor Paolo? preguntó Blanca.

—Del mismo.

—¿Y sabéis quien es?

—¡Vaya si lo sé!

—¡Decídmelo!

—No puede ser así en alta voz, señora; repuso el tejedor.

—¿Y por qué no?

—Porque él se recata y se oculta.

—¡Pero nosotros no tenemos motivo para guardarle el incógnito!

—Debemos hacerlo, señora; pues de lo contrario...

—¿Qué?

—Podría sobrevenirnos algún mal.

—Pues bien, dijo Blanca: subid á vuestra casa: vuestra ventana se halla enfrente de la mía; escribís en un papel el nombre de ese caballero, y me lo arrojáis.

—Bien me parece, dijo Paolo, y lo voy á hacer.

Dicho esto, entró en su casa, y Blanca quedó esperando con ansiedad.

En la mirada de aquel desconocido había notado cierta cosa que le llamaba extraordinariamente la atención, y era una extraña mezcla de amor y admiración.

Ansiaba saber quién era sin saber por qué.

Entretanto, Paolo llegó á su cuarto, echó su capa sobre una silla, acercóse á la mesa, y escribió en un pedazo de papel un solo renglón.

—Allá va, dijo á Blanca: y cuando venga Pedro enseñádselo: veréis cómo se admira de que esa persona haya pasado por aquí.

—No tiene muchos títulos la tal persona, observó Blanca.

—¿Por qué decís eso?

—Por lo poco que os ha costado escribir su nombre.

—Ahí los veréis, y adiós, que me voy á trabajar.

Paolo arrojó el papelito enrollado á la ventana de Blanca, y cerró la suya.

Blanca abrió el papel y leyó:

«Francisco II de Médicis, gran duque reinante de Toscana.»

Blanca quedó con el papel en la mano, inmóvil, trémula, como fascinada, y del mismo modo que si la lectura de aquellas pocas palabras la hubieran petrificado.

En todo el día comió, ni pudo pensar en otra cosa que en el duque.

Sentada al lado de aquella ventana, esperaba volver á verle pasar, para espiar en la expresión de su rostro los sentimientos del soberano.

Nada dijo á su marido de haberle visto; y Paolo, que tampoco vió aquel día á Pedro, se lo calló igualmente.

Blanca era presa de un desasosiego mortal: en aquella alma empezaba á fermentar la ambición dormida por su tierna edad, pero que bien pronto debía ocuparla toda.

Pedro, oyéndola suspirar en su perpetuo desvelo, la llamó dos ó tres veces, pero ella no dió señales de haberle oído.

—¡Pobre niña! se dijo Bonaventuri: está enferma.

Blanca estaba enferma en efecto, pero sólo del alma.

Al día siguiente, así que la luz del alba se extendió por el mundo, Blanca dejó su lecho.

Su marido la abrazó con ternura, la instó para que tomase parte en el almuerzo, lo que ella rehusó tenazmente, y salió para su escritorio más triste que el día anterior.

Blanca corrió á su ventana, después de haber arreglado sus hermosos cabellos con más cuidados que de costumbre.

Hacia el medio día vió llegar al que esperaba, y procuró observar todos los rasgos de su figura, con toda la atención que le permitió la agitación de su alma.

Era joven, pues su edad no pasaba de los 34 á los 36 años: su alta y majestuosa estatura, su cabello negro, sus ojos llenos de fuego, le hacían á la vez agradable é imponente: vestía con sencillez una ropilla de terciopelo verde y un sombrero con plumas negras.

Miró á Blanca con atención apasionada, y la saludó, quitándose su sombrero con un ademán lleno á la par de respeto y de elegancia.

El demonio del orgullo se agitó en el corazón de la esposa de Bonaventuri. ¡El soberano la saludaba á ella, pobre esposa de Pedro, el escribiente de un oscuro negociante! Creía estar soñando.

Nada es más frecuente que esas tristes obceca-

ciones en las almas débiles: las faltas de aquella joven se podían excusar hasta aquel día por la pasión que había profesado al que era su marido; pero las que en adelante cometió eran mucho menos disculpables, puesto que sólo tenían por móvil la ambición, que es la más ruin de todas las pasiones.

Blanca correspondió al saludo del gran duque con una inclinación á la que supo dar un carácter tal, que éste no dudó ni por un instante de que le había reconocido, lo que le contrarió algún tanto al parecer, porque se retiró en seguida.

La joven sintió al instante las inmediatas consecuencias del mal obrar; al ver alejarse al duque, la mayor zozobra se apoderó de su espíritu.

—¿Se habrá ofendido? se preguntaba: ¿volverá? ¿estará enojado?

Hubiera querido apresurar el curso del tiempo hasta el siguente día á la. misma hora, pensando, con mortal angustia, en el largo espacio que faltaba para volverle á ver.

Aquella misma noche se hallaba sentada junto á su ventana. Pedro estaba á su lado y trataba en vano de consolarla, pues aunque ignoraba la causa de su pena, la veía aquel día mas abatida que de costumbre.

De repente vieron entrar un carruaje en la calle, arrastrado por dos caballos desbocados.

Dentro del carruaje se oían los gritos penetrantes de una mujer que pedía socorro.

Algunos vecinos salieron para ayudar al cochero, y el mismo Pedro bajó también, llevado de su buen corazón.

Así que los caballos fueron contenidos, sacaron del carruaje á una dama casi desmayada, y que debía pertenecer á la más elevada clase, á juzgar por la magnificencia de su vestido.

Consistía en un rico traje de damasco azul con gorguera y mangas de encaje de oro fino, y al levantar el velo blanco que cubría sus facciones apareció un rostro hermoso, pero lleno de altivez.

La desconocida fué conducida á la habitación de Blanca y socorrida con los pobres recursos que ofrecía aquella humilde casa.

Se la colocó en un viejo sillón y se la desabrochó el traje, con lo que pudo respirar con alguna libertad; parecía acongojada del susto, pero ni ella, ni el cochero, ni los caballos habían sufrido lesión alguna.

—Gracias, hermosa niña, dijo á Blanca: lo que os debo sólo os lo puedo pagar con mi amistad, que os ofrezco con la mejor voluntad; venid mañana á mi casa. Soy la princesa Leonor Costello, y vivo en la calle de... Venid mañana á mi palacio y seré muy dichosa al veros.

—¡Oh señora! ¡no dudéis que iré! exclamó Blanca con la ingenuidad propia de sus pocos años, y con la alegría que no podía contener: ¡vos no sa-

béis, no podéis saber el bien que me hacéis con esa oferta!

—¡El bien lo he recibido yo de vos!

—¡Nada me debéis, y en cambio yo os debere el no morir acaso de tristeza y desconsuelo!

—¿Qué decís? ¿sois desgraciada?

—¡Mucho!

—¡Tan jóven! ¡tan bella!

—¡Tal vez á causa de eso mismo!

—¿Sois casada?

—¡Sí, señora!

—¡Decís eso con acento tan triste!

—¡Es que soy muy desgraciada, señora!

—¿Tenéis motivos de pesar en vuestro matrimonio?

—¡Muchos!

—¡Tanto mejor! dijo la dama, que no pudo reprimir un movimiento de alegría.

Blanca la miró asombrada.

—¿Decís tanto mejor?

—Sí, hija mía; mañana os explicaré por qué lo digo; porque ¿supongo que vendréis á mi casa?

—Iré sin falta.

—¡Ahora, adiós!

—Adiós, señora.

La dama salió acompañada de su séquito, y Blanca quedó más pensativa y preocupada de lo que antes estaba.

A la vista de aquel rango, que había sido el

suyo, de aquel lujo, de aquellas joyas, hasta la imagen del gran duque se borró de su memoria.

El soberano se hallaba demasiado lejos de ella.

A la dama podía acercarse con más facilidad.

Blanca pensó en los medios de salir de aquella situación intolerable, ¡de aquella pobreza que la consumía, de aquella oscuridad que la mataba!

Se resolvió, pues, á contar á la princesa Leonor la historia de sus desgracias, y ver si ella encontraba algún remedio para aliviarlas, olvidando, en su inexperiencia, que el matrimonio es un nudo que sólo la muerte puede desatar.

Blanca, como la joven corza que lleva clavada la flecha del cazador y que corre con angustia de un lado á otro sin poderse libertar de ella, recorría las regiones de su pensamiento, sin hallar en ninguna paz y consuelo á su dolor.

VIII.

Al siguiente día se levantó muy temprano, y así que su marido hubo salido para sus diarias ocupaciones, Blanca dispuso su mejor vestido para ir á ver á la princesa.

Conservaba el traje que llevaba puesto al salir de su casa, y que, en el arrebato de su amor, había

trocado con tanta alegría por la basquiña de lana y la toca de gasa de las mujeres del pueblo.

Aquel traje, uno de los más sencillos que Blanca tenía en casa de su hermano, era sin embargo de seda, de un elegante color claro y de graciosa y distinguida hechura, como los que usaban las damas de la nobleza.

Blanca había vendido, al llegar á Florencia, las sortijas que tenía puestas, para atender á las primeras necesidades de su casa; lo mismo había hecho con sus arracadas de oro, y tuvo que vestirse sin joya alguna.

Pero estaba encantadora con su traje de seda de color de gris plata y su largo velo blanco, á través del cual se veían los rizos de sus hermosos y abundantes cabellos rubios.

Llegada que fué la hora en que le pareció que ya podía ir á casa de la princesa, se encaminó á ella, fluctuando entre la timidez y la alegría.

La princesa se hallaba, cuando ella entró, sola en su cámara; se levantó para recibirla y la abrazó, contemplándola después con admiración.

—¿Qué significa ese traje? exclamó por fin; ¿por qué habéis dejado el que vestíais ayer?

—Señora, repuso Blanca, este traje es el que usaba antes de casarme.

—¿Sois, pues, de familia noble?

—De una delas más ilustres familias de Venecia.

—¿Su nombre?

—Mi hermano es el patricio Victorio Capelo.

—¿Y sin duda la misma joven de cuya desaparición se ocupaba la ciudad entera cuando yo estuve allí con mi esposo?

—Es posible.

—¿Cuánto hace que os casasteis?

—Cerca de quince meses.

—¿Os sedujo vuestro marido? ¿os robó?

Blanca contó entonces toda la historia de su casamiento, interrumpiéndola sus lágrimas con frecuencia.

Cuando acabó de hablar, la princesa le tomó una mano y le dijo con dulzura:

—Ahora, que yo os he escuchado, oidme á mí con atencion.

—El accidente de mi coche, que vos presenciasteis ayer, no fué casual; estaba hábilmente preparado por mi cochero, para que yo me detuviera en vuestra casa.

—¡Qué decís! exclamó Blanca asombrada.

—La verdad; el gran duque os ha visto... os ama... y me ha encargado que os trajera aquí; podéis, pues, salir de la triste posición en que os halláis.

Blanca no halló palabras para contestar; de tal suerte la dominaba el asombro.

Con la cabeza inclinada, las mejillas rojas, se asemejaba á la estatua del rubor.

La joven no concebía el vicio, y si deseaba salir

de su mísera condición, jamás había comprendido que pudiese ser de otra manera que dando á su marido una posición más decorosa y más lucrativa que la que tenía.

En tanto que reflexionaba así, se abrió una puerta; la princesa se volvió, hizo un ademán de asombro y se levantó con respeto.

Blanca miró á la persona que acababa de aparecer, y el terror se pintó en sus ojos.

Era el gran duque.

La pobre niña iba conociendo demasiado, á pesar de su inocencia, el lazo que se tendía á su honra, y se puso á temblar deplorando su vanidad, que la había arrastrado á él.

Pensó de qué modo podría salir de aquel deplorable lance, y se dijo que sólo podría lograrlo con la huída.

Pero cuando echó el velo sobre su rostro para salir, vió desaparecer á la princesa.

El duque se sentó á su lado y quiso tomarle una mano, que ella retiró.

—Señor, le dijo dejándose caer á sus pies de rodillas: ¡Lejos de querer perderme, dadme vuestro amparo! ¡Soy, es verdad, la esposa de un hombre del pueblo; pero soy también Blanca Capelo, de la ilustre familia veneciana que lleva este nombre! ¡Si soy víctima de una violencia, la república os pedirá cuenta de mí..... porque mi hermano, que ha permanecido mudo ante el enlace desigual que

contraje, no callará ante mi deshonra! ¡Señor, ya que sois grande y poderoso, no ultrajéis al desvalido, sino tendedle vuestra mano protectora! ¡Yo he amado ciegamente á mi marido... aun le amo, y, sobre todo, amo á mi honor! Si algún día os llego á inspirar un cariño verdadero, si deseáis mi presencia, elevadle á él, porque ahora huyo de vos, y sólo á su lado me veréis en la corte.

Hablando así, Blanca lloraba y su llanto aumentaba de tal modo su belleza natural, que Francisco de Médicis la miró durante largo tiempo extasiado y silencioso.

—¡Alzad, señora, le dijo presentándole su mano con respeto: alzad y nada temáis de mí: no permita Dios que yo ultraje jamás la belleza, la inocencia y la virtud desvalida! Ya no deseo nada de vos, sino que admitáis mi protección desinteresada para vuestro esposo: decidle que se presente en mi palacio, y decidme vos ahora su nombre.

—Se llama, dijo Blanca, Pedro Bonaventuri.

—Está bien: con sólo nombrarse llegará hasta mí: ahora idos y nada temáis.

Blanca besó, llena de reconocimiento, la mano de Francisco, y se puso de pié, dirigiéndose al instante á la puerta, cubierta con su blanco velo.

El soberano la siguió con una mirada triste.

—¡Adiós, mis dulces sueños! murmuró: ¡Vuelvo á los áridos negocios, á los rudos cuidados del gobierno sin ninguna compensación! ¡Pero, á lo me-

nos, llevo conmigo el consuelo de no haber faltado á lo que prescribe el honor!

Y el gran duque, después de dar lugar á que Blanca se alejase, salió lentamente del palacio Costello, con gran asombro de la princesa, que no acertaba á explicarse el giro que había tomado aquel negocio.

Blanca refirió á su marido todo lo ocurrido con la más escrupulosa fidelidad: éste la abrazó elogiando lo que él llamaba su virtud, y que no era otra cosa que lo que hubiera hecho toda mujer honrada.

Apenas se hallarían palabras para descubrir el júbilo de Pedro al oir que el duque le llamaba y que había asegurado á Blanca de su protección: pensar que iba á obtener un cargo en la corte, que iba á salir Blanca de la penosa oscuridad en que vivía, que iba á alcanzar, por fin, una posición envidiable, era como un sueño brillante que no acertaba á explicarse su entendimiento; aquel día fué de verdadera fiebre para los dos esposos, y los pocos instantes en que pudieron adquirir alguna serenidad, los ocuparon en preparar el traje que debía ponerse Pedro.

Acordaron que comprase uno de seda negro acuchillado de terciopelo, que era un medio de decencia entre la pobreza y el lujo; y después de vestido con él, fuerza es confesar que había muy pocos que hubieran podido sostener la competencia con el esposo de Blanca.

—¡Adiós! dijo abrazando á su mujer; cuando haya vuelto, ya no seremos pobres y oscuros plebeyos; ya estaremos en el camino de los honores y de las riquezas.

Blanca esperó á su marido con profunda ansiedad, y recostada en aquella misma ventana donde la había visto el gran duque.

Cerca de las doce volvió Pedro, y Blanca salió á su encuentro.

En el semblante de su marido conoció que traía buenas nuevas.

—¿Qué hay? le preguntó.

—¡Dentro de algunos días, repuso él, causaremos envidia á todos! ¡El duque me ha nombrado su tesorero mayor; mañana iré á cobrar un adelanto sobre mi sueldo, y pasaremos á ocupar uno de esos lujosos palacios que con tanta envidia mirabas, Blanca mía. ¡Ya vas á ser rica y envidiada de todos! ¡Ya no te desdeñará tu familia! ¡Ya soy más de lo que ha sido nunca tu hermano!

—¡Oh, sí! exclamó la joven. ¡Ya verás ahora cómo buscan mi amistad y mi cariño! Todo lo es la riqueza y el poder en el mundo! ¡Harto bien lo he aprendido ahora, y harto bien me acordaré de ello mientras viva! ¡Riqueza! ¡poder! ¡He aquí lo que debe ser nuestra sola aspiración, y á lo que debemos encaminar todos nuestros proyectos en adelante!

Al hablar así Blanca, lanzaban chispas sus ojos;

sus mejillas estaban encendidas, su seno palpitaba con fuerza; se veía claramente que despertaba en ella lo que hasta entonces había dormido, lo que era su pasión dominante, la ambición.

Aquella pasión se trasmitió, como una chispa eléctrica, al alma débil de su marido: en adelante, su mismo amor á Blanca debía ceder á ella, y su esposa debía ser la primera víctima.

Inútil parece decir que los dos esposos no durmieron, ni aun se acostaron aquella noche.

Así que la aurora envió al mundo su primera luz, salieron para buscar su nueva vivienda.

Blanca llevaba el traje de noble, que había abandonado al casarse, y que había sacado de nuevo para ir al palacio Costello.

Su marido, el vestido que había comprado para ir al palacio Médicis.

Ninguna vivienda de las que estaban para alquilar les parecía bastante suntuosa; Pedro hallaba esta estrecha, la otra oscura, la otra barata: se fijaron, por fin, en un lindo palacio cerca del de Médicis, y quedó convenido entre ellos que así que Pedro percibiese su adelanto, iría á pagar el alquiler.

Pocos días después, el palacio, amueblado suntuosamente y lleno de criados, que vestían una magnífica librea, recibía á los esposos Bonaventuri.

Iban solos; la madre de Pedro, acometida de una enfermedad repentina, había muerto antes de

sentir los efectos de la nueva posición de su hijo.

Cualquiera hubiera dicho que aquella buena y sencilla anciana había querido morir en la humilde oscuridad en que había nacido, sin conocer las mudanzas de la fortuna.

Pedro no sintió aquella pérdida sino de un modo muy ligero.

La prosperidad y la riqueza le sonreían en lontananza, y no podía fijarse en la muerte.

Blanca aun la sintió menos; jamás había amado á aquella mujer, tan humilde, tan ruda, tan ignorante de todas las cosas de la tierra, menos del amor que se debe á Dios y á la familia.

Los dos esposos entraban, pues, de lleno y solos en la gruta misteriosa de la fortuna, que les abría sus brazos sonriéndose locamente.

IX.

Francisco de Médicis, segundo de este nombre, y gran duque de Toscana, estaba casado con la princesa más perfecta de su siglo, no en cuanto á belleza, pues no pasaba de ser simpática y agraciada, sino por lo que toca á las prendas del carácter y del corazón.

Juana de Austria, hija del emperador Fernando I, era un modelo de prudencia, de bondad, de

nobleza y de todas las virtudes que ennoblecen á nuestro sexo.

He aquí lo que de ella dice el padre Hilarión Coste, en su *Galería de mujeres ilustres*, en la que le da un lugar honorífico:

«Era el refugio de los desgraciados, el apoyo »de los débiles, el consuelo de los afligidos, el »recurso de los miserables, el amparo de las viu »das, el contento y el reposo de todos.»

Juana amaba apasionadamente á su marido; á pesar de las frecuentes infidelidades del duque, jamás se quejó, y se contentaba con derramar llanto en secreto, sin dar á nadie cuenta de sus penas.

Esta admirable fortaleza le granjeó todo el amor y el respeto del severo cardenal, hermano de su marido, Fernando de Médicis, que la aclamaba por una de las más perfectas personas de su tiempo.

—¿Por qué no os quejáis á Francisco de su vida desordenada? le preguntaba algunas veces el cardenal.

—¿Y qué adelantaría con quejarme?

—En primer lugar, que supiera que no ignoráis sus excesos: después, que se enmendase de ellos.

—Sea que estos excesos sean hijos de su poco amor á mí, sea que á ellos le lleve una irresistible afición, creo, hermano mío, que adelantaré más con la prudencia que con quejas inútiles; porque si no puede ó no quiere dejarlos, ¿qué harán mis quejas y mis lamentos? Irritarle contra mí, ó acaso

precipitarle en mayores excesos; lo mejor que puedo hacer es fingir que todo lo ignoro, pues en tanto que me oculte sus extravíos, aun me respeta lo bastante.

Sin embargo, todos los extravíos del duque cesaron, pero no por su enmienda, sino para dar lugar á una pasión más terrible y mas peligrosa que todos ellos.

La belleza de Blanca Capelo había herido su corazón de una manera incurable; vana fué la resistencia de la joven, y vanos sus propósitos de desechar todo pensamiento impuro hacia ella; cuanta más violencia se hacía, tanto más crecía su pasión.

Deseando á toda costa acercarse á Blanca, procuró y consiguió que la gran duquesa la nombrase su dama de honor.

Juana de Austria tenía poca más edad que Blanca; la hermosura simpática de ésta, su dulce carácter, sus maneras afectuosas, cautivaron á la princesa, que llegó á no poderse pasar sin ella.

La envidia agitó bien pronto sus negras alas sobre la cabeza de Blanca Capelo, y no faltó quien fuese á contar á su señora que el gran duque se hallaba ciegamente enamorado de ella.

Juana palideció al oir esta acusación; si era verdad, llegaban sus penas al último extremo adonde podían llegar: tenía en su casa, bajo su techo, á su rival, á su enemiga... ¡Ella la había conducido allí sin saberlo, sin sospecharlo siquiera!

No obstante, procurando dominar su dolor, respondió á la que había ido á darle aquella noticia, que creía en dos cosas: en la virtud de Blanca, y en que su esposo la respetaba demasiado para poner ante sus ojos semejante intriga.

Pero á pesar de aquella fortaleza aparente, una pena secreta devoraba su corazón.

Veía á su marido pálido, desmejorado, sombrío, meditabundo; le veía inapetente, martirizado por un tenaz insomnio; ¿de donde nacía aquella mudanza tan triste?

Observó con cuidado á su dama de honor, pero ésta no daba el más leve motivo para sus sospechas.

Iba á palacio siempre acompañada de su marido; permanecía allí constantemente hablando con la gran duquesa, y su marido volvía á buscarla.

Juana decidió interrogarla implorando su franqueza y su lealtad.

Pero Blanca era muy sagaz; comprendió que, confesando la persecución del duque, nada más conseguía que mortificar á su esposa, y negó redondamente que jamás hubiese existido relación alguna entre ella y Francisco.

Juana se tranquilizó, y siguió llenándola de pruebas de su amistad y de su cariño.

El gran duque, deseando por su parte captarse la gratitud de Blanca, colmaba sin cesar á Pedro de distinciones y honores, y el antiguo dependiente

de los Salviatis de Venecia llegó á ser, en pocos meses, el magnate mas opulento y poderoso de la corte de Toscana.

El lujo de los dos esposos no tenía límites. Blanca, ambiciosa y dominante, sabía, sin dar esperanzas positivas al gran duque, obligarle á continuas pruebas de su munificencia: así, pues, no llegaba día señalado para la familia del gran duque, y aun para la de Blanca, que no recibiese ésta algún presente de gran valor.

Ya era un soberbio aderezo de pedrería; ya un vestido de brocado de oro con acuchillados de raso blanco y perlas.

Blanca eclipsaba á todas las damas en lujo y en hermosura, y su arrogancia se hizo de tal modo grande, que le atrajo muchas enemistades.

Blanca no podía contar con una sola amiga: es verdad que la gran duquesa la amaba y la protegía, pero esto era en una esfera muy elevada: en la de la vida usual, sólo tenía enemigos y rivales.

La envidia rodeaba á los dos esposos con su negra tela; aun tenía más enemigos Pedro que su esposa; su petulancia, su altivez, su duro corazón para todo el que sufría é imploraba su misericordia, no conocía límites, y en aquella pequeña corte en que los odios fermentaban y en que el asesinato era una cosa muy natural, su vida se hallaba expuesta á mil peligros.

Había en el palacio de Médicis un hermoso niño,

que era quizás la persona que más amaba á Blanca.

Don Juan de Médicis, hermano natural del gran duque, y de edad entonces de once años, sentía por la joven y bella dama de honor una ternura ilimitada.

Aquel príncipe, hijo del gran duque padre de Francisco, y de una mujer, que había muerto hacía dos años, fué reconocido y educado por su hermano á instancias de su esposa, la benéfica y angelical princesa Juana.

Blanca Capelo hizo también de aquel niño el instrumento de su ambición, y cuando no se atrevía á pedir alguna cosa á los soberanos, era don Juan el encargado de alcanzarla.

—¿Por qué me queréis tanto, monseñor? preguntó un día Blanca al tierno príncipe.

—Os quiero, señora, repuso éste, porque os parecéis á mi madre.

—¿Os acordáis de ella?

—¡Sí! Vivíamos en el campo, en una bella casa sombreada por árboles: delante de ella corría un río pequeño, cuyas márgenes estaban bordadas de flores... ¡Qué hermoso era aquello! ¡Yo era pequeñito, pero me acuerdo de que allí cantaban los pajaritos, y reía la fuente! ¡Mi madre se parecía á vos: ¡Una tarde se puso muy blanca, se durmió en un sillón y ya no se volvió á despertar!

Don Juan lloraba al acabar de pronunciar estas palabras.

Blanca procuró no volver á tocar más esta conversación.

Poco tardaron en llegar á Florencia Victorio Capelo y su esposa Lucrecia: al saber la elevación de Blanca y de su marido, olvidaron todos sus resentimientos, y corrieron á participar de ella; y el que había negado á su hermana una pequeña pensión para que pudiera vivir, no se avergonzó de aceptar sus beneficios.

Francisco II, deseando captarse de todos modos el afecto de Blanca, nombró á Victorio su primer ministro, y de esta suerte, la del reino quedó entre las manos de Pedro Bonaventuri y de Victorio Capelo.

Bien pronto gimió la Toscana bajo el peso de sus exacciones: bien pronto se mult iplicaron los descontentos, y este estado de exasperación creció todavía con la repentina muerte de la gran duquesa, pérdida cruel é inopinada, que sumió los Estados del duque en el mayor dolor.

La muerte no se contentó con herir á aquella ilustre víctima: la envidia y el odio armaron las manos de los enemigos de Pedro Bonaventuri, y una noche, al volver á su casa, fué éste cosido á puñaladas.

Pedro quedó muerto en el acto, y hasta la mañana siguiente no fué hallado su cadáver.

El terror, la angustia de Blanca al ver entrar el cuerpo de su marido, no es fácil describirlos: le

había amado de todo corazón, y su pena fué tan grande como sincera.

X.

La muerte había roto casi al mismo tiempo todos los lazos que, uniendo al gran duque y á Blanca con otros seres, los separaban á ellos.

Francisco quedaba viudo, y tambien la mujer, á quien, á pesar de disimularlo, no había cesado de amar.

Los asesinos de Bonaventuri permanecieron encerrados en el más profundo misterio, lo que no era extraño en aquella época en que el asesinato por el puñal y por el veneno se tenía por la cosa más natural y más corriente.

Los que habían dado muerte al favorito, eran dos asesinos de oficio pagados por sus enemigos, que, después de consumado el crimen, huyeron de Toscana.

Blanca permaneció encerrada durante muchos días en su casa; con la muerte de la gran duquesa, su cargo en palacio había cesado.

La corte entera murmuraba de aquella linda jóven, rica y libre.

Achacaban á Blanca la muerte de la gran duquesa.

Atribuían al gran duque el asesinato del esposo de Blanca.

Se desplegó el rigor contra estas habladurías; se hicieron prisiones, y algunos personajes fueron sepultados en las cárceles de Estado.

Pero el rigor, como sucede casi siempre, acreció los odios, y los descontentos se quejaron al cardenal de Médicis de estar gobernados por la favorita del gran duque.

El cardenal escribió desde Roma á su hermano; éste respondió que ignoraba á qué aludían sus amonestaciones, pues ninguna clase de relaciones le unían á Blanca.

Francisco, al menos por entonces, tenía razón; ni él era culpable de la muerte de Bonaventuri, ni Blanca lo era de la de la gran duquesa.

A ésta la había llevado Dios á su seno.

Pedro había sido víctima de la envidia y del odio.

A pesar de todo, los dos siguieron siendo culpables ante el mundo.

Francisco II, de carácter demasiado independiente para doblegarse á mezquinas consideraciones, pasados los primeros días de su luto, fué á casa de Blanca y le renovó todas las protestas de su amor.

—Señor, dijo la joven, ¿qué queréis de mí? ¿Acaso pensáis que, porque soy viuda, me doblegaré á ser vuestra manceba? ¡No lo esperéis jamás!

—No lo espero, Blanca, dijo el gran duque, y os amo y os estimo demasiado para que jamás lo haya esperado; tengo acerca de vos otras miras más altas.

—¡Otras miras! repitió asombrada la joven.

—Sí, por cierto.

—¿Y cuáles son esas miras, señor?

—¿No lo adiviináis?

—Confieso que no.

—Pues bien, quiero haceros mi esposa.

—¡Yo gran duquesa de Toscana! exclamó Blanca, que palideció ante la idea de semejante elevación.

Luégo, dominando su alegría, añadió:

—¿Y no teméis, señor, á la oposición de vuestros vasallos?

—A nadie temo.

—¿Ni al odio que me profesa el cardenal vuestro hermano?

—Tampoco... pero, añadió Francisco, os voy á advertir una cosa, Blanca.

—Decid, señor, repuso la joven, no sin algún sobresalto, producido por el temor de que se deshiciese su boda.

—Nuestra boda tiene que ser secreta; perdonadme el que os lo diga, y el que me vea obligado á esta medida de política.

—Está bien, señor, dijo Blanca, conociendo que no sería prudente, por el afán de ganar mucho,

pederlo todo; es demasiado grande la honra que me hacéis para que yo me atreva á pediros más.

Pocos días después de aquella conversación, se efectuó el casamiento en la capilla del palacio ducal, y sin más testigos que dos servidores adictos del gran duque.

Blanca ya ceñía á sus sienes una corona soberana.

La desposada no pudo resistir al deseo de contar á su hermano y á la esposa de éste hasta dónde había llegado su fortuna, y esta noticia se trasmitió á algunas personas que se apresuraron á ir á rendir á los pies de Blanca el incienso de su adulación.

Poco á poco se fué formando, al rededor de la joven, una corte brillante y numerosa.

La noticia de aquel enlace llegó hasta Roma y á oídos del cardenal Fernando, que aun en los momentos en que estaba más dominado por su enojo, lo puso en duda; sin embargo, queriendo cerciorarse de la verdad, partió precipitadamente para Florencia y se fué derecho al palacio del gran duque.

Halló á éste enfermo de gravedad; el severo prelado tenía el paso abierto y franco, y llegó hasta la cámara de Francisco por una serie de suntuosos salones, en todos los que se hablaba en voz baja y reprimida.

Al paso del cardenal, todos se descubrían y se

inclinaban con tanto temor, por lo menos, como respeto.

La cámara del gran duque, espaciosa y alegre de ordinario, estaba, al entrar el cardenal Fernando, á una media luz; un médico se hallaba entre los cortesanos, agrupados á un lado de la estancia; al lado del lecho, y sentada en un sillón esculpido, se veía á una mujer.

Era Blanca; sólo de su mano admitía el ilustre enfermo las medicinas y los alimentos, y ella era la unica persona encargada de su asistencia y cuidado.

A los pies de la cama, el príncipe Juan hojeaba un libro con láminas de caza.

El cardenal entreabrió las cortinas del lecho y miró á su hermano, que estaba pálido é inanimado.

Blanca se asustó un poco á la vista del cardenal; pero reflexionando después que ya era la gran duquesa de Toscana, y que nada tenía que temer de él, se tranquilizó y procuró demostrar serenidad.

Hizo ademán de levantarse para saludar al cardenal, pero éste le volvió la espalda, como si no la hubiera visto, y se fué derecho al médico, al que hizo una señal imperiosa.

El doctor acudió á ella.

—Vais á decirme, sin rodeos, cuál es el estado de mi hermano, dijo el prelado.

—Muy grave, monseñor, respondió el médico sin vacilar.

—¿Ofrece peligro?

—De muerte.

—Está bien; ya no os necesito, dijo Fernando.

Acercándose luégo á los nobles, preguntó con voz serena y vibrante:

—¿Podréis decirme, señores, quién es esa mujer que se halla á la cabecera del lecho de mi hermano?

Nadie respondió á esta pregunta.

—Juan, añadió el cardenal dirigiéndose á su hermano, venid aquí.

El niño se acercó temblando.

—¿Quién es esa mujer que se halla en la alcoba de nuestro hermano? volvió á preguntar Fernando.

—¡Es Blanca! respondió el niño.

—¡Blanca!

—¡Sí! ¡Blanca Capelo, viuda del señor Pedro Bonaventuri!

—¡Y bien! ¡Yo creía que, muerta la gran duquesa, nuestra muy amada hermana, á quien Dios se dignó llamar á sí, ninguna otra mujer tenía el derecho de estar al lado del gran duque!

—Hermano, repuso Juan, ¡la señora Bonaventuri nos ama á S. A. y á mí, nos cuida... y le asiste en su dolencia!

—Eso será muy bueno para que se emplee en las funciones que competen á tu aya, repuso el cardenal; pero me parece que S. A. ha salido ya de la edad en que se necesitan las directoras de educación.

Acercóse, dicho ésto, de nuevo á la alcoba, y dijo severamente á Blanca:

—Retiraos, señora.

Blanca, ofendida, miró al cardenal con iracundo semblante.

—Retiraos, repitió éste: ¡Tengo que hablar á mi hermano!

Blanca comprendió que nada conseguiría con irritarse, y que para aquel hombre terrible era necesario emplear la diplomacia y no la fuerza, y salió de la cámara.

El cardenal se sentó á la cabecera de su hermano.

Y como si éste hubiera adivinado su terrible presencia, alzó los ojos y se volvió hacia él.

—¡Hermano! dijo mirándole con asombro: ¡Vos aquí!

Luégo añadió, como si sus padecimientos le molestasen mucho:

—¡Estoy muy malo!

—Ya lo sé, repuso el cardenal: estáis muy enfermo del cuerpo y también del alma; y yo he venido á ver lo que se hace para salvar el primero, y á sanar, si me es posible, la segunda; no me miréis así, Francisco: estamos solos y voy á hablaros de hermano á hermano: ó mejor dicho, como un ministro de Dios á un grande penitente.

—Ya os escucho, dijo el gran duque: hablad, y yo responderé á todos los cargos que me hagáis.

—¡Pues bien! ¿Quién es esa mujer que he hallado al lado de vuestro lecho?

—Blanca Capelo.

—¿Y con qué títulos está aquí?

—Con el más sagrado que puedo alegar.

—¡Un título sagrado! murmuró el cardenal, que se volvió pálido.

—¡Sí! con el sagrado título de esposa mía.

—¡Cómo! ¿Os habéis casado con esa mujer?

—¡Sí!

—¡No! ¡Eso no puede ser! ¡Eso no será! ¡No bien habéis perdido á vuestra santa, vuestra angelical esposa, quizás á causa de las penas que vuestras relaciones con esa misma mujer le ocasionaban, y os casáis con ella! ¡Eso sería indigno!

—Pues esa es la verdad.

—¿Os habéis casado con Blanca Capelo?

—Blanca Capelo es mi esposa; á darle mi nombre me ha inducido un violento amor, y tan sólo hay que culpar á la debilidad humana; pero como quiera que sea, yo os aseguro, hermano mío, que en tanto que el esposo de Blanca ha vivido, no he sostenido con ésta relaciones de amor, y que, si bien la amaba apasionadamente, he sabido encerrar este amor en lo más profundo de mi corazón, hasta el día en que la voluntad de Dios la dejó libre: ahora que ya sabéis cuáles son los derechos de Blanca, sabed también que si Dios me deja recobrar la salud, pienso publicar al instante mi ma-

trimonio con ella, puesto que nada se opone á que goce del rango que le corresponde.

El cardenal se hallaba pálido y convulso: el furor le ahogaba: él hubiera deseado que Francisco se hubiese casado con una princesa poderosa, cuya familia hubiera aumentado el esplendor de su casa; pero la unión de su hermano con aquella vasalla, con aquella pebleya que parecía dominarle de tal modo, le ponía en un estado de furor difícil de expresar.

Sin embargo, como hábil diplomático, ahogó su enojo, y pareció como que se conformaba con la voluntad de su hermano.

—Si estáis unido por esos lazos á Blanca, le dijo, creo lo más acertado que deis publicidad á vuestro matrimonio; mas para eso debéis pedir antes su autorización al rey Felipe II de España; este reino es respetado de todos, y creo que sería muy impolítico que no le pidieseis su venia para publicar vuestro enlace; ahora, Francisco, quiero dejaros reposar.

El cardenal salió de la alcoba de su hermano con el semblante severo, pero reposado; nadie, al verle, hubiera sospechado la tempestad que rugía dentro de su alma.

XI.

No bien se halló Fernando de Médicis solo en la cámara que á toda prisa se le había dispuesto en el palacio ducal, oyó llamar suavemente á la puerta; contrariado, mandó al camarero que tenía para su servicio en la estancia inmediata, que dijese que no quería recibir á nadie.

El camarero lo hizo así; pero la persona que solicitaba entrar, y que tenía por cierto una dulce voz, insistió:

—Decid á monseñor, exclamó, que es una dama quien desea verle.

—No puede recibir á nadie absolutamente, señora.

—Que pase esa dama, y tu retírate, dijo Fernando al servidor.

Una mujer, de estatura mediana y llena de gracia, entró con paso ligero y levantó, así que hubo salido el camarero, el espeso velo negro que caía delante de su rostro.

Detrás de aquel velo aparecieron un semblante oval y perfecto, unos cabellos negros y una boca de rosa y perlas; el cardenal, á pesar de su austeridad, quedó mirando asombrado á aquella mujer.

—Monseñor, dijo ésta: yo soy Lucrecia Piombo,

la esposa de Victorio Capelo, hermano de Blanca.

—¡Y bien! dijo el cardenal arrugando su espaciosa frente al oir el nombre de Blanca.

—Presumo, monseñor, que estaréis irritado contra mi hermana, que ha sido además y sigue siendo mi mejor amiga.

—¿Por qué pensáis eso? dijo Fernando, que no sabía adónde Lucrecia iba á aparar.

—No sé por qué, monseñor, se me figura que Blanca os es odiosa; pues bien, os suplico que le tengáis alguna consideración: no es la favorita: es la esposa del gran duque.

—Ya lo sé, repuso el cardenal.

—¡Lo sabéis! repitió Lucrecia fingiendo, de una manera admirable, una profunda sorpresa.

—Lo sé.

—¿Quién os lo ha podido decir?

—Mi hermano.

—¡Es posible! ¿Y... no os ha dicho lo demás?

—¡Lo demás! ¿Qué queréis decir?

—¿Sólo sabéis eso?

—¿Qué más puedo saber?

— Que Blanca...

—¡Acabad!

—Blanca está encinta.

La palidez, signo de su terrible ira, volvió á vestir la adusta frente del cardenal; no sólo su hermano contraía un enlace desigual, sino que lograba un hijo, el primero, y el que le arrebataba todas

las esperanzas de poder y de engrandecimiento.

—¡Y bien! Si mi hermano se ha casado, nada hay más natural sino que tenga hijos, dijo, procurando que Lucrecia no descubriese su turbación.

—¿De modo que no os enojáis por el matrimonio de Blanca?

—¡No!

—¿Ni le perseguiréis?

—¡No!

—¡Gracias, monseñor!

—¿De qué me dais las gracias?

—¡Os la doy por vuestra justicia! Blanca me ha enviado á implorar vuestra piedad en nombre de su hijo.

—¿Ella os ha enviado?

—Sí, monseñor.

—Pues decidle que esté tranquila.

Lucrecia salió.

En el corredor donde se hallaba la puerta de la cámara del cardenal, y oculta en la sombra, vió á otra mujer que la esperaba.

—¿Qué hay? preguntó ésta rápidamente.

—Ya he cumplido tu encargo.

—¿Y se ha irritado?

—¡Mucho! pero no lo ha dado á conocer.

—¿Sabía mi casamiento?

—¡Sí!

—¿Quién se lo había dicho?

—El gran duque.

—¡Será posible!

—Así me lo ha dicho él mismo; por lo tanto procura llevar adelante esta farsa, que podría costarnos cara si se descubriese; pero que de permanecer oculta, es la prosperidad, es el poder supremo para ti.

—Sí, dijo Blanca con calor; ¡esta noche noticiaré á mi marido mi supuesto embarazo; después aparentaré mala salud, y cuando llegue la época del alumbramiento, deberé á un pobre niño expósito el poder asegurar sobre mis sienes la corona de Toscana; de lo contrario... sí estoy segura de ello... me la arrebatarían! ¡Oh, sí! ¡El cardenal me aborrece, me detesta! ¡Lo sé! ¡lo siento aquí, en el fondo de mi corazón!

—¡Si hubieras vistos las alternativas de su semblante en tanto que yo le he hablado, aun le temerías más! ¡En aquella palidez estaban encerradas las más terribles amenazas!

—No necesito verlo, dijo Blanca; lo adivino, ó mejor dicho, te repito que me lo dice el instinto de mi corazón: ahora, Lucrecia, está segura de que yo sabré recompensar tu celo y tu generosa ayuda.

—Oigo gente, dijo Lucrecia; separémonos, luégo iré á buscarte.

Lucrecia desapareció ligera como una corza, y la gran duquesa volvió á su cámara.

XII.

Puede decirse que Felipe II de España regía entonces los destinos del mundo todo.

Su profunda política era respetada de todos los soberanos que rendían justicia á la grandeza de su talento, y temían tanto su altivez como su prodigiosa fuerza de voluntad.

Francisco II de Médicis entró pronto en su convalecencia, y su esposa le dió, así que estuvo en estado de recibirla, una noticia que le colmó de alegría y apresuró su restablecimiento.

Esta noticia era que se hallaba encinta de cinco meses.

Tan indigna superchería, pues ya sabemos por la conversación de Blanca con la esposa de su hermano que no existía su embarazo, debía Dios castigarla severamente, y así sucedió.

La ambición fué la que aconsejó á Blanca aquella mentira.

Se dijo que teniendo un hijo sería declarada soberana del gran ducado, porque su casamiento se anunciaría al instante para legitimar al príncipe.

Este cálculo salió como ella deseaba.

Así que se pasaron cuatro meses, Blanca anun-

ció que se sentía indispuesta y su intención de marchar en seguida á una casa de campo para que se verificase allí su alumbramiento.

Pero el gran duque, que cedía con facilidad á todos los deseos de su esposa, aunque no se opuso á ellos, esta vez fué con condición de acompañarla.

En vano Blanca insistió; el gran duque declaró expresamente su voluntad de acompañarla para no separarse de ella, y ver lo antes posible á su hijo.

Blanca entonces se arrojó á los pies del gran duque, y creyó morir de vergüenza al tenerle que confesar que no existía su embarazo.

—¿Qué decís? exclamó Francisco atónito: ¿así me habéis engañado? ¿Qué ha podido induciros á semejantes fingimiento?

Blanca, trémula y llorosa, no halló palabras para contestar.

—¡Ya me lo figuro! añadió el gran duque: ¡veo con dolor que lo que predomina en vos es la ambición! ¡No os bastaba ser mi esposa querida y la dueña de mi corazón y de mis pensamientos! ¡Lo que vos anhelábais era el rango soberano! ¡Y para esto me habéis hecho concebir las mas gratas esperanzas! ¡Y para esto ibais á engañarme legando mis caricias, todo mi amor, mi corona, en fin, á una criatura bastarda! ¡quizás á un hijo del crimen! ¡Qué cruel desengaño!

—¡Y bien, señor! exclamó Blanca, que ya había tenido tiempo de recobrar alguna serenidad: ¿qué

perdéis vos ahora con prestaros á mi proyecto? Secundándole, dividís el trono conmigo, y hacéis la felicidad de una pobre criatura sumergida en la miseria y en el abandono. Descubriendo lo que no quiero negar que sea una culpa, me perdéis, y me esponéis al odio y á la venganza del cardenal, vuestro hermano, que ya me aborrece! ¡Señor, tened piedad de esta infeliz mujer sin otro amparo que vos! ¡Ved que me perdéis para siempre si descubrís mi engaño, porque yo no podré soportar mi vergüenza, y huiré de la ciudad y hasta de Toscana!

Blanca estaba tan hermosa llorando, y el gran duque se hallaba tan apasionado de ella, que no pudo resistir á sus súplicas y á sus ruegos, concluyendo al fin por prestarse á lo que nunca debió, que fué á secundar tan indigna estratagema.

Los dos esposos partieron para su casa de campo, sin más comitiva que Victorio, su esposa y algunos criados de toda confianza.

Allí se llevó un expósito, y se simuló un alumbramiento con todas las ceremonias que usan los soberanos en el nacimiento de sus hijos.

Dos días después, el gran duque envió un embajador á Felipe II de España participándole que había tenido *un hijo varón*, y pidiéndole su beneplácito para publicar su casamiento con Blanca Capelo, que hasta entonces había sido reservado y que convenía hacer saber para legitimar aquel vástago real.

Felipe II respondió como deseaba el gran duque, bien ajeno de aquella superchería.

Un mes más tarde, una pomposa embajada fué á anunciar á Venecia el nuevo enlace, y Francisco de Médicis escribió al dux Nicolás Ponte:

«Yo miro á Blanca como hija de vuestra serenísima república, de la cual yo voy á ser hijo por la alianza, como lo he sido hasta aquí por inclinación y respeto.»

La carta terminaba alabando la dichosa fecundidad de la gran duquesa, su amada esposa.

El Senado anunció públicamente que la república accedía á los deseos de Francisco, que le consideraba como un aliado y como su hijo muy amado, y para recibir á su embajador se desplegaron todos los primores de un lujo asombroso, y jamás conocidos hasta entonces.

La primera recepción que se hizo al conde de Sforcia di Sta. Fiora, que era el enviado, fué en el palacio Capelo; en aquel palacio, morada de la adolescencia de Blanca, que ella había abandonado sólo durante algunos instantes con su amante, el pobre Bonaventuri, y que el viento, ministro de los caprichos de la suerte, había cerrado, para que fuese en pos de las grandezas humanas la que se creía abandonada del mundo entero.

Victorio, que iba entre la comitiva, había hecho adornar suntuosamente la casa de su padre; la escalera estaba alfombrada de flores y ricamente

tapizada, y en los salones lucían el mármol, el oro y las sederías.

El patriarca de Aquilea se trasladó á aquella suntuosa morada para esperar al embajador, que no tardó en llegar.

Cuarenta senadores le precedían; llegó al pórtico donde le recibió el patriarca vestido de pontifical, con grande ceremonia; expuso su embajada y después se le dió posesión del palacio Capelo, quedando en su compañía Victorio y la guardia de honor, además de una crecida servidumbre.

El dux recibió al día siguiente al conde Sforcia en el palacio de la república, y luégo regresó éste al palacio Capelo.

Blanca fué declarada hija verdadera y particular de la república de San Marcos.

Publicado este decreto, se echaron á vuelo las campanas, retumbó el cañón, y la ciudad entera pareció conmovida de alegría.

El Senado en cuerpo, *los Diez*, entre los que se contaban *los tres inquisidores de Estado*, los abogados *di Comun* y los procuradores, fueron á cumplimentar al embajador por la nueva filiación de la gran duquesa.

XIII.

Es indescribible la alegría que sintieron Blanca y Francisco al saber el recibimiento hecho en Venecia á su embajador, y el dichoso resultado de la misiva.

El gran duque decidió en seguida enviar á don Juan, su hermano natural, para dar gracias á la república, y aquel embajador, de 12 años no cumplidos, llevaba por acompañamiento á todas las personas más nobles y poderosas de Florencia.

Cuarenta senadores salieron á recibirle á las puertas de Venecia; y por un decreto, que se conserva en los archivos, se dió á Victorio Capelo poderes amplios para honrar, distraer y divertir á D. Juan de Médicis á expensas de la república.

El reino de Chipre fué concedido á la nueva soberana: la república envió al año siguiente sus embajadores para poner á Blanca en posesión de sus privilegios, como hija de San Marcos: y en presencia de Francisco II, adornado con su corona ducal, se colocó sobre la cabeza de Blanca la diadema real, señalándole el escudo de armas de la patria.

Los gastos que para obsequiar á los embajadores hizo la Toscana, fueron valuados en trescientos mil ducados de oro.

Poco después de la coronación de Blanca, tuvo lugar un suceso muy singular.

Una noche, las personas que velaban en la cámara del príncipe, ó más bien de aquel desdichado niño que había servido de pretexto para la elevación de Blanca, se durmieron con un sueño profundo.

Un hombre entró por el balcón y se acercó cautelosamente al lecho donde dormía el inocente.

Aquel hombre iba envuelto en una capa negra, y llevaba un antifaz negro también.

Descorrió las cortinas de seda del lecho, y no pareció conmoverse en lo más mínimo con el aspecto de la hermosa criatura: sacó de su seno un puñal muy pequeño, pero muy afilado; buscó en el cuello del niño la vena yugular y la abrió con un corte casi imperceptible.

La sangre saltó: el hombre volvió al balcón y desapareció por él como una negra sombra.

Cuando los servidores despertaron, bien entrado el día siguiente, la inocente criatura era cadáver.

¿Quién fué el autor de su muerte?

Nadie lo supo jamás.

¿Sería el gran duque que, habiendo ya concedido á su esposa la grandeza que ésta ambicionaba, deseaba deshacerse de una criatura que le era odiosa, porque tenía que tratarla como á su hijo?

Nada hubiera tenido esto de extraño.

¿Sería el cardenal que, dominado por su sombría

ambición, deseaba ceñirse la corona de su hermano y quiso exterminar al sér inocente que se la arrebataba?

Tampoco parece improbable.

Como quiera que sea, aquél desgraciado niño sirvió sólo de instrumento, para morir después.

Blanca manifestó durante muchos días una profunda aflicción: tenía algún cariño á aquella criatura que le había dado la elevación, y además pensaba con dolor que, si el gran duque moría antes que ella, quedaba de nuevo á merced de sus enemigos, desposeída como estaba, de los sagrados derechos de madre del heredero del trono.

En el fondo de su alma, la gran duquesa culpó toda su vida de este crimen al cardenal, á quien, desde este punto, detestó infinitamente más.

XIV.

Hay que decir que el gran duque se afligió mucho menos que su esposa, ó mejor dicho, que no se afligió con la muerte de aquella criatura.

Cuando Blanca le comunicó sus sospechas acerca del cardenal, le respondió:

—Querida mía, dejad en paz á mi hermano, y no sintáis la muerte de ese niño; por mi parte, os confieso que me alegro de verme libre de prodigar,

al menos en público, caricias paternales á una criatura que me era extraña.

Blanca se resintió profundamente de esta respuesta, y, cansada su activa imaginación, empezó á entristecerse de nuevo.

Su natural apacible se alteró y su carácter se volvió iracundo y avaro.

Todo su afán consistía en atesorar riquezas, en las que fiaba todas sus esperanzas si sobrevivía al gran duque.

Sabía que, á pesar de las demostraciones que se le hacían de amor y respeto, era poco querida, porque el cardenal trabajaba sordamente para hacerle decaer en el concepto de los pueblos, y no la nombraba sino dándole los dictados más injuriosos.

En esta hostil disposición de los ánimos pasaron algunos años.

Blanca pagaba, sin sospecharlo, los estragos de la extrema avaricia de su hermano Victorio, quien, para satisfacerla no perdonaba medio alguno, por vergonzoso que fuese, buscando pretextos para encarcelar y vejar á los poderosos, á fin de apropiarse sus fortunas.

En el otoño de 1585, el cardenal llegó á Florencia, y anunció á su hermano y á su cuñada que iba á pasar con ellos algunos meses.

Blanca, al oir este anuncio, sintió frío en el corazón: no obstante, desde hacía ya mucho tiempo guardaba con su cuñado las formas del afecto más

cordial, á pesar de detestarle tanto como le temía, y aparentó la mayor complacencia con aquella determinación.

El cardenal aborrecía del mismo modo á Blanca, pero procuraba imitarla en su disimulo, y no había galanterías que no usase con ella.

El gran duque dispuso una cacería en el bello palacio que poseía en Poggio, para obsequiar á su hermano, al que siempre había amado y respetado sinceramente, y para aquella fiesta se convidó á toda la corte, partiendo á caballo y en coches en una hermosa mañana.

La gran duquesa, que montaba un brioso caballo negro, lo manejaba con singular gracia y maestría, y estaba radiante de belleza.

Su edad no llegaba aun á los treinta y tres años, pero su figura delicada y esbelta la hacía aparentar algunos menos.

Procuró poner su caballo todo lo más lejos posible del coche donde iba el cardenal, y le pareció que así respiraba con mayor libertad.

Rodeada de los jovenes señores de la corte y de sus damas, reía y bromeaba alegremente, en tanto que el cardenal la medía con una sombría mirada.

Llegados á Poggio, se diseminaron por los jardines hasta la hora de la comida.

Esta fué espléndida, y Blanca hizo los honores con la gracia que le era tan peculiar y que añadía tanto mérito á su hermosura natural.

Al levantarse de la mesa, se habló de improvisar un baile para las primeras horas de la noche.

Blanca fué á salir para dar algunas ordenes con este motivo.

Mas apenas había dado algunos pasos, cayó embargada por un desmayo mortal.

Acudieron á levantarla, y todos vieron que se asemejaba á un cadáver.

Rígida, fría, la depositaron en un sofá.

Pero así que la dejaron en él, tuvieron que acudir al gran duque, que se había desplomado también en el suelo como herido por el mismo mal.

Esta apenas respiraba.

Cuando llegaron los médicos de la casa real, á quienes se llamó á toda prisa, fueron conducidos á la alcoba de Blanca, que era la que al parecer, ofrecía mayor peligro.

Los doctores la examinaron atentamente, y uno de ellos abrió la boca para anunciar su opinión; pero de sus labios no salió ningun sonido.

A los pies del lecho, mudo y sombrío, había visto al terrible cardenal Fernando.

—Es un ataque á la cabeza, dijo, del que es imposible salvar á S. A., cuya vida durará á lo sumo dos días.

El médico, despues de pronunciar este terrible fallo, que dejó á todos helados de terror, fué conducido al cuarto del gran duque, que también se hallaba inanimado.

—S. A. tiene el mismo mal que su augusta esposa, dijo el doctor; pero complicado con otra causa: se entrega demasiado á operaciones químicas, y debe haber aspirado algunas drogas perniciosas: su vida será más corta aun que la de la gran duquesa.

El médico pronunció estas palabras con la voz tan poco segura y con el semblante tan alterado, que empezó á circular la palabra *veneno*.

Los doctores se retiraron, y poco después llegó la extremaunción para el gran duque, que apenas pudo recibirla, espirando al cerrar la noche entre los mas agudos dolores y los sufrimientos más espantosos.

Blanca recobró en breve los sentidos, abrió los ojos, y vió escrito el espanto en los semblantes de cuantos la rodeaban.

—¿Y mi marido? preguntó con acento apagado: ¿como no le veo aquí? ¿dónde está?

El silencio respondió á esta pregunta: ninguno se atrevía á decirle la triste verdad.

—¡Ha muerto! murmuró la duquesa: ¡Yo debo morir tambien! ¡Ah! El cardenal, ¡el cardenal es el verdugo de los dos!

Después de esta formidable acusación, la desgraciada joven no volvió ya á pronunciar una sola palabra.

Todos los remedios que se le aplicaron fueron ineficaces; pero tuvo tiempo de morir como buena

cristiana, espirando treinta y dos horas después que su marido.

Casi todos los historiadores y biógrafos acusan al cardenal de aquel doble envenenamiento, y esta negra mancha pesa sobre su memoria.

El miedo cerró todas las bocas; pero la certeza quedaba en todos los corazones.

Fernando renunció al instante la púrpura cardenalicia y ocupó el trono de Toscana, lo que corroboró todas las sospechas.

Sus súbditos le recibieron con profundo terror, y recordaron siempre con sentimiento la benigna dominación de Francisco II, y las gracias y dulzura de Blanca Capelo, que sólo tuvo un defecto: la ambición, de la que fué víctima ilustre y desgraciada.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

Stanford University Library
Stanford, California

In order that others may use this book, please return it as soon as possible, but not later than the date due.

G. E. STECHERT & Co NEW YORK